



UNIVERSIDADE DE ÉVORA
Mestrado em Línguas Aplicadas e Tradução

Escola de Ciências Sociais
Departamento de Linguística e Literaturas

Trabalho de Projecto

**La experiencia de traducción al español de
Barrancos na Encruzilhada da Guerra Civil Espanhola. Memórias e Documentos,
de Maria Dulce Antunes Simões**

Susana Gil Llinás

Orientadora: Prof^a Doutora María Jesús Fernández García

Évora, Setembro de 2011

RESUMO

O presente Trabalho de Projecto tem como ponto central a tradução que realizei do livro *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil espanhola. Memórias e Testemunhos, 1936*, da antropóloga Maria Dulce Antunes Simões. Sendo um texto com características determinantes do ponto de vista do trabalho de tradução, uma vez que se trata de um “livro de livros”, com a participação de vários autores, de diversas épocas e com diferentes registos (ensaístico, memorístico, poético), a experiência de tradução da obra referida transformou-se em uma excelente oportunidade para reflectir sobre os diferentes registos traductológicos inerentes a uma obra destas características. A esta circunstância cabe acrescentar que o facto de se tratar duma obra que toma como cenário principal a vila de Barrancos (muito perto da fronteira espanhola) e que tem como objecto temporal 1936 (o ano de início da Guerra Civil), com permanentes pontos de contacto com a realidade cultural espanhola da época, faz com que a problemática própria da tradução entre línguas próximas apareça com algum relevo, oferecendo ao tradutor um campo aberto para a análise das escolhas e opções tomadas durante o processo de tradução desta obra singular, que faz parte, através deste processo de mediação cultural, do legado da “memória histórica” vinculada aos textos que estudam a Guerra Civil espanhola.

Palavras-chave: tradução, memórias, Guerra Civil, Espanha, memória histórica, Barrancos.

The experience of Translating Maria Dulce Antunes Simões's *Barrancos na Encruzilhada da Guerra Vicil Espanhola. Memórias e Documentos* to Spanish.

ABSTRACT

This Project Work is based on the translation I did of the book *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil espanhola. Memórias e Testemunhos, 1936*, by the anthropologist Maria Dulce Antunes Simões. Due to the fact that this text has striking characteristics as far as translation is concerned, once it is regarded as a "book of books", with the contribution of several authors of different periods and with different registers (essay, memory and poetry writers), the experience of translation of the above mentioned book turned out to be an excellent opportunity to reflect upon the diverse translation registers intrinsic to a piece with such features. It is important to note that the main setting of the book, the village of Barrancos, very close to the Spanish border, set in the year 1936 (when the Civil War started), with permanent points of contact with the Spanish culture of the time, made the problems of translation between two close languages particularly relevant, providing the translator with a wide range of possibilities in the analysis of the choices and options taken in the translation process of such unique work which, through this practice of cultural mediation, is part of the "historical memory" legacy bound to the texts that study the Spanish Civil War.

Key words: translation, memories, Civil War, Spain, historical memory, Barrancos.

ÍNDICE

1. Introducción.....	4
2. La memoria histórica y los textos sobre la Guerra Civil española. <i>Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil española. Memórias e documentos</i> , de Maria Dulce Antunes Simões.....	9
3. Análisis de la traducción de <i>Barrancos na encruzilhada da Guerra... Civil española. Memórias e documentos</i> .	14
3.1. La traducción de lenguas próximas (el caso de la traducción portugués-español).....	14
3.2. Presentación de casos y resolución de dificultades.....	19
3.3. Traducir registros: el componente lírico y el registro oral...	38
4. Traducción de la obra.....	45
4.1. “Memorias de la Guerra Civil de España”.....	47
4.2. “Relaciones sociales, poderes y resistencias”.....	116
5. Conclusiones.....	134
6. Bibliografía.....	137

1. INTRODUCCIÓN

El presente Trabajo de Proyecto, realizado dentro del programa del Curso de Mestrado em Línguas Aplicadas e Tradução de la Universidad de Évora, pretende ofrecer una reflexión sobre el trabajo de traducción realizado de una parte sustancial del libro de Maria Dulce Antunes Simões titulado *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil de Espanha. Memórias e Testemunhos, 1936*, publicado en 2007 por la Câmara Municipal de Barrancos.

Este trabajo se encuadra dentro de la dedicación que he prestado en los últimos años a diferentes trabajos de traducción, tarea que he compatibilizado con mi trabajo como profesora de Español en la enseñanza superior portuguesa. Efectivamente, en concreto desde 2005, mi interés por la práctica de la traducción portugués/español ha sido una realidad, plasmada en diferentes proyectos desarrollados al abrigo de diferentes entidades, entre las que cabe destacar la Escola de Línguas de la Fundação Luís de Molina, en Évora, y el Gabinete de Tradução del Departamento de Linguística e Literaturas de la Universidad de Évora. Tanto en uno como en otro he llevado a cabo, en los últimos años, diferentes proyectos de traducción tomando siempre como lengua de partida el portugués y como lengua de llegada el español, mi lengua materna.

En este contexto, es de destacar la traducción que realicé, entre 2005 y 2008, de los textos pertenecientes al proyecto *Évora, distrito digital*, cuyo fin era divulgar los valores potenciales del Alentejo a través de las páginas web de los diferentes ayuntamientos de la región, con más de mil páginas traducidas. Se trataba de textos de divulgación, pertenecientes a ámbitos del saber como la historia, el patrimonio, la naturaleza, la economía o la cultura.

Con posterioridad, ya dentro de los trabajos encomendados al Gabinete de Tradução del Departamento de Linguística e Literaturas de la Universidad de Évora, he realizado diferentes proyectos, entre los que destaca la traducción de buena parte del “paquete informativo” en lengua española existente en el portal web de la Universidad de Évora (<http://www.ip.uevora.pt/es>) y un variado conjunto de traducciones de artículos científicos para ser publicados en revistas españolas o hispanoamericanas, especialmente en las áreas de historia, pedagogía y arquitectura.

En paralelo, en el año 2010 tuve la oportunidad de traducir 14 artículos científicos de destacados especialistas (como Eduardo Lourenço, Carlos Reis, Fernando Cabral Martins, Gabriel Magalhães, António Apolinário Lourenço o Fátima Freitas Morna, entre otros) en el área de las relaciones literarias entre España y Portugal, destinados al libro-catálogo *Suroeste. Relaciones literarias y artísticas entre Portugal y España (1890-2936)*, publicado por el Ministerio de Cultura español y por la editorial portuguesa Assírio & Alvim. En ese mismo año participé también en la traducción al español de los textos portugueses destinados al primer número de la revista *Análise Regional*, publicada por la Comissão de Coordenação e Desenvolvimento da Região Alentejo.

Por todo ello, mi actividad como traductora ha sido, en mayor o menor medida, una constante desde 2005, con periodos de especial intensidad en mi dedicación a este trabajo. En este contexto se inscribe la traducción de *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil de Espanha*, realizada en 2008 y cuyo resultado fue publicado por la Editora Regional de Extremadura, en noviembre de ese mismo año, bajo el título *Barrancos en la encrucijada de la Guerra Civil española. Memorias y testimonios, 1936*, con ISBN 978-84-9852-103-0. Un texto de características muy especiales y que supuso un reto importante en mi formación y en mi trabajo como traductora, pues reunía una serie de condiciones que hacen de él un libro profundamente original, desde el punto de vista del traductor.

Como tendremos ocasión de comprobar, el libro citado contiene varios capítulos dedicados a analizar, desde diversas perspectivas, cuál fue el papel del pueblo de Barrancos y, más en concreto, del Teniente Seixas, allí destacado, en el conflicto bélico de la Guerra Civil española, cuando un conjunto importante de huidos buscaron refugio en los alrededores de esta singular villa alentejana. De hecho, aunque la mayor parte del volumen está constituida por capítulos ensayísticos, en los que se explican con rigor los acontecimientos sucedidos alrededor de esta historia y el papel humanitario desarrollado por el teniente Seixas, una parte fundamental del libro, y aquella a la que prestamos una mayor atención en este estudio, está conformada por un amplio texto memorístico, original de Gentil de Valadares, hijo del teniente, en el que narra sus recuerdos de aquella época.

Se trata de un texto inserto, como acabamos de explicar, en otro texto mayor, de diferente autor y escrito un cuarto de siglo antes con pretensiones literarias, por lo que su tono se aproxima mucho, como veremos al analizar los casos escogidos como ejemplos de traducción, a un discurso popular con rasgos de oralidad, que no renuncia a mantener las características propias del registro literario. Por esta razón, su traducción fue un trabajo de una singularidad evidente, en la que los recursos expresivos debían adaptarse de una manera correcta a los diferentes niveles de lengua expresados en el texto original.

Al mismo tiempo, la versión española del libro aparecería en el contexto de las obras vinculadas en España al concepto de “memoria histórica” relacionada con la Guerra Civil, razón por la cual se hacía necesario abordar un trabajo de documentación importante alrededor de este tipo de textos, en sus diferentes registros (ensayístico, memorístico o puramente de ficción). La fase de documentación, de esta forma, se transformaba en un paso fundamental intermedio entre la lectura y comprensión del texto original y la producción del texto final, siendo perfectamente conscientes de que la temática de la obra exigía un esfuerzo importante desde el punto de vista de la contextualización cultural de la obra en el entorno de recepción de la traducción. La necesidad de la tantas veces debatida formación cultural del traductor se convertía en una realidad palpable e imprescindible.

Desde este punto de vista, emprendimos la traducción de la obra con la seguridad de que es imposible realizar una traducción perfecta, pero con la consciencia de la responsabilidad del trabajo en cuestión. Una traducción, desde esta perspectiva, no está nunca acabada y es siempre mejorable, tal vez del mismo modo que un texto escrito en lengua original tampoco acaba nunca para su autor, siempre dispuesto a incluir una modificación de última hora. Por todo ello, en este Trabajo de Proyecto hemos realizado una selección del capítulo más interesante, desde el punto de vista traductológico, del libro mencionado, para proceder al análisis de un conjunto escogido de veinte casos significativos que determinan y ejemplifican las dificultades más frecuentes encontradas en la traducción.

Desde el punto de vista de la estructura del Trabajo, se hacía necesario, tras estas primeras páginas de carácter introductorio, en el que se plasman los objetivos del trabajo, dedicar el segundo capítulo a realizar un breve análisis descriptivo del

proceso de documentación implícito a la materia del libro, dedicando alguna atención a la contextualización histórica en lo que respecta a los textos relacionados con la memoria histórica y la Guerra Civil española, entre los que se encuadra el libro objeto de nuestra traducción.

Una vez realizada la contextualización histórica y de documentación, el capítulo tercero está dedicado al análisis de la traducción de *Barrancos en la encrucijada de la Guerra Civil española. Memorias y testimonios, 1936*. Este capítulo, a su vez, se articula en tres partes. En la primera de ellas ofrecemos una reflexión teórica sobre las dificultades de la traducción de lenguas próximas, con especial atención para el caso del portugués-español, así como sobre la competencia cultural que debe reunir el traductor de este tipo de textos. La segunda parte ofrece la reflexión y análisis mencionados sobre un *corpus* de ejemplos extraídos de la traducción de la obra, convertidos en paradigmas de las principales dificultades con las que nos deparamos durante la traducción. En esta sección explicamos las opciones y los procesos de decisión y de elección seguidos en cada caso, intentando justificar cada uno de ellos desde una perspectiva científica. La tercera parte, por último, presta su atención a las especificidades que presenta la traducción de diferentes registros dentro del texto, con especial atención al componente lírico del mismo y al registro oral.

El capítulo cuarto ofrece el resultado final, el fruto de todo el proceso: la traducción de la obra de Maria Dulce Antunes Simões, con un papel principal para el capítulo de la autoría de Gentil de Valadares, como ya hemos explicado.

Por último, ofrecemos un capítulo de conclusiones y la bibliografía utilizada en la elaboración del Trabajo, así como un Anexo con el texto original de la autora portuguesa, con la finalidad de que pueda compararse con la traducción efectuada.

Los objetivos de este trabajo, así, parecen completarse y complementarse, a la luz de los diferentes capítulos enunciados, cuyo centro y eje lo constituye la traducción realizada del texto referido. Traducir cualquier texto supone integrar un legado cultural en otro contexto histórico y social, pero, además, en el caso que nos ocupa, supone hacerlo, en cierto modo, en el contexto al que pertenecen los sucesos narrados en la obra, al tratarse de un texto escrito por un autor portugués acerca de los acontecimientos surgidos alrededor de la Guerra española por excelencia, la de 1936. Con este trabajo esperamos, humildemente, haber contribuido a añadir algo de

conocimiento, gracias al trabajo de Maria Dulce Antunes Simões, en este tema de eterna actualidad en la sociedad española.

2. LA MEMORIA HISTÓRICA Y LOS TEXTOS SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA. *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil española. Memórias e testemunhos*, de Maria Dulce Antunes Simões.

Pocos temas de la historiografía española despiertan tanta atención y curiosidad, dentro y fuera de España, como aquellos concernientes a la Guerra Civil, sus causas y consecuencias. Es más, probablemente la Guerra Civil sea el gran tema de la historiografía española, por delante de cualquier otro perteneciente a algún momento más dorado de nuestra cultura. El interés que despierta todo aquello que rodea a la Guerra Civil española es motivo de investigación no solo en España, sino en otros muchos países, tanto europeos como extraeuropeos. En un artículo reciente, el prestigioso historiador Santos Juliá¹ recordaba la anécdota narrada por el historiador e hispanista estadounidense Edgard Malefakis, quien pronunciaba una conferencia en abril de 1981 (pocas semanas después del intento de Golpe de Estado protagonizado por el general Tejero) en el Colegio Universitario de Tarragona. La charla tenía como tema principal la Segunda República española y la Guerra Civil, y el autor de *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX* no pudo evitar su asombro al ver la sala abarrotada de público, preguntándose por qué razón despertaban tanta expectación unos sucesos ocurridos, por entonces, hacía medio siglo.

Algo parecido se pregunta, en 1990, uno de los mayores especialistas internacionales sobre la Guerra Civil española, el británico Paul Preston (autor, entre otros libros, del reciente *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*²), quién también cuestiona la razón por la cual la Guerra Civil continúa siendo un tema que motiva grandes ventas de libros y que genera encendidos debates de opinión en la sociedad española de principios del siglo XXI.

Sin duda, el hecho de que aún continúen vivos algunos exponentes de la generación que participó en ella se convierte en uno de los factores determinantes para que este hecho sea así. Los relatos sobre la Guerra Civil han ido propagándose oralmente a

¹ Santos Juliá, “La disección interminable de la Guerra Civil”, *Babelia*, Madrid, El País, 23/07/2011, pp. 10-11.

² Paul Preston, *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, 2011.

través de varias generaciones de españoles, que han aprendido que el conflicto fue el acontecimiento histórico más importante del siglo XX en el país. Este hecho ha motivado también que las generaciones más jóvenes hayan empezado a preocuparse por saber más de aquel terrible suceso, y que intenten encontrar su lugar como herederos de aquel desastre histórico. Por esto, son muchos los historiadores, tanto dentro como fuera de España, hijos o nietos de la generación que vivió la Guerra, que se han preocupado por convertir el tema en su principal preocupación científica. Es difícil, o casi imposible, comprender la historia de la España del siglo XX sin conocer bien la historia de su Guerra Civil y las consecuencias que tuvo en su economía o en sus relaciones sociales o internacionales. Es el eje central sobre el que gira la historia más sangrienta y real de España, que continúa de plena actualidad en numerosas capas sociales y políticas. Está, también, “mitificada”, y convertida en arquetipo cultural a través de los relatos que el cine o, muy especialmente, la literatura española de las últimas décadas ha dedicado a este tema y a sus consecuencias sociales, con las aportaciones de autores tan relevantes como Dulce Chacón (*La voz dormida*, 2002), Andrés Trapiello (*Días y noches*, 2000), Javier Cercas (*Soldados de Salamina*, 2001) o Isaac Rosa (*Otra maldita novela sobre la guerra civil*, 2007).

Alrededor de todas estas circunstancias se acuñó el término “memoria histórica”, que recoge e intenta dar cabida, ya desde la España democrática, a todas las aspiraciones de aquellos que pretenden conocer más y mejor lo que sucedió en aquellos años. Resarcir la memoria de las víctimas y conocer el verdadero papel de los protagonistas históricos de la Guerra Civil y de la extensa postguerra está en el centro de sus intereses. Son con frecuencia asuntos espinosos, que despiertan la sensibilidad y el dolor de algunos estratos sociales, que preferirían dar por concluido el tema y no desenterrar más aspectos vinculados a la memoria del desastre. Sin embargo, tras una dictadura de más de tres décadas en la que el odio y los crímenes se impusieron como moneda de cambio, en que se censuraban radicalmente las expresiones vinculadas al sentimiento de identidad de las regiones periféricas, parece una señal inequívoca de madurez democrática el hecho de que tras la “Transición” (el camino más estable para salir de la dictadura, que puso de acuerdo a conservadores y progresistas con el objetivo común de dar un paso hacia un futuro

democrático), la sociedad española sea capaz de debatir abiertamente, tantas décadas después, sobre la Guerra Civil y sus consecuencias.

En este contexto, como consecuencia de esta visión, en 2007 fue promulgada la conocida *Ley de la memoria histórica*³, “por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura”. Con un marco tan ideológico como emocional, levantando muchas veces encendidos debates y muchas susceptibilidades, esta ley ha favorecido la retirada de símbolos públicos de la dictadura franquista de las calles, así como, en primer lugar, la exoneración de cadáveres de víctimas políticas de la Guerra abandonados por campos y caminos, con el caso de Federico García Lorca (y todas las polémicas y desentendimientos existentes en torno a sus restos) como emblema significativo de la dificultad de su función.

Por todas estas razones, la Guerra Civil española y la memoria de los hechos que acontecieron alrededor de ella, así como de sus protagonistas directos, continúa viva en la sociedad española. Este hecho es especialmente claro en los lugares donde la Guerra tuvo unas consecuencias más nefastas, debido a su dramatismo. Es el caso de Extremadura, junto a la frontera portuguesa, y muy especialmente de la ciudad de Badajoz, donde la represión franquista fue terrible tras la llegada, en el verano de 1936, del general Yagüe a la ciudad, ocasionando miles de víctimas por fusilamiento, realizados mayoritariamente en la plaza de toros de la ciudad, hoy convertida, como símbolo de esta nueva visión sobre el conflicto, en palacio de congresos⁴.

La frontera extremeño-alentejana constituye, desde esta dimensión, un lugar mítico, plagado de memorias y testimonios del conflicto. Si las historias de contrabandistas y mochileros han inundado el imaginario colectivo de los habitantes de la Raya en la segunda mitad del siglo XX, los relatos y testimonios de lo sucedido durante el periodo de la Guerra (1936-1939) y con posterioridad a la misma, son aún hoy objeto de estudio e interés a ambos lados de la frontera, como demuestra el reciente artículo de Carlos Pessoa titulado “Extremadura: Pelos caminhos da guerra civil y da

³ Ley de la memoria histórica: Ley 52/2007, de 26 de diciembre. <http://leymemoria.mjusticia.es/>

⁴ Véanse Mário Neves, *La matanza de Badajoz. Crónica de uno de los episodios más trágicos de la guerra civil de España (agosto de 1936)* (trad. Ángel Campos Pámpano), Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2007, y Justo Vila Izquierdo, *Extremadura: la Guerra Civil*, Badajoz, Universitas Editorial, 2002.

memória histórica”⁵. Todos estos hechos continúan vivos y latentes en la sociedad con presencias físicas importantes, como el *búnker* franquista conservado en Campanario, la trinchera republicana del Valle de la Serena o el enclave en el que fue construido el campo de concentración de Castuera. Además, en este último lugar, en 1937, estuvo presente el poeta Miguel Hernández, que colaboró activamente en el periódico *Frente Extremeño*, hecho que contribuye, una vez más, a la mitificación del imaginario de aquel tiempo histórico.

La antropóloga Maria Dulce Antunes Simões (Feijó, Almada, 1957), autora de *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil de Espanha. Memórias e Testemunhos*, es sin duda una de las muchas personas que han sido llamadas en Portugal a estudiar el conflicto bélico español en el territorio de la frontera extremeño-alentejana, con un papel especial para la villa de Barrancos, centro de sus estudios. Formada en Antropología de los movimientos sociales, con experiencia en proyectos de investigación nacionales e internacionales relacionados con el ámbito de su especialización (como “Dominação e Resistências; Memórias da Guerra Civil de Espanha em Barrancos – Estudo do Processo de Interação Social entre Comunidades de Fronteira” o “El Discurso Geopolítico de las Fronteras en la Construcción socio política de las Identidades Nacionales: El caso de la frontera hispano-portuguesa en los siglos XIX y XX”⁶), es sin duda una de las voces más documentadas a la hora de reconstruir las relaciones sociales de los habitantes de la Raya en aquel tiempo conflictivo.

La obra objeto de nuestro trabajo, por tanto, forma parte del acervo de investigaciones realizadas fuera de España sobre la Guerra Civil española. Su objeto principal es la villa de Barrancos, una singular población del sur alentejano, cuya población no llega a los dos mil habitantes, pero cuyas peculiaridades culturales hacen que sea conocida en todo el país. Su municipio está limitado al norte y al este por los municipios españoles de Oliva de la Frontera y Valencia del Mombuey (ambos de la provincia de Badajoz) y de Encinasola (provincia de Huelva), al sur y al oeste por el municipio de Moura y al noroeste por el de Mourão. Barrancos, por su

⁵ Carlos Pessoa, “Estremadura: Pelos caminhos da guerra civil e da memória histórica”, *Fugas*, Lisboa, Público, 15 de Janeiro de 2011, pp. 14-19.

⁶ http://www.ipbeja.pt/eventos/em.cantos/Documents/CV_Dulce%20Simões.pdf

proximidad geográfica con España (la población de Encinasola está a solo nueve kilómetros, mientras que la localidad portuguesa más cercana, Santo Aleixo da Restauração, está a más de veinte. Este hecho ha originado una profunda huella cultural fronteriza, patente en el dialecto barranqueño, objeto de numerosos estudios, y en la pervivencia de los “toros de muerte”, consagrados como excepción en el año 2002.

Barrancos fue, especialmente en 1936, objeto de un papel protagonista en el flujo migratorio de huidos españoles del escenario bélico, que atravesaban la frontera portuguesa para refugiarse en los campos abandonados. En ese contexto, con numerosas restricciones políticas y complicadas relaciones de subordinación interna, surge la figura del teniente portugués Seixas, que protegió y ayudó a numerosos hombres y mujeres españoles a conservar sus vidas, convirtiéndose en un héroe casi anónimo que representaba de forma simbólica al pueblo de Barrancos, que también se conmovió ante la desgracia de sus vecinos y ayudó notablemente en la protección de sus refugiados. Por esa razón, en el año 2009, el pueblo de Barrancos recibió de parte de la Junta de Extremadura la “Medalla de Extremadura”, máxima distinción de esta comunidad autónoma, que reconoce el enorme esfuerzo humanitario llevado a cabo por la villa alentejana en aquel tiempo. A aquel pueblo y a sus habitantes, y muy en concreto a su héroe anónimo, el teniente Seixas, está dedicada la investigación de Maria Dulce Antunes Simões, objeto de nuestro trabajo de traducción.

3. ANÁLISIS DE LA TRADUCCIÓN DE *BARRANCOS NA ENCRUZILHADA DA GUERRA CIVIL ESPANHOLA. MEMÓRIAS E DOCUMENTOS.*

3.1. LA TRADUCCIÓN DE LENGUAS PRÓXIMAS (EL CASO DE LA TRADUCCIÓN PORTUGUÉS-ESPAÑOL)

Según los datos ofrecidos por el reciente *Libro blanco de la traducción en España*⁷ (2010), el interés del mercado editorial español por libros escritos originariamente en portugués ha crecido significativamente (dentro de su propia dimensión, claro está) en los últimos años, hasta hacerse con un pequeño hueco en el sector. Este hecho, sin embargo, no parece haber propiciado, según los datos analizados por la misma fuente, que la presencia de traductores especializados en traducción portugués-español sea aún tan importante, desde el punto de vista del rigor, como en otras lenguas, debido al viejo problema, como mencionaba García Yebra⁸, de la supuesta facilidad para traducir entre dos lenguas tan próximas, que ha lastrado en no pocas ocasiones el mercado editorial español.

La primera característica implícita a la experiencia de traducir lenguas tan próximas como el portugués y el español está relacionada con el primer paso del proceso del trabajo de traducción: la comprensión del texto en su lengua de partida. Como es evidente, un traductor español tiene mucha más facilidad, a priori, para comprender correctamente un texto en portugués que en otra lengua menos próxima, pero, como ya hemos dicho, este hecho provoca efectos muchas veces nocivos, al utilizar el mercado traductores de lenguas también próximas, como el italiano o el francés, para trabajar los textos portugueses. Lógicamente, debemos partir, de acuerdo con Karl H. Delille, Maria A. Hörster, Maria E. Castendo, Maria M. G. Delille y Renato Correia⁹, de un concepto de traductibilidad relativo y dinámico, con un amplio trasfondo cultural, que se sitúa equidistante de los dos polos representados por la tendencia a pensar que nada es traducible o que, por el contrario, todo lo es.

⁷ Cf. http://www.mcu.es/libro/docs/MC/CD/TRADUCCION_2010.pdf

⁸ Valentín García Yebra, *Traducción: historia y teoría*, Madrid, Gredos, 1994, pp. 152 y ss.

⁹ Karl H. Delille, Maria A. Hörster, Maria E. Castendo, Maria M. G. Delille y Renato Correia, *Problemas da Tradução Literária*, Coimbra, Almeida, 1986, p. 10.

Efectivamente, en el caso de traducciones de lenguas tan próximas como las que nos ocupan, y en la situación concreta del texto objeto de nuestro trabajo, con un importantísimo legado histórico y social de trasfondo, el traductor está llamado a desempeñar un indudable papel de mediación cultural. Para ello, será fundamental su propia competencia cultural tanto en la lengua de partida como en la de llegada, en las que tendrá que demostrar una serie de conocimientos, técnicas y actitudes que favorezcan el éxito de su trabajo.

Dorothy Nelly¹⁰ ha reflexionado sobre este tema, llegando a la conclusión de que en paralelo a las competencias consideradas “clásicas” en la formación del traductor (la competencia comunicativa y textual, la temática, la instrumental profesional, la psicofisiológica o actitudinal, la interpersonal o la estratégica), este debe desarrollar y profundizar de forma notable la que la autora considera “macrocompetencia” cultural, que engloba de alguna forma todas las anteriormente citadas y que se convierte en la herramienta más importante para conseguir adentrarnos en un texto como el que nos ocupa. Sin duda, en este sentido, la inmersión en la cultura de la lengua de partida, así como el conocimiento certero de la de llegada, se convertirán en los mejores aliados del trabajo de traductor, con la finalidad de conseguir vencer los principales problemas más comunes en este tipo de traducciones entre lenguas próximas.

Óscar Díaz Fauces¹¹, basándose en un estudio general sobre parejas de lenguas cercanas de Abderrahim Elamane, ha establecido una lista de cinco dificultades básicas para la traducción portugués-español, derivadas de su proximidad tipológica: los falsos amigos (principalmente léxicos, pero también de carácter cultural); el calco (de extrema dificultad cuando afecta a unidades fraseológicas); el préstamo (muy común en cualquier tipo de traducción, y que exige un conocimiento exhaustivo de la lengua de llegada); la traducción literal (que entorpece en ocasiones la sintaxis del texto final) y la “hipnosis de la lengua original” (fundamentada en el uso inconsciente de expresiones propias de la lengua de partida en la de llegada). Así, el

¹⁰ Dorothy Kelly, “La competencia cultural en la formación del traductor”, en Emilio Ortega Arjonilla (ed.), *El Giro Cultural de la Traducción. Reflexiones teóricas y aplicaciones didácticas*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2007, pp. 105-115.

¹¹ Óscar Díaz Fauces, *Didáctica de la traducción (portugués-español)*, Vigo, Universidad de Vigo, 1999, pp. 45-48.

traductor deberá ser consciente de estas dificultades, enfrentarse a ellas y solventarlas sin perder nunca de vista que la escasa distancia estructural entre los textos escritos en portugués y español deberá transformarse, gracias a su esfuerzo, en una ventaja a la hora de encarar su trabajo.

Falsos amigos (incluyendo los denominados “falsos amigos parciales”¹²) e interferencias lingüísticas suelen ser, para García Yebra¹³, los principales problemas con los que se enfrenta el traductor no especializado, y contra los cuales ningún traductor está inmune. Mientras los “falsos amigos” suelen entorpecer considerablemente el proceso de comprensión, las interferencias lingüísticas originan problemas en la fase de expresión, a la hora de verter el texto de partida en la lengua de llegada con corrección.

Si la primera de estas situaciones, la de los desvíos ocasionados por “falsos amigos”, se resuelve gracias a un conocimiento profundo de la lengua de origen, en el segundo de los casos, en lo que se refiere a las interferencias lingüísticas, los problemas se subsanan con un conocimiento exhaustivo de la lengua de llegada, la lengua madre del traductor. Como norma general, podríamos decir que cuanto menor es el control que el traductor tiene sobre su propia lengua, más interferencias podrán encontrarse de la lengua de partida en el texto de llegada. Este hecho es especialmente visible cuando traducimos lenguas tan próximas como el portugués y el español, que pueden propiciar a veces el relajamiento del traductor y ocasionar que aparezcan en el texto traducido calcos lingüísticos, expresiones idiomáticas¹⁴ mal traducidas o una sintaxis más propia de la lengua de partida que de la de llegada.

En cuanto a los falsos amigos, como defiende Jean Maillot¹⁵, es curioso destacar que la mayor parte de ellos pertenece a lo que podríamos denominar “vocabulario general”, sin estar asociados a ninguna área específica desde el punto de vista léxico, con lo cual su aparición es posible en cualquier momento. A ellos será necesario añadir los casos de los “verdaderos falsos amigos”, según la terminología empleada

¹² Cf. Valentín García Yebra, “Sobre la fácil (?) intertraducción hispano-portuguesa”, *El Extramundi*, año III, nº VII, Fundación Camilo José Cela, Iria Flavia, 1996.

¹³ Valentín García Yebra, *Traducción: historia y teoría*, Ed. Cit., pp. 346 y ss.

¹⁴ Sobre este aspecto es interesante el artículo de María Luisa Ortiz Álvarez, “Expressões idiomáticas: ensinar como palavras, ensinar como cultura”, Paulo Feytor Pinto y Norimar Júdice (coords.), *Para acabar de vez com Tordesilhas*, Lisboa Edições Colibri, 1998, pp.101-118.

¹⁵ Jean Maillot, *La traducción científica y técnica*, Madrid, Gredos, 1997, p. 66.

por Lourdes Carita¹⁶, casos especiales de palabras que cumplen con la función de convertirse en falsos amigos a pesar de no ser exactamente iguales desde el punto de vista gráfico. Así, como señala una vez más Valentín García Yebra¹⁷, las dos fases fundamentales del proceso de traducción, tanto la “comprensión” como la “expresión”, están en el caso de las traducciones de lenguas próximas a merced de este tipo de problemas que el traductor debe solventar con estudio y experiencia, con rigor, en definitiva.

En el caso de la obra *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil de Espanha. Memórias e Testemunhos*, si bien el caso de falsos amigos no ha sido muy relevante, sí hemos encontrado en no pocas ocasiones el peligro de las interferencias lingüísticas, más aún porque, como veremos más tarde, el texto está sembrado de giros y expresiones idiomáticas, cuyo proceso de traducción se convertía en el mayor desafío de trabajo. La competencia cultural del traductor se manifestaba como el principal valor añadido que poner sobre la mesa en nuestro trabajo, pues se hacía necesario conocer expresiones coloquiales propias del registro oral que, en numerosos casos, y por la propia idiosincrasia del texto central de nuestra traducción, las *Memorias* de Gentil de Valadares, no formaban parte de los diccionarios especializados consultados. De hecho, aun siendo un texto fundamentalmente ensayístico, que responde a las características fundamentales de un texto de divulgación científica en el área de la antropología y los estudios sociales, sin embargo, el capítulo central de la obra, al que dedicaremos nuestra mayor atención, responde en realidad a unos criterios de escritura que se asemejan bastante a los rasgos de un texto literario. Por ello, era necesario tener una preocupación “formal” por el texto de llegada y por el proceso de traducción, en el sentido que concede a este término Walter Benjamin en su conocido texto “La tarea del traductor”, donde defiende que “la traducción es ante todo una forma”¹⁸.

Esta preocupación por la forma, patente en extremo en cualquier traducción literaria que se precie de ello, no puede, como es lógico, olvidar la atención que requiere el

¹⁶ Lourdes Carita, “Português e Espanhol: “Falsos amigos”, Paulo Feytor y Norimar Júdece, *Op. Cit.*, pp. 31-40.

¹⁷ Valentín García Yebra, *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid, Gredos, 1997 (3ª ed.), pp. 32 y ss.

¹⁸ Walter Benjamin, “La tarea del traductor” (trad. Miguel Ángel Vega), en Miguel Ángel Vega, *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 2004, p. 308.

contenido del trabajo de traducción, más aún en un texto como el de Maria Dulce Antunes Simões, donde el contenido cultural se convierte en un elemento de primer orden tanto para el traductor como para los futuros lectores de la obra traducida. Tratándose de un libro sobre la Guerra Civil española, escrito originalmente para lectores portugueses, y cuyo objetivo era que fuese también conocido y divulgado en España, se hacía necesario emprender, de forma previa a la traducción y también con frecuencia durante el proceso de la misma, un intenso trabajo de documentación acerca de los acontecimientos históricos que rodearon al episodio narrado en el libro. Estamos de acuerdo con Francisco Lafarga¹⁹ cuando otorga a la “interacción cultural” un papel fundamental en el proceso de traducción, tanto en la fase de documentación como en la importancia de la propia formación cultural del traductor. Este hecho tiene además una importancia mayor y consigue un valor más relevante al tratarse de una obra que refleja una circunstancia histórica sucedida a ambos lados de la frontera luso-española, con el consecuente trasvase de contenidos culturales en la percepción que los ciudadanos de los dos lados de la frontera tuvieron del mismo suceso histórico, con sus notables condicionamientos sociales y políticos, como es evidente.

De todos modos, a pesar de conceder un papel fundamental en el trabajo de traducción de este texto a la competencia cultural del traductor y a la “interacción cultural” que acabamos de mencionar, que podría situar nuestro esfuerzo próximo a la escuela teórica de la “perspectiva cultural”, en la estela de autores como Even-Zohar, Susan Bassnett o André Lefevere, que entiende la cultura como unidad de traducción incluso por encima del texto como unidad lingüística, ha sido de gran utilidad en nuestro camino conocer y tener presentes las propuestas teóricas de otras escuelas. Entre ellas, tanto la conocida como “escuela clásica” (liderada en el ámbito español por García Yebra, propulsor de la traducción palabra por palabra), como la escuela de la “teoría del sentido” (propuesta por Jean Delisle a principios de la década de los ochenta, especialmente a través de textos como *L'Analyse du discours comme méthode de traduction*) o la escuela de la “lingüística del texto” (cuya

¹⁹ Francisco Lafarga, “Traducción de culturas”, en Miguel Hernando de Larramendi y Juan Pablo Arias, *Traducción, emigración y culturas*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, pp. 155-163.

propuesta principal estriba en el hecho de proponer el propio texto como categoría fundamental de trabajo, a través de traducciones entre textos, no entre lenguas, proponiendo diferentes tipologías textuales para atribuir estrategias diferentes a cada traducción) nos han proporcionado elementos de reflexión y análisis que no conviene, en ningún caso, dejar de lado.

Algo parecido sucede con los posibles diferentes enfoques o métodos de traducción existentes, que Peter Newmark²⁰ enumera en ocho diferentes categorías: traducción palabra por palabra, traducción literal, traducción fiel, traducción semántica, adaptación, traducción libre, traducción idiomática y traducción comunicativa. De todos ellos debe el traductor servirse en su bagaje de conocimientos, para poder utilizar y adaptar, con frecuencia de un modo ecléctico, que se sirve de varios de ellos dependiendo de los desafíos que encare, aquellos que puedan resultar más útiles para la resolución de dificultades que genera todo proceso de traducción.

3.2. PRESENTACIÓN DE CASOS Y RESOLUCIÓN DE DIFICULTADES.

La traducción castellana de la obra de Maria Dulce Antunes Simões *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil de Espanha. Memórias e Testemunhos, 1936* apareció en España con el sello de la Editora Regional de Extremadura en noviembre de 2008, bajo el título *Barrancos en la encrucijada de la Guerra Civil española. Memorias y testimonios, 1936*. El libro original está conformado por cuatro capítulos principales, más una Presentación (a cargo de António Pica Tereno, alcalde de Barrancos), un Prefacio (firmado por Jorge Crespo) y un Epílogo responsabilidad de la autora principal del libro, al que sigue una Bibliografía final.

De los cuatro capítulos de la obra, el primero y el cuarto (titulados “A memória e a escrita / La memoria y la escritura” y “Relações sociais, poderes e resistências / Relaciones sociales, poderes y resistencias”, respectivamente) son de la entera responsabilidad de Maria Dulce Antunes Simões, mientras que los capítulos segundo

²⁰ Cf. Peter Newmark, *Manual de traducción* (trad. Virgílio Moya), Madrid, Cátedra, 2010 (6ª ed.), pp. 70-72.

y tercero cuentan con otros dos autores bien diferentes entre sí. En concreto, el segundo capítulo, titulado “Memórias da guerra civil de Espanha / Memorias de la Guerra Civil de España”, es de la autoría de Gentil de Valadares, hijo del teniente Seixas, verdadero centro de la investigación que aborda esta obra, y está fechado en 1983. Es decir, en este último caso estamos ante una obra autónoma, creada por Gentil de Valadares con registro memorístico, y recogida por Maria Dulce Antunes Simões como uno de los capítulos del libro, con la intención de ofrecer al lector la posibilidad de conocer de primera mano los testimonios (como reza el subtítulo del libro) de los protagonistas de las aventuras estudiadas por la autora y que tuvieron lugar con motivo de la Guerra Civil española.

En el caso del tercer capítulo, titulado “Barrancos, 1936: el caso del teniente Seixas y la aventura del Niassa”, su autor es el historiador español Francisco Espinosa Maestre, y aparece en castellano en el libro original, con lo cual en la traducción de la obra se mantuvo exactamente igual, procediéndose apenas a la corrección de erratas y de algunos pequeños errores evidentes en la transcripción de algunas citas en portugués.

Aunque realizamos la traducción de la totalidad de la obra, cuya edición en castellano cuenta con 265 páginas, presentamos ahora el capítulo segundo (las *Memorias* de Gentil de Valadares, que en la edición original comprende las páginas 43-118, y en la española 45-118) en su totalidad y un fragmento del capítulo cuarto (las páginas 149-172 del libro original, 147-170 en la versión española), de la autoría de Maria Dulce Antunes Simões. Este hecho está motivado, además de por evidentes razones de espacio, porque se trata de dos fragmentos en los que confluyen con claridad diferentes registros lingüísticos (propios del discurso ensayístico, narrativo, memorístico o poético) elaborados por autores profundamente diferentes y en momentos históricos también lejanos, proporcionando al traductor el reto de conseguir dar una voz propia a cada uno de ellos.

Resulta evidente constatar las diferencias estilísticas entre ambos capítulos. Mientras el tercero, escrito por la autora, revela un registro claramente ensayístico, con expresiones propias de la lengua culta y de un lenguaje próximo al académico, por el contrario, el segundo capítulo, las *Memorias* de Gentil de Valadares, se revela como un fragmento de gran interés para el traductor, pues en él encontramos características

y recursos narrativos propios de la oralidad o del género lírico, por poner dos ejemplos. Es decir, es un texto de características plurales y escrito con un nivel de lengua más cercano en ocasiones a la lengua popular, que reproduce expresiones orales retomadas a través de la memoria del autor. De este modo, como veremos, no es difícil encontrar en este textos expresiones propias del discurso oral, así como modismos propios del lenguaje coloquial (una de las características más importantes a tener en cuenta para nuestro trabajo) o, incluso, algunos ejemplos de poesía popular, también incorporados al discurso. Esta pluralidad de tonos contrasta claramente con el texto firmado por Dulce Simões, convirtiéndose en un auténtico reto para el traductor.

Gentil de Valadares, como asegura Dulce Simões, “relata, nas suas *Memórias da guerra civil de Espanha* (1983), os factos a que assistiu na raia alentejana ao tempo da guerra civil espanhola, quando tinha 20 anos, em que seu pai é o protagonista”²¹. Valadares había nacido en Chaves en 1916, y falleció en Alvor en 2006. Funcionario de Hacienda Pública, su verdadera pasión fue la literatura y la escritura, llegando a escribir un total de 24 libros y numerosos artículos en periódicos regionales. Entre sus libros encontramos libros de poemas y de narrativa, con 8 libros publicados y los restantes inéditos²². Durante su juventud, Gentil de Valadares acompañó a su padre, oficial de la Guardia Fiscal, a su destino en el Alentejo, hecho que le permitió presenciar y comprobar las cualidades humanitarias de su padre en la ayuda que prestó a tantos y tantos refugiados españoles.

Todo ello motiva que el tono general de este texto sea profundamente memorístico, con numerosas concesiones al uso del lenguaje oral, que destaca muy por encima de otros registros, como el poético o, en menor medida, el ensayístico. De hecho, los principales obstáculos encontrados en el trabajo de traducción realizado dependieron muy directamente de esta circunstancia, pues fue necesario conceder al texto traducido el mismo tono, cercano en muchas ocasiones al relato oral, con una terminología de ámbito popular que era necesario respetar para no alterar el registro del texto original, hecho que habría alterado notablemente las condiciones externas de lectura de las *Memorias*. Por esta razón, hemos elegido como objeto y como

²¹ Maria Dulce Antunes Simões, *Barrancos na encruzilhada...*, Ed. Cit., p. 47.

²² <http://gentildevaladares.no.sapo.pt/>

ejemplo del trabajo desarrollado una serie de casos encontrados en el texto y para los que hubo que encontrar soluciones alejadas del uso estándar y culto de la lengua española, para adentrarnos en modismos y vocabulario más cercano al ámbito oral o, incluso, popular, con varios casos de expresiones idiomáticas.

Además de algunas citas puntuales que, desde el punto de vista de la documentación léxica, irán apareciendo en los comentarios, hemos optado por mantener siempre las mismas obras de referencia en lo que se refiere a diccionarios generalistas. Aunque también nos hemos servido de algunos diccionarios bilingües, en concreto del diccionario bilingüe portugués-español de Porto Editora y de la herramienta www.wordreference.com, hemos sido conscientes, como indica Jean Maillot, de los “peligros del diccionario bilingüe”²³, por lo que siempre hemos fundamentado nuestras opciones en diccionarios monolingües. En este sentido, la elección por el DRAE, en el caso del castellano, parecía evidente, aunque también se hayan realizado consultas en el *Diccionario del uso del español* de María Moliner, en el *Diccionario panhispánico de dudas* y en el *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, de Manuel Seco. En el caso del portugués, aunque manejamos en varios casos de especial dificultad el *Dicionário da Língua Portuguesa Contemporânea* (edición de 2001) de la Academia das Ciências de Lisboa, la obra que hemos manejado con mayor asiduidad y aquella que utilizamos como base para las citas y referencias del análisis de casos es el *Dicionário de Português* de Porto Editora, a través de su herramienta web Infopédia (www.Infopédia.pt/lingua-portuguesa). Estas han sido las fuentes principales empleadas en el proceso de traducción, y aquellas a las que nos referiremos en el análisis de casos cuando no se haga mención explícita en otra dirección.

Del comentario y análisis de los casos seleccionados podrá deducirse, esperamos, la línea de trabajo seguida en esta traducción, que intentó por todos los medios que el registro lingüístico aplicado en la traducción del texto de Gentil de Valadares fuese profundamente diferente del aplicado en los textos de cuya autoría es responsable Maria Dulce Antunes Simões. Veamos, pues, los ejemplos seleccionados.

²³ Juan Maillot, *Op. Cit.*, p. 223.

1. “Ouvi, agora, senhores, uma história de pasmar” / “Acabo de escuchar, señores, una historia increíble”

(Obra original, p. 49; Obra traducida, p. 51)

El primer ejemplo elegido es el título del capítulo que abre las *Memorias*. Constituye un ejemplo evidente, ya desde sus primeras palabras, de ese tono oral al que aludíamos, presente en la práctica totalidad del texto. Desde el mismo título, Gentil de Valadares intenta dotar a su texto de la agilidad del lenguaje oral, y aprovecha también para, en este caso, atraer la atención del lector con esta llamada apelativa.

La principal dificultad de este título radicaba en cómo traducir la totalidad del significado sin acudir a un enunciado tan trabado, desde el punto de vista sintáctico, como el portugués, que el castellano difícilmente admitiría. Para ello se optó por la forma perifrástica “acabar de + infinitivo” con la finalidad de poder eliminar la eventual traducción del adverbio “agora”. Al mismo tiempo, la traducción del verbo “acabar” en presente de indicativo, consigue que el efecto de proximidad sea mayor, y que el lector se sienta más involucrado y atraído por el enunciado. La segunda dificultad de la sentencia tenía que ver con el verbo “pasmarse” y la expresión “de pasmar”. Si una primera traducción lineal nos remitiría al verbo español “asombrar” o, incluso, al análogo “pasmarse” (en la cuarta acepción del DRAE “asombrar con extremo”), sin embargo, para conseguir una sintaxis más limpia, optamos por huir del uso directo del verbo y buscar el adjetivo “increíble”, cuyo campo semántico aportaba, en nuestra opinión, un significado más directo, sin perder ninguna de las valencias semánticas del texto original. Así, conseguíamos una secuencia más limpia, “Acabo de escuchar, señores, una historia increíble”, atractiva para el lector y que funciona bien como título del capítulo.

2. “(...) muitas famílias espanholas (...) Nada lhes faltava. Estavam como a passar férias, como o peixinho na água, bem instaladas, todas as traziam nas pontinhas dos dedos...” / “(...) muchas familias españolas (...)No les faltaba

de nada. Estaban como de vacaciones, como pez en el agua, bien instaladas, todos las tenían en palmitas...”.

(Obra original, p. 50; Obra traducida, p. 52)

La expresión portuguesa “trazer nas pontinhas dos dedos”, de carácter próximo a la metonimia, indica, según Infopédia, “tratar alguém com todos os cuidados”, un acto de extremo cuidado en relación a alguien, aplicado en este caso a las familias españolas refugiadas en Barrancos. Es una expresión cercana en su construcción a “na ponta da língua”. En su traducción al español encontramos como forma más cercana la locución “en palmitas”, de significado muy similar, con la peculiaridad de que la lengua castellana toma para este uso la figura de la palma de la mano, y no la de la punta de los dedos.

Según el DRAE, la locución verbal “llevar en palmas” significa “complacerle y darle gusto en todo”. Consideramos, por tanto, que la expresión con el diminutivo “en palmitas” se adecúa perfectamente al objetivo de la traducción, una vez que cumple el objetivo de mantener el sesgo popular de la expresión, respondiendo al contenido semántico de la misma en portugués.

3. “Casmurroíde” / “Cazurro”

(Obra original, p. 51; Obra traducida, p. 53)

El término “casmurroíde” proviene de “casmurro”, adjetivo aplicado a personas con el significado de “teimoso” o “taciturno” (<http://www.Infopédia.pt/lingua-portuguesa/casmurro>) o “de pocas palabras” (<http://www.dicionarioinformal.com.br/casmurro/>). Sin embargo, a este significado directo se une en el texto original una connotación ciertamente negativa, al ser caracterizado el individuo al que se aplica el vocablo con estas palabras: “era o Morais, pelo contrario, fechado que nem um búzio, de raciocínio lento e de meias palavras. E nada expansionista. Algo casmurroíde.” Con esta caracterización, y una vez más con la intención de mantener el registro lingüístico del original,

emprendimos una búsqueda léxica con la finalidad de conseguir encontrar el término que mejor se adaptase a esta función. Tras huir de los términos más directos, como “taciturno”, “huraño” o de otros menos evidentes en este contexto aunque también posibles desde el punto de vista puramente léxico, como “cabezota”, optamos por utilizar, prescindiendo de la derivación –oíde, la expresión “cazurro”, cuyas tres primeras acepciones del DRAE se adaptan de una manera bastante ajustada a las denotaciones y connotaciones derivadas del original, uniendo la característica de persona “de pocas palabras” a una caracterización claramente negativa (“de raciocínio lento e meias palavras”), tal y como connota el texto original:

cazurro, rra.

(De or. inc.).

1. adj. Malicioso, reservado y de pocas palabras. U. t. c. s.

2. adj. Tosco, basto, zafio.

3. adj. Torpe, lento en comprender.

4. “E fazíamo-lo às vezes debaixo de chuva grossa” / “Y, a veces, lo hacíamos lloviendo a cántaros”

(Obra original, p. 52; Obra traducida, p. 54)

Las expresiones portuguesas “chuva miúda” e “chuva grossa” no cuentan con traducciones directas en castellano, razón por la cual optamos por buscar una expresión que mostrase al lector español, de una forma rotunda, la densidad semántica de la expresión portuguesa. “Llover a cántaros” nos pareció una opción más adecuada y expresiva que la de utilizar un cuantificador, del tipo “llover mucho”, o que una expresión menos directa, como “llover con ganas”, o que pensar en el uso de cambiar el verbo “llover” por un sustantivo que aportase la carga semántica implícita en la expresión “chuva grossa”, del tipo “caer un chaparrón”. Una vez estudiadas todas estas propuestas, “llover a cántaros” nos pareció, además,

la versión que mejor se adecuaba al tono popular (aunque sin excesos) general del texto.

5. “Sem que eu o suspeitasse, ela estava apenas interessada em distrair-se para passar o tempo, à custa do saloio, do forasteiro; que os papalvos da terra os conhecia bem. Sabida, apostava em me gozar (...)” / “Sin que yo lo sospechase, ella solo estaba interesada en distraerse para pasar el tiempo, a costa del campesino, del forastero; que a los papanatas de la zona los conocía bien. Muy lista, me engatusaba (...)”
(Obra original, p. 53); Obra traducida, p. 55)

Este fragmento retrata una escena en la que está patente cierta tensión sentimental entre Gentil de Valadares y una joven que coquetea con él. Dos términos resultaron especialmente complejos en su traducción: el primero de ellos es “papalvos”, que designa, según Infopédia, a un “individuo que se deixa enganar fácilmente; pacóvio; simplório; lorpa”. Lo aplica el narrador a los habitantes del pueblo en el que se desarrolla la acción, con una evidente caracterización negativa, en la que está connotada la “superioridad” del personaje femenino en relación a ellos. Funciona, en cierto modo, como un calificativo peyorativo aunque sin crueldad, destinado a transmitir la idea de que la joven esperaba algo más que lo que podían ofrecerle los lugareños. En este caso, nos pareció que el término del castellano coloquial “papanatas” (según el DRAE “Persona simple y crédula o demasiado cándida y fácil de engañar”) se adaptaba correctamente al contenido del vocablo y de la situación en que se aplica.

Encontramos también, en segundo lugar, la expresión “apostava em me gozar”, con un uso del verbo también lleno de connotaciones marcadas por el contexto “sentimental” en el que se desenvuelven los personajes. El significado de este verbo, según Infopédia, nos remite a varias opciones posibles:

gozar

verbo transitivo

1. ter prazer em; fruir
2. tirar proveito de; desfrutar
3. rir-se de alguém; fazer troça

verbo intransitivo

sentir prazer; divertir-se; aproveitar

(De *gozo*+*-ar*)

Parece a todas luces evidente que el significado de “disfrutar” o el de “obtener placer” están presentes en esta expresión, como también lo está el carácter de cierta “burla” o, mejor, de “juego” que esta acción representa, más aún en un contexto de cortejo amoroso, como en el que nos encontramos. Si hubiésemos optado por una traducción más lineal, del tipo “se reía de mí” o “se burlaba de mí”, perderíamos la oportunidad de darle a la traducción un valor añadido, desde el punto de vista semántico, posible en castellano con la utilización del término “engatusar”, expresión coloquial que se refiere a la acción de ganar la voluntad de alguien con halagos, para conseguir un fin, y que se aplica con gran frecuencia en el contexto amoroso, más concretamente en la fase de cortejo. Con esta opción, creemos que obtenemos las dos valencias semánticas, tanto la que aporta el significado de “juego amoroso”, como la que nos transmite una idea de subordinación del protagonista con respecto a la acción desarrollada por la figura femenina, que domina la acción.

6. “E o tempo a passar... e o touro, com o seu repuxo, qual bêbado zigzagueando contra as barreiras, a marrar às cegas, a escoicinhar à toa...”
/ “Y el tiempo pasaba... y el toro, con su surtidor, como un borracho zigzagueando contra las barreras, tropezando a ciegas, coceando sin ton ni son...”

(Obra original, p. 56); Obra traducida, p. 58)

La expresión “à toa” significa, de acuerdo con el diccionario de Porto editora disponible en Infopédia: “sem reflexão nem tino, a esmo, ao acaso”. En este caso, al estar aplicada no a una persona, como suele ser habitual, sino a la acción desarrollada por un animal, y más en concreto por un toro, intentamos encontrar una expresión equivalente que ganase un carácter popular en la traducción, y que restase el aspecto de “sentido” o “reflexión” que podrían tener otras expresiones similares, inasequibles en el caso que nos ocupa. Por eso optamos por la expresión “sin ton ni son”, locución que expresa, según el DRAE, “Sin motivo, ocasión, o causa, o fuera de orden y medida”, que pensamos se adapta mucho mejor a la situación narrado por Gentil de Valadares, al aportar un cierto contenido de “fuerza”, “orden” y “medida” muy apropiado para el caso.

7. “O meu pai, de enojado, desligou... Que súcia de garotos! –disse” / “Mi padre, enojado, colgó... ¡Qué pandilla de gentuza!, dijo.”
(Obra original, p. 63); Obra traducida, p. 64)

El término “súcia” nos remite en castellano a “turba” (<http://tradutor.sensagent.com/súcia/pt-es/>), “pandilla” o “banda” (*Diccionario de português-Espanhol* de Porto Editora), refiriéndose a personas marginales o presumiblemente peligrosas, en todo caso, siempre con una caracterización negativa. El término “garoto”, por su parte, en sentido figurado, define a alguien maleducado y atrevido (*Infopédia*), con lo cual acentúa aún más la categorización negativa implícita en la expresión “súcia de garotos”. Por esta razón, y tras escoger la voz “gentuza” para caracterizar a los destinatarios del comentario, optamos por ampliar ese significado mediante la articulación del sufijo en el vocablo “pandilla”, construyendo la expresión “pandilla de gentuza”, que da respuesta a los retos propuestos por la expresión de la lengua original.

8. “(...) pernoitando onde calhava” / “(...) durmiendo donde se terciaba”.
(Obra original, p. 65); Obra traducida, p. 66)

El verbo “calhar” tiene implícito un valor aleatorio, relacionado con el concepto de “suerte”, de “tocar en suerte” (*Infopédia*), como podemos observar, de forma especial, en la expresión “se calhar” (= “a lo mejor”, “tal vez”, según www.wordreference.com), aunque su valor primero sería el de “encajar” o “sentar bien”, según . En este caso, más allá de expresiones iniciales como “durmiendo donde fuese” o “donde tocase”, creímos oportuno incluir el enunciado “donde se terciase”, recurriendo así a un verbo de carácter popular, “terciar”, muy común en los contextos rurales, y más en concreto en Extremadura, y que en la acepción decimotercera del DRAE se define como “Dicho de una cosa o de la oportunidad de hacerla: presentarse casualmente”.

9. “(...) aproximava-me do Citroen, ostensivamente desabotoado, a aconchegar as calças do meu fato-macaco” / “(...) me aproximaba al Citroen, visiblemente desaliñado, colocándome los pantalones de mi mono de trabajo”.
(Obra original, p. 71); Obra traducida, p. 72)

El adjetivo “desabotoado” remite, como es lógico, a “botão”, siendo la primera traducción de “desabotoado” algo así como “desabrochado” o “desatado”, según la mayor parte de los diccionarios bilingües consultados (www.wordreference.com o <http://tradutor.sensagent.com>). Sin embargo, y a pesar de que el significado literal de la expresión tuviese como punto de partida, como origen, el hecho de que los botones del pantalón no estuviesen abrochados, nos pareció pertinente encontrar un término más genérico con el que expresar un estado de apariencia física que debería ir más allá del hecho concreto de los botones, para mostrar una figura cuya imagen dista bastante de la elegancia. En esta dirección, nos pareció pertinente el uso del término popular “desaliñado”, procedente de “aliño”, vocablo relacionado también con el

campo gastronómico, y que nos pareció una solución correcta para este caso, teniendo en cuenta las dos primeras acepciones concedidas por el DRAE al término “desaliño”:

desaliño.

1. m. Desaseo, descompostura, desatavío, falta de aliño.
2. m. Negligencia, omisión, descuido.
3. m. pl. Adorno que usaban las mujeres, a modo de arracadas o pendientes, guarnecido de piedras preciosas, que llegaba desde las orejas hasta el pecho.

10. “É um nojento salazarista. E um engraxador, sempre à gosma.” / “Es un asqueroso salazarista. Y un lameculos, siempre baboseando.”

(Obra original, p. 72); (Obra traducida, p. 72)

El fragmento citado corresponde a la caracterización del teniente Soares, de la GNR, y está inserta en la descripción que realiza del mismo el capitán Vitorino ante Seixas. Es evidente el carácter negativo de la misma, y la carga semántica implícita, desde un punto de vista social, en la expresión “asqueroso salazarista”, que revela a la perfección el posicionamiento ideológico tanto del emisor como del receptor de la frase. Los dos términos señalados en esta secuencia, “engraxador” (“bajulador”, según *Infopédia*) y la expresión “à gosma” (que hace referencia, de acuerdo con el mismo diccionario portugués, a “qualquer substância viscosa”) forman parte de la descripción psicológica del personaje, y deberían, por lo tanto, pertenecer al mismo registro lingüístico. Por esta razón, ante el primer término, preferimos prescindir de la expresión coloquial española “pelota”, que se adaptaba correctamente al original, para escoger una con una mayor potencia semántica, como “lameculos” (según el DRAE, en uso vulgar, “persona aduladora y servil”), que acentúa el carácter oral y coloquial del discurso, al mismo tiempo que subraya la opinión de los participantes en la conversación sobre el sujeto en cuestión. En el caso de “à gosma”, nos pareció

que el verbo “babosear”, en el sentido de “obsequiar a una mujer en exceso” (DRAE) de forma metafórica, se adaptaba perfectamente al original, como parece demostrar el texto original pocas palabras después, cuando indica que el personaje en cuestión era apodado “el teniente seductor”.

11. “Não iriam aqueles homens dar com a língua nos dentes?” / “¿No se irían aquellos hombres de la lengua?”

(Obra original, p. 78); Obra traducida, p. 79)

En este caso, nos encontramos ante un caso evidente de una expresión coloquial, cuyo equivalente en español sería la expresión idiomática “irse de la lengua”, tal y como aparece en el *Diccionario de expresiones idiomáticas* de Ana Belén García Benito²⁴ con la definición “Decir una persona lo que no quería o no debía manifestar”.

12. “E nada mais era preciso para estar nas boas graças...” / “Y nada más se necesitaba para caer en gracia...”

(Obra original, p. 85); Obra traducida, p. 86)

“(...) metendo a ridículo os seus adversários, em particular o general Miaja, que lhe respondia de Madrid no mesmo tom, sarcástico e jocoso... de ropa suja...” / “ridiculizando a sus adversarios, en particular al general Miaja, que le respondía desde Madrid en el mismo tono sarcástico y jocoso... de trapos sucios...”

²⁴ Ana Belén García Benito, *Diccionario de expresiones idiomáticas (español-portugués)*, Mérida, Junta de Extremadura, 2004, p. 153.

(Obra original, p. 88); Obra traducida, p. 88)

Tenemos en esta ocasión dos casos próximos de expresiones existentes en las dos lenguas, y para cuya traducción hay que apartarse ligeramente del término más próximo al original, para encontrarlos en dos versiones también cercanas a los mismos, con las ligeras variaciones representadas por el uso del verbo “caer”, en el primer caso (“caer en gracia”, según el DRAE, es una locución verbal que significa “agradar, complacer”), y del término “trapos”, en el segundo (según el mismo diccionario, existen las expresiones “lavar los trapos sucios”: arreglar privadamente los aspectos enojosos de la vida personal” y “sacar los trapos sucios”: “echar a alguien en cara sus faltas y hacerlas públicas, en especial cuando se riñe con él acaloradamente”), manteniéndose el resto de las dos expresiones prácticamente iguales en ambos idiomas.

13. “(...) toda aquella grande conversa. De fio a pavio” / “Toda aquella gran conversación. De cabo a rabo”

(Obra original, p. 93); Obra traducida, p. 93)

“”Que diabo! Cheirava-me a esturro...” / “¡Qué diablos! Me olía a chamusquina...”

(Obra original, p. 100); Obra traducida, p. 101)

Otra de las características singulares del texto, en su aproximación al lenguaje oral y popular, es la aparición de refranes, proverbios y clichés lingüísticos populares, como en el caso que nos ocupa, “de fio a pavio” (según *Infopédia*, “do princípio ao fim, de um extremo ao outro”), que optamos por verter al castellano como “de cabo a rabo” (locución adverbial que indica, según el DRAE, “de principio a fin”).

Exactamente la misma situación se produce con la expresión “cheirar a esturro” (“estar o caso malparado, ser de desconfiar”, en *Infopédia*), utilizada cuando se siente o se presiente un posible problema detectado de forma precoz, y que en castellano optamos por verter como “oler a chamusquina” (en el DRAE, locución verbal coloquial: “Dicho de una disputa: parecer que va a parar en riña o pendencia”).

14. “Águas de bacalhau” / “Agua de borrajas”

(Obra original, p. 102); Obra traducida, p. 102)

Una situación semejante a las dos anteriores es la que se aplica a la expresión portuguesa “águas de bacalhau”, aplicada a situaciones que no llegan a buen puerto, para cuyo caso empleamos en español la expresión “agua de borrajas”, según el DRAE definida como “cosa sin importancia”, definición similar a la aparece en *Infopédia* para referirse a la expresión “ficar em águas de bacalhau: diz-se de um negócio ou de um intento que ficou em nada, que se frustrou”.

15. “Foi também por este tempo que me peguei com a minha madrastra. A valer... Chata!” / “Fue también por entonces cuando tuve una enganchona con mi madrastra. Ya le vale... ¡Majadera!”

(Obra original, p. 98); Obra traducida, p. 98)

En este fragmento encontramos de nuevas características propias del lenguaje oral, con un discurso que parece que se va construyendo de forma casi espontánea, según se articula. En concreto, encontramos tres expresiones dignas de comentar. La primera de ellas es “me peguei”, del verbo “pegar”, que nos conduce, en primera instancia, a las castellanas “enfadarse” o a las expresiones “tener una discusión” o

“una disputa”, según el diccionario bilingüe www.wordreference.com. Sin embargo, en nuestro caso, optamos por una fórmula más popular, que nos pareció también más rica en matices, en rigor con el resto de opciones escogidas en la frase. La expresión “tener una enganchona” creemos que añade un valor de disputa espontánea a la frase que le confiere un carácter muy apropiado a una posible discusión entre una madrastra y su hijastro.

Al mismo tiempo, las sentencias “A Valer... Chata!” también ofrecían dificultades para encontrar soluciones que no fuesen excesivamente duras pero que ayudasen a subrayar el carácter conflictivo del pasaje. Según nuestro diccionario portugués de referencia, el adjetivo “chato” nos ofrece significados como “baixo, rasteiro, vulgar, maçador”, por lo que se optó por las expresiones “Ya le vale... ¡Majadera!”, con el uso de este último término (en el DRAE “necio y porfiado”), que ayuda a generar en el lector una sensación de desautorización, por parte del narrador, con respecto a las actitudes protagonizadas por el personaje femenino en cuestión.

16. “A irmã mais nova, a Mariazinha, que fazia de pau-de-cabeleira, fingia não dar por nada...” / “La hermana más pequeña, Mariazinha, que hacía de carabina, fingía no ver nada...”

(Obra original, p. 107); Obra traducida, p. 107)

Encontramos en este caso una nueva expresión que, como ya vimos en el caso de “engatusar”, forma parte del léxico de cortejo y amoroso. La expresión popular portuguesa “fazer de pau-de-cabeleira” (según www.dicionarioweb.com.br, “alcoviteiro”, “pessoa que serve de intermediário entre namorados”) nos parece perfectamente equivalente a la española “hacer de carabina”, con lo cual las connotaciones propias de esta expresión se mantienen en su totalidad, al tiempo que no se pierde el registro lingüístico del original.

17. “Não andavam faunos pelos bosques” / “No había moros en la costa”.

(Obra original, p. 109); Obra traducida, p. 109)

De nuevo nos deparamos con una expresión cuyo significado está plagado de connotaciones. En este caso, además, se trata de una expresión, “Andam faunos pelos bosques”, que dio título a un libro de Aquilino Ribeiro en 1926, con lo que el universo de connotaciones, al estar la expresión entrecomillada en el texto original, se amplía aún más. En este caso, hemos tenido que prescindir de la connotación literaria que añade este hecho para intentar acercarnos, sin más, al significado de la expresión, utilizada por Gentil de Valadares para referirse a la ausencia de ninguna persona o elemento perturbador en medio de una acción realizada en secreto, como era el hecho de escuchar en la radio programas prohibidos en aquel contexto de guerra civil. La expresión española más cercana nos pareció “no haber moros en la costa”, utilizada de forma muy afín con ese mismo propósito en el lenguaje estándar español, a pesar de existir también, documentada por Ana Belén García Benito²⁵, la expresión portuguesa “andar mouro na costa”.

18. “Era um magricelas olheirento, sem cara para aguantar uma boa bofetada” / “Era de un mal semblante ojerizo, sin cara para aguantar una buena bofetada”.

(Obra original, p. 111); Obra traducida, p. 111)

La expresión “magricelas” nos remite a “magro”, delgado, con el sufijo aumentativo. Una primera traducción nos llevaría a “flacucho” (según el diccionario bilingüe

²⁵ Ana Belén García Benito, *Op. Cit.*, p. 133.

www.wordreference.com), término al que habría que añadir el “ojeroso”. Sin embargo, en esta ocasión preferimos abandonar la versión más lineal y directa para intentar ofrecer una caracterización que, sin abandonar la referencia a la delgadez extrema, intente centrarse en el ámbito de la cara y su expresión, lugar donde opera el término “olheirento”. Por esta razón, optamos por construir “de un mal semblante ojerizo”, sin duda menos directa, pero que nos pareció más rica en matices a la hora de dibujar el retrato del personaje.

19. “(...) O Sr. Andrade me fora ouvindo, mas não ia perder mais o seu tempo precioso com este zé-ninguém, para mais suspeito.” / “El Sr. Andrade me fue escuchando, pero no iba a perder más su precioso tiempo con este don nadie, y además sospechoso”.

(Obra original, p. 111); Obra traducida, p. 112)

“Advenedizo”, “pelagatos”, “pelanas” son varias de las opciones que manejamos a la hora de definir este “zé-ninguém” (<http://pt.thefreedictionary.com>), personaje minusvalorado en la narración. A pesar de que se adaptaban bastante bien al contenido semántico de la expresión, nos parecía que la aparición de “ninguém” en la construcción del término portugués era demasiado relevante para prescindir de ella, su significado global y sus connotaciones en el contexto. Por esta razón, optamos por la fórmula “don nadie”, quizá la fórmula española más cercana al original, y más rica en matices.

20. “E eu logo adormecia de estafado que estava, sem quase meter paleio com o almocreve...” / “Yo al final me dormía de lo cansado que estaba, sin casi darle palique al conductor del carro...”

(Obra original, p. 115); Obra traducida, p. 116)

El término “paleio” se refiere a la acción de conversar con alguien, con la finalidad de entretenerlo o de obtener alguna información, según revela el diccionario de Porto Editora:

paleio

nome masculino

1. conjunto de palavras sem importância; verborreia
2. discurso hábil através do qual se pretende persuadir, seduzir ou enganar alguém; lábia
3. fluência e facilidade de expressão
(Derivação regressiva de *paleiar*)

Teniendo en cuenta que el DRAE concede al término castellano “palique” el valor coloquial de “conversación de poca importancia”, nos pareció la voz que mejor se acercaba al original, en esa función que unía el entretenimiento con un valor de búsqueda de complicidad con el conductor del carro que transportaba a los participantes en la escena.

A través de esta selección de ejemplos, hemos podido comprobar que las principales dificultades del texto objeto de nuestra traducción se centraban en el aspecto léxico, con un papel destacado para las expresiones idiomáticas. Este hecho está plenamente justificado en la naturaleza de las *Memorias* de Gentil de Valadares, en las que el registro popular ya mencionado en estas páginas es representativo del acervo cultural popular, del que las *Memorias* son un fiel exponente. Como indica María Luisa Ortiz Álvarez²⁶, es importante subrayar la base metafórica con que cuentan las expresiones idiomáticas, cristalizadas por el uso hasta convertirse en referencia social y no individual. Ese es exactamente el papel que parecen desempeñar en el texto traducido, donde sirven para destacar y tornar viva la memoria de su autor, a través de estas expresiones que enlazan su capacidad evocativa o reflexiva con la propia conciencia de la cultura en la que se fraguó la obra.

²⁶ María Luísa Ortiz Alvarez, Art. Cit., p. 103.

3.3. TRADUCIR REGISTROS: EL COMPONENTE LÍRICO Y EL REGISTRO ORAL.

Como hemos tenido ocasión de indicar, el registro genérico de este texto es el de una narración memorística basada en aportaciones orales, con lo cual esta característica (la oralidad) aparece también, con frecuencia, como una marca estilística del relato. Además, en paralelo, el texto recoge al menos un poema lírico y abundan en él las características propias del tono elegíaco, por lo que parece evidente que en la intención del autor, Gentil de Valadares, estaba escribir un texto con las estrategias y características propias de este tipo de narraciones con fundamentos literarios, que responden a la necesidad de instruir (*docere*) y deleitar (*delectare*)²⁷.

Desde el propio título del capítulo (“Acabo de escuchar, señores, una historia increíble”), el texto ofrece numerosos ejemplos de desarrollo oral, así como varios fragmentos en los que prima el componente lírico. Entre los primeros, encontramos varias menciones cuya finalidad es la de construir un relato ágil y con sensación de irse revelando a sí mismo, gracias a nexos narrativos propios del estilo oral. Este tipo de recursos, muy frecuentes en los textos de carácter popular, acercan nuestro relato a la tradición que une literatura y folklore, a través de las narraciones orales.

Es frecuente encontrar interpelaciones al lector como las siguientes:

“E contarei, já agora, que, numa das vezes em que fui ao clube com o Sr. Candeias, havia baile no salão.”

“Y voy a contar ahora que, una de las veces que fui al club con el Sr. Candeias, había baile de salón”.

(Obra original, p. 52; Obra traducida, p. 54)

“Quanto ao outro exército, que, a partir de Huelva, caminando de sul para norte, Numa paralela à fronteira portuguesa, e cujo objectivo era a conquista de Mérida e de Badajoz, vamos agora falar. E mais detalladamente...”

²⁷ A este respecto, véase Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica* (trad. María José Vega), Madrid, Cátedra, 1991.

“En cuanto al otro ejército, que, partiendo de Huelva, caminaba de sur a norte, en paralelo a la frontera portuguesa, y cuyo objetivo era la conquista de Mérida y de Badajoz, vamos a hablar ahora. Y más detalladamente...”

(Obra original, p. 59; Obra traducida, p. 60)

“E, referindo-me ainda ao general Pires Franco, acrescentarei que era o comandante do Batalhão nº 2 da Guarda Fiscal, que abrange a terça parte do país.”

“Y volviendo al general Pires Franco, tengo que decir de él que era el comandante del Batallón nº 2 de la Guardia Fiscal, que abarca la tercera parte del país.”

(Obra original, p. 77; Obra traducida, p. 78)

Lógicamente, este tipo de nexos narrativos propios del discurso oral se articulan coherentemente con el carácter popular del relato tantas veces mencionado, puesto que proporciona cohesión al texto, así como solidez narrativa y estructural.

Al mismo tiempo, como hemos mencionado, también es posible encontrar en las *Memorias* de Gentil de Valadares características propias del registro poético, tanto por la inclusión de un poema en medio del texto principal, como por la aparición de algunos fragmentos de clara orientación lírica en los que queda de manifiesto la vocación poética de su autor, de los que son ejemplo los siguientes:

“Uma onda de felicidade inundou-me. Dancei uma vez... Dancei outra... E tornei a dançar... E sempre com a mesma dama. Acabariamos por nos sentar, lado a lado, virados um para o outro e suspensos das palavras... em particular das minhas, impregnadas de emoção... Ela tinha o sorriso da Gioconda... Também indefinível, igualmente enigmático... Olhando-a de perto, rolaram-me os olhos pelo seu colo abaixo... era um vale de lírios e açucenas sob um céu todo estrelado, toda a luz dos pirilampos daquelas jóias do mais fino labor...”

“Me inundó una ola de felicidad. Bailé una vez... Bailé otra... Y volví a bailar... Y siempre con la misma dama. Acabamos sentándonos juntos, girados el uno hacia el otro y flotando entre palabras... en particular las mías, llenas de emoción... Ella tenía la sonrisa de la Gioconda... También indefinible, igualmente enigmática... Mirándola de cerca, se me iban los ojos por su cuello hacia abajo... era un valle de

lirios y azucenas bajo un cielo lleno de estrellas, toda la luz de las luciérnagas de las joyas más refinadas...”

(Obra original, p. 53; Obra traducida, p. 55)

“E que delicadeza a deles, em dias de vento, com todas aquelas suas vergôntes a ovacionarem-me à passagem... Abanando-se com os seus leques de folhas, em suas ondulações verdes, ora agitadas ora mais lentas... Eram como algas num aquário ou ramos de grandes florestas submersas no fundo dos oceanos... asas de imagináveis gaivotas verdes, ora subindo, ora descendo...”

“Y qué delicadez la suya, en los días de viento, con todas aquellas ramas suyas ovacionándome al pasar... Balanceándose con sus abanicos de hojas, con sus ondulaciones verdes, a veces rápidas y a veces lentamente... Eran como algas en un acuario o ramas enormes inmersas en el fondo de los océanos... alas de imaginarias gaviotas verdes, ora subiendo ora bajando...”

(Obra original, p. 108; Obra traducida, p. 108)

Sin duda alguna, los ejemplos que acabamos de citar dejan patente la bis poética de Gentil de Valadares, presente en el texto, especialmente en los episodios que narran pequeñas aventuras sentimentales, siempre con una importante ingenuidad, que se coordina muy correctamente con el discurso oral y popular ya referido. El ejemplo más evidente de esta vocación de Gentil de Valadares es el poema titulado “¡Arriba España!”, que incluye en el relato de sus *Memorias*, puesto que el motivo que originó el mismo se produjo en el tiempo al que se refiere su narración, aunque el poema fuese escrito en Moura, en abril de 1938. En él queda patente, una vez más, su voluntad literaria, al tiempo que coloca al traductor ante la necesidad de traducir un texto lírico, que no parece responder a un molde estrófico definido en su lengua original, pero que sí contempla rasgos rítmicos y también elementos de carácter popular y expresiones coloquiales que era necesario preservar en la lengua de llegada, como hicimos al realizar su traducción, privilegiando estos aspectos:

Arriba Espanha!

Ai nua...
Nua vinha...
E só uma andorinha, de asas abertas, negra,
Poisara no seu ventre cor de lua...
Tinham-na violado...
Feito dela matraquilho...
Raparam-lhe o cabelo à soldado
Depois de pôr-lhe o corpo num rodilho...
E bárbaros, cruéis, num gesto cínico,
Lhe deram de beber óleo de rícino...
Foi quando, num descuido, lhes fugiu...
A corta-mato, a furricar-se, veio
Por entre chãos de trigo e de centeio,
Até chegar, por fim, ao marco da fronteira,
E ela vinha por entre o matagal
A mastigar bolota de azinheira,
Dorido, mas pacífico animal...
As faces encovadas, de caveira...
E em cada olho a nódoa de uma olheira...
“Despe o sobretudo...Dá-lho!” (meu pai assim mandou)
E eu dei-lhe o sobretudo de bom talho...
E com ele é que a moça se tapou.
Era filha – nos disse – de Dom Paco
Um homem bom, porém, de má fortuna.
Dom Rubio, que era amigo, mas velhaco,
Aos raquetés o acusa de comuna...
E foi ditada a sorte:
Olhos vendados...Morte.
Ela, andaluza, sólida, morena,
Nascera na cidade de Aracena.
Seu nome era Pilar...
E negro o seu olhar.

Olhei o seu perfil...”A fronte é soberana.
De tranças pretas, saias longas, lenço,
Seria uma cigana...”
Mais tarde a vi em Moura, um mês depois
Na praça de toureio encurralada, de sobretudo trajada...
São mil e vinte e cinco espanhóis,
Mais pacíficos ainda do que bois...
Seguiram num “comboio especial”
A fim de embarcar na capital
Em barcos (dois) da Armada Portuguesa.
Sei que seguiram para Tarragona,
Porto de mar, perto de Barcelona.
Nem todos vão por mar.
Uns seis não embarcaram...
Foram de side-car...
E sei que os fuzilaram!

¡Arriba España!

Desnuda...
Desnuda venía...
Y sólo una golondrina negra, con las alas abiertas,
Posada en su vientre color de luna...
La habían violado...
Se habían ensañado...
Le habían rapado el cabello como un soldado
Después de dejarla hecha un harapo...
Y bárbaros, crueles, en un gesto cínico,
Le dieron de beber aceite de ricino...
Fue cuando, en un descuido, huyó...
Campo a través, con gran esfuerzo, vino

Entre campos de trigo y centeno,
Hasta llegar, por fin, a la línea de la frontera.
Y ella venía por entre la maleza
Masticando bellotas de encinas
Dolorido, pero pacífico animal...
Las mejillas hundidas, de calavera...
Y en cada ojo la mancha de una ojera...
“Quítate el abrigo... ¡Dáselo!” (me lo ordenó así mi padre)
y le di el abrigo de buen agrado...
y con él se tapó la joven.
Era hija -nos dijo- de Don Paco,
Un hombre bueno, aunque con mala fortuna.
Don Rubio, que era amigo, pero bellaco,
A los requetés lo acusa de comuna...
Y fue dictada su suerte:
Ojos vendados... Muerte:
Ella, andaluza, robusta, morena,
Nacida en la ciudad de Aracena.
Su nombre era Pilar...
Y negra su mirada.
Miré su perfil... “Cabeza soberana.
Trenzas negras, faldas largas, pañuelo,
Sería un gitana...”
Más tarde la vi en Moura, un mes después
En la plaza de toros, acorralada, con el abrigo...
Son mil veinticinco españoles,
Más pacíficos que bueyes...
Llegaron en un “tren especial”
Para embarcar en la capital
En barcos (dos) de la Armada Portuguesa.
Sé que partieron a Tarragona,
Puerto de mar, cerca de Barcelona.

No todos van por mar.
Unos seis no embarcaron...
Se fueron en sidecar...
¡Y sé que los fusilaron!

Este registro lírico marca una línea divisoria bien definida en relación al texto escrito por Maria Dulce Antunes Simões, bajo el título “Relaciones sociales, poderes y resistencias”, y que constituye el capítulo cuarto de *Barrancos en la encrucijada de la Guerra Civil española*. Lejos del carácter oral y popular en tantas ocasiones del relato de Gentil de Valadares, el texto firmado por la autora se constituye en un ejemplo perfecto de lenguaje estándar, y podemos considerarlo como un texto ensayístico con una clara vocación divulgadora. Por esto, responde a los criterios y características propios de este tipo de discurso, en el que prima la claridad expositiva y la ausencia de elementos “perturbadores” en el discurso, con la finalidad de no apartar la atención del lector del contenido fundamental del texto.

Una vez enunciadas las características fundamentales del libro, analizados con algún detalle los ejemplos más significativos de esas mismas características, y definido y contextualizado el proceso de documentación, se cumplen las condiciones necesarias para poder presentar la traducción realizada. Gracias a los fragmentos seleccionados, será posible observar el carácter tan diversificado que ofrece la traducción del libro que nos ocupa, convirtiéndolo, como mencionábamos al principio de este Trabajo de Traducción, en un auténtico reto para el traductor, que debía conseguir amoldarse, sin salir del mismo libro, a discursos y textos propios de varios registros formales, desde el lírico al ensayístico, desde el lenguaje cargado de expresiones populares y coloquiales hasta el más próximo al ámbito académico y culto.

4. TRADUCCIÓN DE LA OBRA

NOTA PREVIA

La traducción castellana de la obra de Maria Dulce Antunes Simões *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil de Espanha. Memórias e Testemunhos, 1936*, apareció en España con el sello de la Editora Regional de Extremadura en noviembre de 2008, bajo el título *Barrancos en la encrucijada de la Guerra Civil española. Memorias y testimonios, 1936*. El libro original está conformado por cuatro capítulos principales, más una Presentación (a cargo de António Pica Tereno, alcalde de Barrancos), un Prefacio (firmado por Jorge Crespo) y un Epílogo responsabilidad de la autora principal del libro, al que sigue una Bibliografía final.

De los cuatro capítulos de la obra, el primero y el cuarto (titulados “A memória e a escrita/La memoria y la escritura” y “Relações sociais, poderes e resistências/Relaciones sociales, poderes y resistencias”, respectivamente) son de la entera responsabilidad de Maria Dulce Antunes Simões, mientras que los capítulos segundo y tercero cuentan con otros dos autores bien diferentes entre sí. En concreto, el segundo capítulo, titulado “Memórias da guerra civil de Espanha/Memorias de la Guerra Civil de España”, es de la autoría de Gentil de Valadares, hijo del teniente Seixas, verdadero centro de la investigación que aborda esta obra, y está fechado en 1983. Es decir, estamos ante una obra autónoma, creada por Gentil de Valadares con registro memorístico, recogida por Maria Dulce Antunes Simões como uno de los capítulos del libro, con la intención de ofrecer al lector la posibilidad de conocer de primera mano los testimonios (como reza el subtítulo del libro) de los protagonistas de las aventuras estudiadas por la autora y que tuvieron lugar con motivo de la Guerra Civil española.

En el caso del tercer capítulo, titulado “Barrancos, 1936: el caso del teniente Seixas y la aventura del Niassa”, su autor es el historiador español Francisco Espinosa Maestre, y aparece en castellano en el libro original, con lo cual en la traducción de la obra se mantuvo exactamente igual, procediéndose apenas a la corrección de

erratas y de algunos pequeños errores evidentes en la transcripción de algunas citas en portugués.

Aunque en 2008 realizamos la traducción de la totalidad de la obra, cuya edición en castellano cuenta con 265 páginas, presentamos ahora el capítulo segundo (las *Memorias* de Gentil de Valadares, que en la edición original comprende las páginas 43-118, y en la española 45-118) en su totalidad y un fragmento del capítulo cuarto (las páginas 149-172 del libro original, 147-170 en la versión española), de la autoría de Maria Dulce Antunes Simões. Este hecho está motivado, además de por evidentes razones de espacio, porque se trata de dos fragmentos en los que confluyen con claridad diferentes registros lingüísticos (propios del discurso ensayístico, narrativo, memorístico o poético) elaborados por autores profundamente diferentes y en momentos históricos también lejanos, proporcionando al traductor el reto de conseguir dar una voz propia a cada uno de ellos.

II
MEMORIAS DE LA GUERRA CIVIL
DE ESPAÑA

Gentil de Valadares

1. “Acabo de escuchar, señores, una historia increíble”

Desde que regresamos del paseo a Chaves –paseo invitado por nuestro primo de América– mi padre tuvo que centrar toda su atención en la frontera. Allí pasarían cosas muy graves, por lo menos según la visión del sargento Morais, quien se quedó al mando de la sección durante la corta ausencia de mi padre. Abarcaba la sección de Safara, y creo que incluye todavía, pasado ya medio siglo, un área bastante extensa, ya que la línea de la raya confina y se extiende desde Mourao hasta Vila Verde de Ficalho, con la particularidad de agrandarse en una barriga, como un “promontorio” por dentro de España, y en cuyo ombligo se sitúa el pueblo de Barrancos. En el norte del pueblo, allí bastante lejos, a más de dos leguas y en un lugar desierto atravesado por un camino de tierra, bajo manchas de encinas, existe sólo el puesto de las Russianas²⁸ y en el sur de este mismo pueblo, el de la Tomina, el de Santo Aleixo da Restauração, el del Sobral da Adiça y el de las Choças; y en la retaguardia de estos puestos, a veintisiete kilómetros de Barrancos, el puesto de Safara, que es la sede de la sección; y además, más hacia el interior del país, considerado puesto de segunda línea, el del pueblo de Moura, a cuarenta y ocho kilómetros de la frontera.

El sargento Morais, tal y como le competía, nada más llegar informó a su superior de que muchas familias españolas y oriundas de las poblaciones fronterizas, limítrofes, se habían refugiado en Barrancos. Huían por temor a las represalias por parte de las fuerzas gubernamentales. Ellas tenían relaciones de amistad con gentes de aquel pueblo, como también otras con familias de Beja, y vinieron junto a ellas como medida de precaución. La verdad es que, procediendo así, estaban ya a salvo, siendo apreciadas por desde el alcalde del municipio hasta el camarero del café al que iban.

²⁸ Este puesto sería trasladado a otro lugar pasados algunos años, situándolo en la misma área de las Russianas.

No les faltaba de nada. Estaban como de vacaciones, como pez en el agua, bien instaladas, todos las tenían en palmitas... Quien lo contaba era el sargento Morais, informando de todo a mi padre.

Cincuentón tranquilo, muy prudente, el sargento resumió lo que sabía con su hablar pausado. Contrastaba con la figura atrayente de mi padre, que, por su parte, lo tranquilizaba: “De ahí no llega ningún mal al mundo. Creo que hicieron bien en refugiarse, teniendo en cuenta las circunstancias”. Se sabía ya, con certeza, que se habían practicado lamentables asesinatos, como represalia, tras las muertes de Huelva... Las víctimas habían sido los grandes agricultores, los patrones más detestables, los burgueses más orgullosos y mucha gente inocente, ciertamente, pero que los que estaban a favor del gobierno admitían como simpatizantes de los rebeldes. Escenarios de horror, con salvajadas por medio... ¡Barbaridades inútiles!... Aprovecharon el furor, el envoltorio, para en la confusión vengarse de ellos. Mal hecho. ¡Peor que a sangre fría!... Nadie podía estar de acuerdo. Se trataba, pues, de dar hospitalidad a personas con su vida en peligro. Nuestra obligación era dársela. Lo contrario sería poner en duda los valores o principios en los que creía mi padre. Y en ese tema él era incapaz de retroceder lo más mínimo. ¡Fíjate! Tenía la costumbre de decir que siempre le gustaba comportarse con los demás como le gustaría que se comportasen con él en las mismas circunstancias. Y también le oí decir muchas veces que, cuando tenía que asumir el papel de juez –y lo asumía a veces– lo primero que hacía era sentarse en el banco del condenado y ponerse en su piel. Yo sabía que él era así, íntegro; que aquello no era conversación fiable. Era su hijo. Lo trataba de cerca. Tenía la obligación de conocerlo bien. Sabía bien que aquello que predicaba formaba parte de su forma de ser, de su carácter, de sus ideales, y que nos lo demostraba en el día a día; de ahí, sin duda, la gran consideración que todas las personas le tenían, por mostrarse así, tan humano, por evidenciarse así, tan justo. Pero el sargento, que llevaba aquí poco tiempo, había llegado de Vinhais, como castigo, no lo conocía aún bien, o no lo suficiente, por lo menos, para comprender el modo de ver las cosas de mi padre, minimizando los muchos asuntos graves... “Quien huye no quiere guerra, Morais...”

Morais vino a ocupar la plaza del sargento Cirilo, que, cumplida la penitencia, volvió a Alcoutim, de donde era natural. Estos dos sargentos eran dos personas bien

diferentes. Ambos buenas personas, de estatura y edad similares; pero mientras Cirilo era parlanchín y de risa fácil, muy alegre y buen compañero de alterne, por el contrario, Morais era más cerrado que un caracol, de respuesta lenta y de medias palabra. Y nada expansionista. Algo cazurro. Una tumba. Tenían los dos un sólo punto en común... Eran campeones en el juego de las damas. Cualquiera de ellos me daba una paliza y comiéndome tres de un golpe, siempre me ganaban. Y yo que me tenía como buen jugador... ¡Qué pardillo!... Acabé por abandonar, convencido de que nunca les llegaría ni a los talones... Ellos hubieran sido capaces de enfrentarse con el mismísimo inventor de los cien cuadraditos, que se sabe que había sido el abad de Faria, portugués de Goa, cuando estuvo preso en la Bastilla, y después en la fortaleza de If, en Marsella, por defender la igualdad social... esto fue por los tiempos de Alejandro Dumas...

Ocurrió, justo al día siguiente de nuestra llegada, que dos carabineros, acompañados de sus respectivas mujeres y de los cinco hijos pequeñitos, con edades entre los dos y los ocho años, se entregaron en uno de los puestos de la frontera. Ya no me acuerdo en cuál... Venían armados y entregaron las carabinas y las cartucheras. También estos huían de los “rojos”. Ambos eran gallegos. Los habían enviado en primera instancia más acá de Aroche. Mi padre los instaló en nuestra casa, los alimentó y les dio cama, llevándolos al día siguiente a Moura, donde embarcaron en un tren con destino a Tuy. Eran de allí al lado. Y allí querían ir. Y mi padre, encima, tuvo que prestarles dinero para ayudarles con los billetes. Ese fue el primer problema. Pero iban a seguirle un rosario de ellos, y de muchas cuentas, ¡y algunas muy negras! Problemas en serie, cada cual peor, y casi todos en el área de Barrancos.

Yo conocía bien el pueblo. Podría hasta aventurar que lo conocía desde hacía mucho. Siempre que mi padre tenía que hacer la ronda por Tomina y las Russianas, y dado que son dos puntos a desmano, lejos de la carretera, nosotros, el Mechero y yo, nos adelantábamos en la víspera con los caballos y dormíamos en el cuartel de Barrancos; mi padre se nos presentaba allí al día siguiente, al volante del Citroen. Y allí tenía el caballo que necesitaba. Era más rápido y no se cansaba tanto. Nosotros no íbamos nunca por la carretera, mejor por atajos que conocía el Mechero, y así acertábamos distancia, aunque no era mucha, de veintisiete kilómetros. Y, a veces, lo hacíamos lloviendo a cántaros, golpeando el agua nuestras capas como si fuese

granizo; capas de hule, de un negro brillante, y tan grandes que cubrían por completo al caballo y al caballero. Nuestros ojos sólo podían ver por la abertura de las capuchas...

Me entretenía por las noches con los guardias y con sus amigos, entre los cuales se encontraban contrabandistas de café; otras veces frecuentaba el “Club de los Ricos” por invitación del Sr. Candeias, que era tesorero de la Hacienda Pública en aquella villa y uno de los amigos de mi padre. Siempre desconfié de que fuese por ser demócrata. Grandes amigos de mi padre, para ser claros, lo eran todos. Fue el Sr. Candeias el que, en ese club, me enseñó a beber por el *pipôrrro* –cántaro de fino barro rojo, de dos bocas. Es difícil beber sin mojarse. Manda el precepto que se levante mucho por encima de la cabeza, pegado a ella, y que, desde el aire, se dispare el chorro o tiro de agua directo a nuestra boca. Y esto tiene una ventaja: no hay el más mínimo contagio... Esos recipientes son típicos. Y las hay, para ser claros, en todas las casas del pueblo, entiéndase... Tienen la cualidad de conservar el agua fresquita en el verano, debido a la calidad del barro del que son hechos, que es del más poroso. Si hasta los vemos sudorosos por fuera...

Y voy a contar ahora que, una de las veces que fui al club con el Sr. Candeias, había baile de salón. E inmediatamente quiso el diablo que se me despertase el más vivo interés por una de las muchachas que estaban allí, que, al decir verdad, era fuera de serie y se me presentó como una aparición. Ella destacaba de las demás como el día de la noche, por las estrellas brillantes de sus ojos, pelo fino, gusto en el vestir, por las joyas que la adornaban... Me causó admiración. ¡Qué linda era! Tendría mi edad...y mi estatura...una muñeca... Pero yo llevaba espuelas y bota alta... El Sr. Candeias me animó, casi empujándome: “Vamos, hombre, que aquí nadie mira...” y fui enseguida. El Sr. Candeias le llamó la atención con los dedos, chasqueándolos, como recomendándome... Él la conocía desde chiquilla... Presenté mis disculpas a la joven por no estar vestido como debiera... Que comprendiese mi situación embarazosa... Era de fuera... No sabía lo del baile... Ya unidos, sonriéndome amablemente me disculpó de inmediato, y con la voz más dulce de este mundo: “No pasa nada... Además, se trata de un reunión. No llega a ser un baile... Y mucho menos de gala...” Una ola de

felicidad me inundó. Bailé una vez... Bailé otra... Y volví a bailar... Y siempre con la misma dama. Acabamos sentándonos, juntos, girados el uno hacia el otro y flotando entre palabras,...en particular de las mías, llenas de emoción... Ella tenía la sonrisa de la Gioconda... También indefinible, igualmente enigmática... Mirándola de cerca, se me iban los ojos por su cuello hacia abajo... era un valle de lirios y azucenas bajo un cielo lleno de estrellas, toda la luz de las luciérnagas de las joyas más refinadas... ¡Era el cielo abierto!... ¡Y yo me movía en una nube de color rosa, radiante y feliz! ¡Pero ay, sin saberlo, en caída libre hacia el abismo, al infierno!....Ni por las sombras podía creer, ciego que estaba, que tal muchacha, aparentemente un ángel, vestía siete faldas como las de Nazaré... Sin que yo lo sospechase, ella sólo estaba interesada en distraerse para pasar el tiempo, a costa del campesino, del forastero; que a los papanatas de la zona los conocía bien. Muy lista, me engatusaba, sutilmente me daba dosis de veneno en taza, que era la de los más bellos sueños... Más y más. ¡Me sentía embriagado!.. ¡Y yo, tan ingenuo, ya me tenía por señor absoluto de aquellos castillos sobre el aire! Y ya, cuando estaba a punto de caramelo, agarradito del todo, y ya me iba a declarar, me extendí a lo largo, y he aquí que un familiar la vino a llamar... Ella se irguió y me sonrió como un sagrario iluminado, entreabierto... Ella tenía encantos para hechizar a cualquier joven. ¡Hasta al más exigente!... Pero el hechizo se deshizo de repente, en aquel instante, antes de lo que esperaba... Y, ¡Oh, Tristeza!, ¿cómo contarle? Fue como si una espada me cortase de un tajo la lengua...La tapé a toda prisa, engullendo las palabras que ya me subían a la boca... Y ella, todavía a mi lado, envolviéndome con una caricia de sus ojos chispeantes, me lanzó una sonrisa más y se marchó... ¡Me caí de los andamios del cielo, de aquella nube suave de algodón!... Y, sobre las baldosas de la sala, irreconocible del todo, allí estaba yo, ¡abatido! Y sólo porque los familiares se acordaron de recoger el hogar antes de tiempo llevándosela.... Yo, desde la puerta de la calle, vi cómo se iba, hasta que la gran sombra que envolvía la plaza la eclipsó por completo. Poco o nada sabía de la muchacha... Solamente el nombre... Y que a la legua se veía que se trataba de una chica fina, educada, bienhablada... De regreso a Safara, sin pérdida de tiempo, le escribí. Podría esperarla... Si no podía vivir sin ella... Me bailaba todo dentro de la cabeza... Y

debajo de aquella atracción que me impedía gravitar en su órbita le abrí mi corazón como un libro abierto... La respuesta fue una frenada en seco, y aún más, viperina, me recriminaba el “atrevimiento”... La cabeza me daba vueltas... ¡Me quedé desatornillado!... Sólo después supe que se trataba de la hija del Sr. Fialho, nada menos que el mayor latifundista de aquellas zonas; latifundista cuyos dominios se extendían por kilómetros interminables, hasta las puertas de Santo Aleixo... Y entonces fue cuando me enfurecí... ¡Ay, la ira que sentí!... Pensarían que era de los que van a la caza de la dote... Lo que yo, de verdad, jamás haría. Todo menos príncipe consorte. Ella se encontraba en Barrancos por unos días, de visita a la familia como solía hacerlo de vez en cuando. Vivía en Estoril. Allí tenía, entre jardines “edénicos”, y enrejado con lanzas de hierro, un chalé con su nombre: Anita. El caso es que... “Quien anda bajo la lluvia se moja”. Y yo me empapé como un pato... No sé cómo, se supo de mi fracaso, y la noticia se fue extendiendo. Y de esta forma, el secreto no tardó en llegar a los oídos de Capitolina, la campesina por la que me brillaban los ojos... Y cuando la busqué, para aliviar mi amargura creyéndola en la ignorancia, me llevé otro revés... Me señaló las piedras de la calzada y me dijo encolerizada: “Andando, que yo no me presto a bigamias”... Palabras que me zumbaban en los oídos como si fuesen moscardones... Tuve que apoyarme en la ventana... Y ella me la cerró en mi cara, de un golpetazo...

Fue después el Sr. Candeias quien me contó, ya otra noche, la curiosidad que ahora voy a contar. Lo hizo para mostrarme cómo Barrancos es un pueblo *sui generis*, independiente, y con unas características muy particulares. Para ser claros, es como un protectorado. Allí se habla portugués, buen portugués, durante el día; pero, a la caída de la noche, tanto en las calles como en los cafés, sólo se oye hablar español, en dialecto barranqueño. Y entonces me contó, a propósito de esta curiosidad, que un día, una pareja en viaje de recién casados, decidió hacer turismo hasta el bonito pueblo. Una extravagancia como otra cualquiera... Y el coche anduvo y anduvo tanto que ya a las tantas a los viajeros, deseosos de amarse, les parecía que no llegaban nunca. Ya estaban preocupados por esa idea... Y he aquí que, en su ansiedad, providencialmente, se les apareció un cazador en la cuneta de la carretera. Entonces le preguntaron si Barrancos estaba

todavía muy lejos. El hombre les explicó. Pero al hacerlo, los dos le notaron esa pronunciación extraña... Ante la duda, el recién casado le preguntó: “Perdone si soy imprudente... ¿Es usted portugués?” El hombre le respondió que no. “Ah, ¿entonces es Español...?”, añadió la chica, ya contando, claro, con la respuesta afirmativa. Y los viajeros escucharon, desconcertados, la respuesta: “Tampoco. Yo soy barranqueño”.

Pero que Barrancos es como Mónaco o como Andorra lo puedo yo confirmar con mi propio testimonio. Allí fui a una corrida de toros para olvidar (y de ella los más viejos se deben acordar...). Formaba parte del programa de fiestas anual del año 1935... La casualidad quiso que asistiese a esa corrida acomodado en una de aquellas bancadas que habían instalado para tal ocasión alrededor de la plaza principal; con el ruedo en el medio, demarcado por una barrera de gruesas planchas de tablas. Vino un torero de España. Famoso. Y también de allí vino el toro, corpulento y matón. Pero no por ser pesado era menos movido, menos vivo y bailarín... seiscientos kilos de músculos, venas y nervios. ¡Un bólido!... ¡Triste suerte le esperaba!... Después de haberlo atormentado a las bravas los de los capotes y los de las banderillas, como es de costumbre, el lomo del animal parecía un alfiletero, con banderillas de todos los colores... Por fin llegó a la plaza el torero reluciente de lentejuelas. Hizo brillar al sol ante nuestros ojos su larga espada. Con ella lo iba a matar... En seguida la cubrió con una tela roja, más flamante que una banderola... Y en su traje de luces, todo estirado, tieso, se dirigió hacia el toro con pasos con encanto... Hace mucho que yo sabía que matar a los toros están prohibidos en Portugal, y muy bien que está, al contrario de lo que pasa en España. Y por esa razón me pregunté, de repente, incrédulo de la promesa del torero... Debía tratarse, pensaba yo, de un simple simulacro... En esto que vi al hombre aproximarse al toro, invistiéndolo al mismo tiempo que le enterraba la hoja por la cerviz adentro... Y lo imprevisto ocurrió. Habiéndola metido mal, y no consiguiendo completar el golpe, sólo le quedó a la faena, para no ser cogido, en esa fracción de segundo, soltar la espada. Y el toro, con la espada medio enterrada, recorrió a saltos toda la plaza, con muestras de volverse loco debido al dolor. Con el ansia de liberarse de la espada, comenzó, veloz, a dar coces y cornadas por toda aquella cárcel de tablas. Se convirtió en una furia

peligrosa, en un ciclón incontrolable... Todos los asistentes se levantaron a la vez, sorprendida y amedrentada, mientras el toro con todo aquel fragor daba saltos violentos, sacudiendo estrepitosamente la cabeza y el espinazo, como retorciéndose en el aire... Y con todos esos movimientos de esfuerzo más se le clavaba el acero... De enfurecido que estaba, nadie podía acercarse, ni el más valiente, para sacársela... Y, de vez en cuando, la sangre salía por la herida como un surtidor de una ballena. Se escucharon entonces protestas de repulsa, ruidosas repulsas, pataleos por lo que estaba pasando. Protestas a las que uní las mías, con mi voz más fuerte: “¡Impropio de civilizados!” Y el tiempo pasaba...y el toro, con su surtidor, como un borracho zigzagueando contra las barreras, tropezando a ciegas, coceando sin ton ni son... Todos se mostraban angustiados. Y los pateos subían de tono... En esto se extendió la noticia de que habían ido a buscar un chuzo para abatirlo. Que una carabina, atendiendo al sitio, sería peligrosa en el caso de rebote... ¡Pero hasta que llegara el chuzo!... Algunas señoras, llenas de pánico, abandonaron su sitio, dándose aire con sus abanicos... Todos opinaban. Y todo era confusión... Pero ya llegaba el chuzo, después de una larga espera, en la mano de un portador jadeante... El problema ahora era saber cómo llegar al toro... Al toro que, a pesar del martirio, sangrando, tambaleaba su peso bruto por todo el redondel, todavía ágil, todavía fuerte, babeando espuma... Sólo ya un trozo de espada, como un muñón relampagueaba ahora, ya estaba enterrada casi hasta el puño. Y la sangre, brillante por el sol, le corría por el pescuezo abajo, llenando el suelo de borbotones, después coagulados en pequeñas raciones de un rojo negruzco... Hasta que a la tercera embestida, el matarife consiguió darle con un martillito en la cabeza, ahí, entre los ojos... con la ayuda del banderillero... Entonces el animal se apoyó sobre las patas delanteras y, bamboleando la cabeza, ya tonto, cayó muerto justo a las puertas de club. Sólo las cuatro patas se movían aún... Patas que hasta hace un momento eran émbolos de una locomotora... ¡Y por toda la plaza se respiró, por fin, una agradable-triste sensación de alivio!...

Safara, por aquella época, celebró también su fiesta anual, y también una corrida de toros. Y ésta no me resultó menos desagradable... Primero llegaron, al medio de la plaza grande, unas decenas de largos carros de mulas. Casi todos los de la zona... enganchados unos a otros, hicieron con ellos un gran anillo. No tardó en

que el pueblo superdotase a los carros, altos, de ruedas desproporcionadas. Servían de camarotes y de escudo contra el riesgo de las cornadas. Torearía quien quisiera... Ellos, los voluntarios, para que los vieses sus novias... Y así fue como, elevado en uno de esos carros, vi a hombres bravos luchar contra bueyes mansos. Tan mansos, la verdad, que los tenían que agarrar por la mandíbula y levantarles el hocico a la fuerza, obligándolos así a beber un litro de aguardiente, para así embravecerlos... Y hasta los vi picar, picar con rabia, con clavos de un palmo, llamados de viguetas... “¿Para qué sirve –gritaba yo– la Asociación Protectora de Animales?” Pero casi me pegan... Y desde entonces nunca más puse los pies en semejantes espectáculos. Ya pueden darle las vueltas que quieran; para mí, al fin y al cabo, siempre es un espectáculo de sufrimiento.

A finales de julio de aquel año de 1936, ya los dos grandes ejércitos de Franco –el de Marruecos y el de Italia– tomaban la iniciativa de las operaciones del sur de España. Desde Sevilla, uno de los ejércitos avanzaría hacia el este con la intención de someter las ciudades de la costa del Mediterráneo. Y desde Huelva avanzaría el otro, de sur a norte, teniendo como objetivo la conquista de Mérida y de Badajoz. En el norte de España, el tercer ejército descendería desde Navarra, bajo el mando de Mola, directo a Madrid. Los dos generales –Franco y Mola– alimentaban el sueño de conquistar Madrid por la fuerza, tras asediarla a hierro y fuego. Ya desde antes sabían, por el modo en que se habían desarrollado los primeros días de lucha, que ésta sería dura y prolongada y que superaría sus fuerzas. De ahí que la rectificación del sueño de Madrid no se hiciera esperar... A partir de aquí todo ocurriría como si se tratase de la conquista de España a los españoles. Los dos generales, como entendidos que eran, no estaban lejos de la verdad... No es que la conquista de Madrid fuese de primordial importancia estratégica, de modo que precipitase, al menos, el final de la guerra. Madrid no era un punto-llave ni contaba para conseguir la victoria. Sólo que era la capital... Era más un factor psicológico... Así el empeño de una y otra parte, de ahí en adelante, unos en defenderla y otros en atacarla. ¡Y esto pasaría durante dos años, dos años de combates encarnizados! El grito de guerra, en boca de la Pasionaria, comunista férrea, era éste: “¡No pasarán!” Ella lo gritaba por los micrófonos revolucionariamente la noche del veintiocho de agosto, a la hora en que los

aviones Savoia italianos y los Junkers alemanes hacían su aparición en los cielos de la capital, abriendo en el suelo el primer cráter. Pero a esa misma hora, se organizaba y fortalecía allí la futura resistencia, siendo el Partido Socialista el principal impulsor. Empeñado en la lucha, daba las más inequívocas pruebas de abnegación y sacrificio. El problema era que las armas no llegaban para todos, ya que los acorazados alemanes hundían los navíos rusos que, a través del Mediterráneo, las transportaban con coraje.

El ejército que partió desde Sevilla, bajo la batuta de Franco, estaba constituido por batallones de varias procedencias. No tardó en someter Málaga, donde el día diecinueve la guarnición militar sublevada había sido contenida por los populares, obligándola a recogerse en los cuarteles. Pero esa guarnición, apoyada ahora por tanques y una fuerza apoyada en veinticinco mil hombres (moros e italianos la mayoría) aplastó toda la resistencia de los españoles. Y ni prisioneros hacían. Todos eran abatidos como perros, para así intimidar, según parece, a otras regiones con el eco de las atrocidades... A esas otras ciudades las tenían ya bajo su punto de mira...

Después le tocó a Almería, de cien mil habitantes. Ésta sería ocupada ya el seis de febrero, casi sin tiros, ya que no había gente. Por toda Andalucía la táctica a seguir era esa, las multitudes huían, destruyendo las cosechas e incendiando todos los apoyos, al acercarse el invasor...

En cuanto al otro ejército, que, partiendo de Huelva, caminaba de sur a norte, en paralelo a la frontera portuguesa, y cuyo objetivo era la conquista de Mérida y de Badajoz, vamos a hablar ahora. Y más detalladamente... Este ejército, formado por cincuenta mil hombres, entre moros y legionarios, fue desmembrado en dos: uno con destino a Mérida, bajo las órdenes del general Varela; y el otro con destino a Badajoz, más cerca de la frontera, comandado por el teniente-coronel Yagüe. La marcha se hacía en camiones; muy lenta, incluso así, al ser motorizada.²⁹ Había que combatir y pacificar después... Había una columna allí, otra acá –columnas de entre quinientos y mil hombres– para terminar con los focos de resistencia donde era más viva, hasta su completa aniquilación. Los

²⁹ La columna estaba constituida por sesenta y cuatro camiones.

moros eran intrépidos, tanto como crueles, y, entrenados hasta en lo más mínimo, usaban tácticas de las más diversas, algunas desconcertantes, como la de combatir desnudos, algunos, durante la noche; y las empleaban dependiendo del objetivo a batir. Por regla general, ellos se detenían a unos cien metros de las poblaciones; sólo unos cuantos avanzaban a pie, cautelosamente; en el caso de que las poblaciones se resistiesen, las asaltaban por la fuerza, pero sólo después de arrasarlas con disparos de cañón, balas y bayonetas, al mismo tiempo que, sirviéndose de megáfonos, invitaban a los que se resistían a la rendición, aconsejándoles el izamiento de banderas blancas. Pero cuando esto no ocurría, ¡peor, tanto peor para los sitiados!... Hasta los animales domésticos perecían... Era la aniquilación sin compasión ni piedad... ¡la guerra total!

Una vez conquistada la población, se quedaban atrás sólo unos cuantos soldados, ayudados por los simpatizantes de la zona, para incinerar los cadáveres y establecer una unión con la base a medida que se iban distanciando de ella. Si el ataque tenía lugar durante la noche, que es más silenciosa, los centinelas caían apuñalados sin que los presintiesen, como si fueran felinos... Y, presentándose por sorpresa, a continuación llegaba el pánico, la muerte a quemarropa... El pillaje formaba parte del ritual de esta gente, por tener derecho a los despojos... Enviaban a África, a las familias: anillos, dientes de oro, relojes, todo lo que de valor sustraían a sus víctimas. También esas noticias corrían de boca en boca, llegando a todas partes, y también a Barrancos. Allí se vivía un clima emocional de mal agüero bajo el plomo de esa terrible pesadilla. No era una guerra tradicional, sino ¡el genocidio!

Ya cuando el ejército de Yagüe avanzaba en su marcha hacia el norte, aproximándose a Cabezas Rubias, a lo largo y a lo ancho de Mértola, todo él un caracol de maquinarias negras, fue cuando los españoles progubernamentales se refugiaban en mayor número en Portugal, unos temiéndose incómodos, otros el castigo por sus crímenes... Traían lo que podían para comer y acampaban por allí, en lugares desiertos, lo más escondidos posible, con miedo de los de allí y de los de aquí, esperando a que pasase el vendaval... Algunos eran atrapados en Portugal por pandas de cazadores franquistas. Éstos los buscaban a lo largo de la raya, sin atender a si lo hacían o no en nuestro territorio. Acompañados por

guardas, hacían batidas por bosques y jarales como a la caza de conejos. Si los descubrían, rápidamente los cercaban, y, cogiéndolos desprevenidos, los llevaban ante ellos...Asistí de lejos, y en más de una ocasión, a semejantes cazas. Interceptados por nuestros guardas, que eran pocos para tanto terreno, estos con gran esfuerzo obligaban a los cazadores a retroceder, hasta el punto de generar confusiones... Y por dos veces hasta hubo tiroteo. Ellos aparecían de sopetón, silenciosos, precedidos por los perros... Ellos se rebelaban... No querían retroceder... Entonces lanzaban tiros al aire, tiros para intimidar... ¡Y una vez hasta respondieron... mientras ya se retiraban...!

Ocurría que los guardias tenían instrucciones para responder con la mayor prudencia, sin dejar de usar toda la firmeza... Pero casi no tenían balas. Además de que tenían que justificar las pocas que tenían, si las malgastasen, bajo pena de tener que pagarlas... Para evitar el abuso de las incursiones por parte de los franquistas, cada día más flagrantes, mi padre mandó que se izase la bandera nacional por toda la línea de la frontera, por encima de las ramas más altas de las encinas. No adelantó nada. Y perdió refuerzos, ya que los guardias eran pocos para un área tan extensa... ¡Y los franquistas atrevidos e insistentes!...

Mi padre, que comandaba toda aquella zona fronteriza, no disponía, ni de lejos, del número de hombres suficiente para tapar los agujeros por donde los forajidos se infiltraban protegidos por la noche, por la noche sobre todo. Era una frontera abierta, solitaria, toda por igual, sin obstáculos naturales. Y, en una topografía así, las lindes ni se veían, parte de ellas ocultas por el reseco pasto.

No tardó en venir a Barrancos un destacamento de Cazadores 4, de Faro, así como otro del Regimiento de Infantería 17, de Beja, para así, acomodados los soldados con los guardias fiscales, el cordón fuese más apretado. También llegó un núcleo de la sección de la GNR de Beja bajo el mando de un teniente, de apellidos Oliveira Soares; y de Lisboa un graduado de la PSP, el subjefe Crespo, cargado con su máquina de escribir portátil; lo acompañaba, haciendo roncar su gran moto con sidecar, de dieciocho caballos, el motorista a sus órdenes, de nombre Saturnino. Estos dos se alojaban en el mismo cuartel de la Guardia Fiscal de Barrancos.

Posteriormente, pasados unos diez días, estando mi padre en Safara, en su despacho, le cogió por sorpresa la visita de un alto mando. Fue el soldado de guardia quien llevó ante mi padre a un capitán que le era desconocido. Y en seguida comenzaron a hablar, después de los saludos: “Está aquí nuestro general. Desea que el teniente lo acompañe a una visita a Barrancos”. Se trataba del comandante de la Región Militar de Évora. Su intermediario, capitán-ayudante, era oficial del Estado Mayor del Ejército (creo que del Cuerpo de Ingenieros). Tardó sólo unos pocos minutos, el tiempo suficiente de correr a casa para avisar a la familia... Y en un momento estaba subiéndose al vehículo aparcado en la puerta del cuartel.

Llegados a Barrancos, el general se reunió con los oficiales en la casa en la que estaban acuartelados y donde, para los informes, tenían improvisada una minisecretaría. No hubo apenas discrepancias en el intercambio de impresiones... Sólo unas cuantas quejas personales, tales como: “Estamos aquí mal acuartelados... Lejos de nuestras familias... y encima tiene que tocarnos este flete...”

De regreso a Évora, terminada la visita, el general, al pasar por Safara, ordenó al conductor que se dirigiera al cuartel, para dejar allí a mi padre, para lo que tuvo que desviarse cerca de medio kilómetro. Esa gentileza tuvo para con su subalterno. Una vez en tierra, mi padre se despidió con un sobrio saludo, a lo cual el general le retribuyó con un apretón de mano.

Esta era la situación a principios de agosto. Y fue por entonces cuando el periódico *O Século* salió con una noticia ridícula, mintiendo al país de la manera más descarada, sólo a efectos sensacionalistas y propaganda calculada. Lo hizo a todo lo ancho de la primera página, en tipografía de caja alta, usando los mayores caracteres de la imprenta. Decía la noticia que los “comunistas” de la ciudad de Rosal de la Frontera habían apresado a los “nacionalistas” más notables de la región; y que a aquellas horas los tenían acorralados en la catedral, y que, rodeada de carros de paja y heno, amenazaban con pegarle fuego cuando los liberadores se acercaran... y éstos ya estaban cerca... ¡Nada más falso! Al leer la noticia, mi padre se quedó estupefacto... ¡Cómo se podía mentir tanto!...Y decidió telefonar a la redacción de dicho periódico, a fin de aclarar las cosas, y

pedir, por último, un desmentido. No tardó en esgrimir por teléfono sus razones... Hay que saber que tal noticia lo ponía a él en jaque ante sus superiores, ya que le competía tenerlos al corriente de todo lo que ocurriese en su área. Por último se permitió, eufórico, bromear con la noticia, ridiculizando la ignorancia del infeliz redactor... Que supiesen, los señores del periódico, que Rosal no es ninguna ciudad. Sino una aldea. Y pequeña. Y, en cuanto a la catedral, que no pasaba de una pequeña y vulgar iglesia, como la de cualquier pueblucho. Y que podía afirmar que nada pasaba o iba a pasar en Rosal, donde reinaba la calma. Lo afirmaba así de concreto y categórico porque era la pura verdad. Incluso, hacía poco, había hablado con gente de allí, además de que tenía el poblado al alcance de sus prismáticos. Él les telefoneaba de Sobral da Adiça, de la parte de acá de Rosal... Sólo está la raya de por medio... Y exigía un desmentido. Lo escucharon los señores del periódico sin interrumpirlo. Y cuando vieron que el hombre se había desahogado, le respondieron así: “Amigo, aquí no hay lugar para desmentidos. Aquí no se exige nada. Y cálese muy calladito, si le parece, por su bien. ¿Me está oyendo?...” (sic) Mi padre, enojado, colgó... “¡Que pandilla de gentuza!”-dijo. Y no se imaginan su enfado... ¡No lo podía admitir!... Y encima la falta de respeto y la amenaza... Nosotros lo tranquilizamos en la medida de lo posible, aunque también estábamos indignados. Más tarde, él hizo un informe detallado de todo y lo envió a su comandante.

Tres días después llegó hasta sus manos un telegrama increíble... A su tenor, a pesar de tan lacónico, se entreveía un mundo de odio... “A los comunistas ni agua” (sic) Comentario de mi padre: “¡Y dicen que son cristianos, los canallas!” Era por entonces subsecretario de Estado de Guerra, y más tarde ministro, el capitán Santos Costa, hecho rápidamente general... Considerado como un militar muy competente, con habilidad en archivos y ficheros, y se decía que más duro que un bulldog. De él se decía, no sé si era verdad o no, pero es muy creíble, que le echó mano a una cantería de patrimonio nacional demolido, una cantería situada en una finca cerca de Viseu. Como también se decía que, aún capitán, conocía como nadie todas las teclas del piano militar, incluso las bajezas de sus camaradas, gracias a la memoria prodigiosa que tenía; de ahí, y debido a estar en todos lados, su rápida ascensión a general y el ser elegido ministro. En cuanto al

caso de las piedras, puede haber sido una de esas historias que se inventan, gratuitamente, para infamar a personajes públicos... En cuanto al telegrama, no. Yo tenía que pedirle explicaciones, en un artículo del periódico, y que yo mismo le envié...

Había llegado ya el tiempo en el que Salazar tenía el pastel y el cuchillo en la mano. Cortaba por donde quería, pero siempre tendenciosamente a favor de la derecha, por defecto del brazo o de la vista. Él usaba gafas de medias lentes, de las de mirar hacia abajo... y, por encima de las medias lunas, no veía de lejos, ni a un buey... Yo acostumbraba a decir a los amigos que tenía mayor admiración por José do Telhado: al contrario que el dictador, robaba a los ricos para dar a los pobres. Era bastante más coherente.

La Guardia Fiscal, por los años treinta, era considerada una corporación de izquierdas. Sólo por ese motivo cayó en desagrado de los gobernantes, que, en vez de contentarla, hicieron todo para que se inclinara más hacia la izquierda. Y no es que ellos ignorasen que la política de cazar moscas con vinagre no resultara... No eran tan ignorantes como para eso. ¡Tozudos hasta la estupidez, eso es lo que eran! Los guardias fiscales tenían un sueldo de miseria. Casados, cargados de hijos, cuando se vestían de paisanos más parecían unos pobres de pedir por las puertas: agujeros en los pantalones, remiendos en los codos, botorras de cavador... No digo todos. La mayoría, deducidos los descuentos, quedaba con un sueldo por debajo de los cuatrocientos escudos. A pesar de eso, era una corporación honestísima, muy respetada, por considerarse incapaces de juegos malabáricos con los del contrabando. Pobres, lo eran; pero absolutamente ímpolutos. Tenían su mayor orgullo en su cofre de previsión. Privado. Considerado uno de los más fuertes. Descontaban una niñería y recibían un dineral. Salazar –que en todo mandaba (y siempre mandaba bien aunque mandase mal)– mandó que el cofre privado revirtiese en el cofre general. Y resultó que los guardias, al contrario que la situación anterior, pasaron a descontar un dinerito para recibir una niñería. Y se extinguió pura y simplemente el cuadro especial de oficiales. Las plazas pasaron a ser rellenas, a petición de los interesados, por oficiales del ejército, oficiales de toda confianza política, pero que nada sabían, como es de suponer, de la especificidad del nuevo cargo... Así se dismanteló un

santuario más, desprestigiándolo, con gran disgusto y perjuicio de toda la corporación, que vio todos los caminos cortados para su legítimo ascenso... pero otros hachazos se estaban forjando. Así, sólo por poner un ejemplo: mi padre estaba a punto de ser ascendido a capitán; pero ya se hablaba confidencialmente de que él y otros tantos no llegarían a serlo, a causa de la salida de un decreto, maquiavélicamente estudiado, el cual le perjudicaría, tanto a él como a los demás camaradas del extinguido cuadro... así que también por ese motivo andaba enervado, como es natural, por verse perseguido hasta tal punto.

Él, por otro lado, comenzaba a notar cada vez una mayor resistencia a sus órdenes por parte de algunos oficiales allí destacados. Algunos de rango superior. No les sentaba bien que fuese mi padre quien ponía y disponía. Aunque eso sólo ocurría por fuerza legal, ya que sólo a la Guardia Fiscal –considerada ejército de primera línea– le competía la guarda y jurisdicción de la frontera. A los del Ejército le correspondía, cuando eran requisados, reforzar a los guardias fiscales, sobre todo porque sólo ellos conocían bien el suelo sagrado en el que se movían... Y por eso los guardas se hacían acompañar por unos cuantos soldados, para que así les ayudasen a mejorar la vigilancia, sólo, y no con otros fines, en el tránsito de personas y bienes. Ésta, junto a otras, era una situación ciertamente delicada, que explicaba, en última instancia, los grandes celos de los oficiales. “Se lo deberían haber dicho a nuestro general cuando estuvo aquí, y no a mí...”, les decía mi padre. Pero se sentía cada vez más aislado, sobre todo porque su superior jerárquico más próximo, el comandante de la compañía de Serpa, el capitán Cassar, se mostraba ajeno a todo esto, y ni aparecía por allí para no verse involucrado. Sólo mi hermano y yo –los hijos del teniente– vestidos de tela vaquera azul, con el emblema nacional en el pecho, para que no nos confundieran, acompañábamos a nuestro padre a todas partes, a todas horas del día o de la noche, durmiendo donde se terciaba, unas veces bajo las encinas y otras bajo la capota del coche. Siempre al lado de nuestro padre. ¡Vigilando!.

Con veinte años, así es la vida, éramos como dos paracaidistas todoterrenos... Nacidos en Chaves, pertenecíamos al Distrito de Movilización y Reclutamiento de Vila Real. Pero habíamos pedido prorroga y que fuésemos examinados en Beja, para evitarnos los gastos de desplazamiento. Y cuando fuimos a Beja, a

examen médico, llevamos una carta de nuestro padre para el médico militar, el capitán Carrusca, amigo suyo, que ni nos mandó desnudarnos. Y en eso fue justo. Yo me presenté voluntario a los dieciocho años, aconsejado por mi padre, para librarme del servicio militar cuanto antes. Pero ese año sólo aceptaron voluntarios, y pocos, en el Regimiento de Artillería Antiaeronaes, de Cascais, en el Batallón de Motoristas de Lisboa y en Aviación. Me presenté para los tres sitios, con la ventaja de ya saber conducir vehículos, pero no me aceptaron en ninguno de ellos. "...Además no pretenden hacer carrera militar, que sólo le perjudicaría con miras al empleo civil", decía mi padre en la carta. Y fuimos libres.

Dado que a cada dos por tres se producían acontecimientos en la frontera, mi padre quería estar, lo más posible, junto a los problemas, porque así los analizaba mejor y antes los resolvía. Y por eso se instaló, con sus hijos y su coche, en pleno descampado y en los puntos más críticos, entre Barrancos y Russianas. Con la aproximación del ejército de Yagüe ya de camino, si no en las inmediaciones de Rosal de la Frontera, parte de los habitantes partieron de allí y de otros lugares en desbandada, sintiéndose o no culpada, en su conciencia, de las simpatías políticas...

No tardó en llegar una invitación de los sublevados a las autoridades de aquí, para una confraternización en el pueblo de Encinasola, situado en frente y a la vista de Barrancos. Y fui allí, acompañando a mi padre, que, bajo pena de sentirse su falta, no podía dejar de estar presente. Allí se desplazaron los demás oficiales y las autoridades civiles del pueblo. En paseo, después de la comida.

El tal paseo fue para mí una desilusión:...Yo esperaba conocer al teniente-coronel Yagüe en persona; asistir al desfile de un ejército de millares de hombres en pie de guerra, con banderas y estandartes... una charanga... Más el diablo a las cuatro... Pero no fue eso lo que ocurrió. Todos juntos, los de allí y los de aquí, no llegábamos a cien. Como mucho. Fuimos recibidos fuera de la población, en plena carretera, en un alto escarpado, a unos siete kilómetros de Barrancos y a unos diez de Encinasola. Ni la sombra de un árbol... Y enseguida nos condujeron a una era que estaba cerca, por la parte sur. Una era con un cobertizo de madera. Un cobertizo tosco, de unos quince pasos por diez, de un color indefinido, pero

con muestras de haber sido de color castaño cuando se construyó; y ya todo podrido, con más evidencia en el rodapié, que se deshacía... Había servido para guardar aperos y maquinaria agrícola. Pero últimamente ni para eso... La era, sobre el lateral del monte, era también un mirador. Hasta más allá de lo que los ojos podían distinguir... La puerta del cobertizo estaba abierta de par en par; y dentro, detrás de unos cajones a lo alto, que servían de mesa, estaban algunos oficiales de pie e inclinados sobre lo que me parecieron mapas. Fue allí donde entraron, después de haber sido recibidos en la puerta por unos oficiales, los más notables de la comitiva, entre ellos mi padre.

En la parte de fuera, unos de pie y otros en cuclillas, y otros sentados en las piedras irregulares que rodeaban la era, descansaban unas decenas de falangistas y unos cuantos requetés.

Y como estaba solo, sin la compañía de mi hermano, que este día se había quedado en Safara, me puse a hablar con los combatientes. ¿¡Acaso no se trataba de una confraternización!?... Estaba claro que sí, según el fraternal convite... Y al aire libre, los voy abordando a todos, aunque al principio con cierto constreñimiento, ellos visiblemente fatigados de las grandes caminatas y los reñidos combates, el semblante sombrío y la piel ya renegrada de tanto sol... Hablo primero con los que me parecen menos abatidos, con los que se muestran más accesibles. Preferentemente. Ellos bebiéndose el contenido de las botellas de sidra y de cerveza, a morro, al no haber un vaso... Pero cajas de bebidas sí que había. Cajas y más cajas. De sobra. Algunos hombres son más dados, más conversadores. Y hasta les noto cierta preocupación por ser conmigo demasiados simpáticos... Pero sólo unos cuantos... La mayoría me ignoran, lo que es por completo. Y esto a pesar de mi traje de tela vaquera azul, y superpuesto el emblema sobre el pecho, multicolor...

Con aquella cara de verdaderos asesinos, protegidos por las leyes de la guerra, muchos de ellos me impresionan bastante por su aire agresivo sin tener por qué, hasta el punto de no sentirme seguro a su lado. ¡Auténticos rufianes, capaces de matar a un hombre por un cigarro!... Me tranquilizaba saber que estaban desarmados en esta misión de paz. Incluso así, se me hacía difícil enmascarar el temor que me infundían. Nunca de fiar... Son asesinos confesos. De entre todos

ellos sobresalía, por su fealdad negruzca, un hombretón de unos veinticinco años. Ojos turbios, prominentes; la melena de león, despeinada, a lo *hippie*... Estaba sentado en un peñasco. Y junto a él, tanto al lado como por detrás, de pie, estaban unos cuantos compañeros de armas. Alrededor de unos diez... En entretenida conversación, con júbilo... El de la melena a lo *hippie*, allí sentado, me daba la impresión de que ni oía a los otros, de lo pensativo que estaba. Y, en su enajenación, golpeaba con la punta de su grueso bastón en una piedra que sobresalía de la tierra batida que había a sus pies - ¡Tum!... ¡Tum!..., en un gesto mecánico del que ni él mismo se diera cuenta. Y yo, viéndolo allí, ajeno a todo, así tan concentrado, me preguntaba sobre lo que estaría pensando el guerrero. ¿En la mujer? ¿En los hijos?... Éstos, por cierto, todavía pequeñitos, si es que los tenía... Pero sólo él sabía en qué estaría pensando en ese preciso momento. Sólo él... Las casas de allí adelante, del pueblo de Barrancos, abajo a la derecha, me recordaba a los cubitos de azúcar colocados a lo largo y blanqueándose al sol... Me aproximé a aquella montaña de cabellos revueltos y tan mal tratados, adamastónicos... El bastón me parecía bastante exótico, además de que el sonido a hueco de cada golpe en la piedra: ¡Tum!... Al que seguía una ola de choque sordamente vibratoria, de un resonar profundo. Le pregunté al hombre que si era cojo o si le alcanzó alguna bala... Él me miró de repente, levantando hacia mí las paperas de los ojos, al mismo tiempo que sostiene el bastón en el aire; comienza a reír y, mirándome por encima, y por entre las sonrisas de los compañeros que lo rodean, saca del interior del bastón un buen trozo de hierro que allí había, muy afilado, de cuatro esquinas... “Ah...” suspiro yo, con los ojos espantados por lo que era para mí una sorpresa angustiada, al mismo tiempo que un escalofrío me recorre la espalda... ¡Y eso que no vi más que un trozo!... Sentí que me faltaba el aire.... Tal vez el golpe fue para mí mayor por nunca antes haber visto una cosa así, tan aterradora... El combatiente, convencido de mi inocencia (sobre todo por mi cara de atontado), me lo aclaró de forma placentera: “Este es el: ¡Ay madre mía! de los rojos. Todos cagan y se mean cuando tiro de él... esto se llama un estoque”. Sólo entonces entendí (mi raciocinio estaba lento aún por la conmoción) que él era el verdugo del grupo. Se servía del hierro para ejecutar a sangre fría a los prisioneros, teniendo en cuenta que había que economizar las

municiones... No me acuerdo ya si le sonreí o si no; pero en el caso afirmativo, sin duda que lo hice con una sonrisa amarilla y melancólica, igual a la de sus propios condenados.

Me aparté del grupo del verdugo y me dirijo a otro menos numeroso. De éste forman parte dos mozos vestidos de civil, con boina de requeté y la camiseta de la orden, de media manga... Enseguida me di cuenta de sus relojes de pulsera que le rodeaban la desnudez de sus brazos... Me pareció un poco extraño. ¿Para qué tantos relojes? Sin poder contener más mi curiosidad, pregunté que cuál era el motivo para usar tantos relojes. Él me dijo que eran trofeos de guerra, y que pertenecían a los “rojos” que él había matado... Y añadió que eran todos de buena marca...Y todas diferentes. Finalizada su explicación, levanta el brazo de manera que yo le pudiera ver bien los relojes, mientras él también los mira con una clara vanidad satisfecha que le traspasa el rostro...Mentalmente, le cuento ocho relojes en el brazo izquierdo. ¡Ocho!... Y seis más, a continuación, en el brazo del otro requeté. A partir de aquí, comienzo a descubrir más relojes, muchos más, en los brazos de los otros combatientes. Y ya no tuve la menor duda: me encontraba en medio de una banda de asesinos. ¡Lo eran todos! ¡Y que asesinos!... ¡Pero qué manada de bestias enganchadas a la carroza del fascismo!... A ratos, venidos de las bandas del norte, de mucho más allá de Olivenza, y era de suponer que de Badajoz, se oían disparos de cañones... Estruendos sordos, como de truenos a lo lejos, tapados por la distancia de muchos kilómetros. Y en la penumbra del cobertizo, que se caía de podrido, aquellas caras secas de los oficiales, eran figuras de cera, de cualquier museo... Con esos y con otros pormenores, todos ellos desagradables para mi sensibilidad, comencé a sentirme allí de más. Me invadió una extraña sensación de miedo. Y hasta ya me sentía mal, como un pez fuera del agua... No era gente con la que yo conviviese. Eran mentalidades de los tiempos de las cavernas. Un clan de bárbaros. Y de los más primitivos...

Por el camino, ya de regreso a Barrancos, le conté a mi padre mis descubrimientos. Él me escuchó callado, callado y distante, tan distante como si no me oyese, tal vez pensando en los descubrimientos de él mismo, que sin duda mayores, porque me parecía muy preocupado, con su rictus más duro... Tuvo por

fin un desahogo: “Hombre: eso no es nada. Mal sabes tú quiénes son esos canallas”. Y porque tenía la absoluta necesidad de descargar sus tensiones, o reventaba, como le ocurre a las calderas de vapor, fue desatando la rigidez de la cara que los “canallas” le habían obligado a poner... Y, mientras andábamos, me resumió todo a media voz, con medias palabras, durante el recorrido hasta Barrancos. ¡Lo que me contó era escalofriante! Yo no lo hubiese creído si no fuese porque me lo contó mi padre. Los rebeldes sabían que un grupo con centenares de fugitivos vagaba por allí cerca. Querían acorralarlos contra nuestra frontera, para exterminarlos con la ayuda de los de aquí... “¡Un baño de sangre en nuestra propia frontera! ¡Un insulto!”, me decía confidencialmente, fuera de sí, mi padre.

Sobre la línea de la frontera, a unos siete kilómetros al noroeste del pueblo de Barrancos, existe una gran depresión en el terreno, una depresión en forma de media tinaja, o de medio cráter de volcán, y sus rebordes revestidos de arbustos y de heno. Es la Sombria do Resvaloso. Sombria do Resvaloso. Era ahí, en esa boca, donde querían enterrarlos a todos, después de empujarlos ahí por los de allí contra el embalse de fuego cruzado de los soldados portugueses, en el cumplimiento de las órdenes “de no dejarlos pasar”. Todo esto bajo el máximo secreto, para que el mundo no lo supiese... No era, por tanto, una simple acción punitiva. Era un baño de sangre premeditado. Y por eso mucho más repugnante. Ese fue el único fin, altamente confidencial, de aquella confraternización de Encinasola.

Ya de regreso en Barrancos, después de dieciséis horas, la primera cosa que hice, cabeza tonta la mía, fue dar una vuelta por todos los cafés buscando a un contrabandista de aquellos con los que me relacionaba. Mi obsesión era hacer abortar el tal crimen. Al contrario de lo que esperaba, ni el polvo de las alpargatas de uno sólo de los contrabandistas... Me quedé como un pájaro sin alas... Encima que era urgentísimo... ¡El azar!... Felizmente mi padre, para quedarse más descansado (si es que acaso le era posible en un enredo así...) y contra lo que tenía programado, que era continuar el camino hasta Safara, decidió darse una vuelta por el puesto de las Russianas. Y eso porque todavía era temprano... Durante el recorrido hizo tres paradas, y yo, en una de ellas, alegando

necesidades fisiológicas, volé hasta donde sabía que estaban algunos españoles escondidos, del lado de España (yo ya hasta les había llevado tabaco...). Eran cuatro los del grupo con el que contacté, armados con dos escopetas... Vigilaban dos mientras los otros dormían... Y luego los despertaban. Con el corazón palpitando, les expliqué, con el mínimo de palabras, lo importante de la situación de todos ellos, verdaderamente dramática: “¡Es necesario que los aviséis! Tenéis que salvarlos... ¡Es una ratonera de muerte! Guiadlos para acá, o más hacia el norte... ¡Cuanto antes! ¡Demostrad que sois hombres!” Ellos me escuchaban atónitos, mirándome como a su ángel de la guarda... ¡Y por dios, no me paguéis el bien con el mal! ¡Aunque os torturen, aunque os maten!”

Y en unos instantes, ahora ya con un paso más lento, me aproximaba al Citroen, ostensiblemente desaliñado, colocándome los pantalones de mi mono de trabajo... Pero me temblaba todo, como los ladrones cuando roban... ¿Cuál sería el resultado de mi traición?... Y el miedo era tal ahora, que me sentía arrepentido de lo que había hecho... Sólo Dios sabía las consecuencias... Y cuál había sido mi intención... Me sentía contento, pero con la conciencia en un desasosiego... Me metí en el coche mientras mi padre, todavía por aquí y por allá, continuaba hablando con los dos guardas. Y yo, dominado por una fuerte carga emocional, ahora ya empecé a serenarme...

Continuamos después hasta el puesto de las Russianas, de donde regresamos directamente a Safara. Al día siguiente, salvo dificultad mayor, no iríamos a Barrancos. Era día de bañarse y de mudarse de ropa. Esta era la resolución de mi padre, mientras íbamos de camino... Pero él, que nunca estaba sosegado, tomó otra decisión. Ya anochecía cuando fue a pedirle a su compadre Rafael, que era uno de los ricachones de Safara, que le prestase el automóvil, que era un Ford de cuatro puertas, recién estrenado... Tenía la necesidad de desplazarse a Beja de inmediato. Le costaba pedírselo, pero no se fiaba del Citroen, que perdía mucho aceite. Sólo mi hermano Amable lo acompañó en ese viaje. Regresaron ya bien metida la noche, sobre las tres de la madrugada. No me enteré de su llegada, porque estaba durmiendo profundamente después de un largo desvelo. No se me quitaba de la cabeza que pudiera ser descubierto... Supe por mi hermano, a la mañana siguiente, que mi padre había estado dos horas con el comandante de

Infantería 17. Y también había estado con el capitán Vitorino, que servía allí y era su amigo. Éste le contó, a propósito del teniente Soares, de la GNR, lo siguiente: “Con poquísimo tiempo de servicio, se anda elogiando, engreído, de lo rápidamente que ha sido capitán”. Vitorino sabía que tal personaje se encontraba destacado en la zona de mi padre. Y con todos los gastos pagados... “Es un asqueroso salazarista. Es un lameculos, siempre baboseando. Una anécdota: en Beja lo conocen por el teniente Seductor. Camarada Seixas, cautela con él... Esté alerta...”

Al día siguiente, cuando llegamos a Barrancos, cerca de las once, se nos dijo que una invasión de españoles se había refugiado en Portugal, hacía poco tiempo, en las inmediaciones de los encinares de la Coitadinha: “Son centenares”. Y hacia allí, por la carreterita de las Russianas, se dirigió de inmediato... Ya desde lejos, a medida que nos íbamos aproximando, nos dábamos cuenta de la multitud. Tumbados muchos de ellos, ennegrecían el amarillo tostado del suelo. Estaban descansando, y muchos dormían bajo las ramas de las grandes encinas. Y que no las había ni de pequeño o mediano porte en toda aquella zona hasta donde alcanzaba la vista. Algunos españoles se levantaban al ver aproximarse el Citroen. Había sobre unas seiscientas personas. Hombres en su mayoría. Sólo unas treinta mujeres. Y más o menos igual el número de niños. Todos se mostraban exhaustos, visiblemente abatidos por los muchos avatares sufridos. Se podía leer en sus caras las angustias que les roían el alma. Y no era de extrañar su fatiga, ya que andaban por el monte hacía ya muchos días, mal comidos y durmiendo al raso. Famélicos en su mayoría, como también inocentes, con las ideas más o menos confusas, pero puras, nos inspiraban compasión. Eran oriundos de las poblaciones más próximas a allí: Higuera la Real, Fregenal de la Sierra, Segura de León, Encinasola, y hasta de Oliva de la Frontera, situada más hacia el norte; y algunos pocos de territorios más distantes.

Mientras mi padre recibía a la delegación que los representaba, nos movíamos, Amável y yo, por todos lados, naturalmente curiosos, por entre aquellos montones de gente. ¡Una desgracia!... Era una pobre gente de pueblo en el vestir y en el habla. Había alguno, pero pocos, de mejor aspecto, entre ellos un médico, mezclado en el grupo que entonces hablaba con mi padre. Era un joven de unos

veintiséis años, gordote, de pelo negro y liso, muy brillante, como el de un ratón recién salido de una tinaja de aceite... Mi padre se iba informando de toda la situación, enterándose de todos los factores, para así después elaborar un informe que enviaría a las instancias superiores.

Angustiaba a cualquiera ver a toda aquella gente con sus ropas raídas, los pelos como si hubieran visto un lobo, y todos muy pálidos, con los ojos cansados de no dormir. Y muy sucios. Ropas y cuerpos. ¡Aquello era la miseria de las miserias! Algunos sollozaban: “Somos gente de bien. No tenemos nada que ver con lo que pasa en España... Gente pacífica que sólo sabe trabajar.” ¡Era desolador, angustiante, el impacto!... Muchos habían traído mantas a cuestras; otros jamones al hombro, ahora ya sin nada de magro, en el hueso... ¡Qué deshumanización la guerra! Y peor aún la civil... hermanos contra hermanos... Allí había heridos y enfermos. De entre los heridos, se veía a un hombre en estado de desesperación, que, sin pantalones, se le veía el muslo izquierdo perforado por una bala. Los agujeros de bala estaban infectados, más los de salida que los de entrada, debido a los muchos días sin tratamiento, a los esfuerzos de la larga marcha, sobre una sola pierna, ayudado por los amigos. Y otra vez a poner ligaduras hechas de ropa vieja... Cada una de las heridas tenían un cerco rosa, muy feo, y ambos supuraban una mezcla de sangre y pus. Se temía que se engangrenarse. Se veía que el hombre sufría mucho, con dolores difíciles de soportar. Y allí estaba él, con barba de ocho días, blanco, sentado en el suelo, recostado sobre el tronco de una encina...

El médico, que después supe que se llamaba Alonso, se disponía a tratar al hombre, como a cualquier otro. Para poder hacerlo, pidió varios medicamentos, algodón, gasas y esparadrapos, sólo los estrictamente necesarios, contando con la comprensión y buena voluntad de mi padre. Éste le prometió que los traería. Y también todo lo que necesitase. Fue entonces cuando me topé con los hombres con los que había contactado en la víspera... Debí cambiar de color... Pero ellos al verme, no se manifestaron... Yo, respiré aliviado. Y volví para atrás, para dejar claro que por ahora no quería contactos...

Un secreto bien guardado, sólo lo revelaría treinta y ocho años más tarde, cuando se crearon las condiciones políticas para poderlo hacer. Es que antes de eso

podría “haber sido la muerte del artista”, en Tarafal, o en S. Nicolau, o incluso en la lejana isla Ataúro, en Timor... ¡Como ocurrió con miles!... Ni se lo conté a mi propio hermano. Ya que él nunca me había contado su aventura con Adélia... Fue necesario que Santiago me la contara, su connivencia en el robo de Citroen... Además, siendo mi hermano un chico extremadamente bien formado, muy sensible, me habría acompañado en el *raid*, si hubiera estado allí... Sé que sentía, incluso más que yo, el infortunio de los refugiados. Sólo que a mí me motivaba lo que vi en Encinasola...

Después de hecho el debido alistamiento, ya de vuelta a Barrancos, paramos junto al tal terreno de la Sombria do Resvaloso por haber allí muchos militares. Fue entonces cuando pude ver, mientras mi padre hablaba con el capitán y los dos tenientes de la Compañía de Cazadores 4, acuartelada en Barrancos, cómo la ratonera había sido preparada... A la vuelta del terreno, en sus rebordes más altos, y también los más estratégicos, había dos ametralladores pesadas sobre sus respectivos trípodes. Y además vi otras armas, tales como metralletas ligeras, unas cuatro como mínimo, y varias cajas de madera con municiones y, en el suelo, muchos rollos de proyectiles con sus puntas de acero plateado. Y también, un poco más atrás, unas cuantas carabinas amontonadas en pirámides. Yo veía aquello y sonreía para mis adentros: “¡Hijos de puta! Os ha salido el tiro por la culata...” Sólo yo sabía allí la razón de su fracaso. Y, en mi anonimato, me sentía un héroe...

Dado que los refugiados estaban junto a la frontera, mi padre había instruido a los guardias para que los guiasen más hacia el interior, a cosa de un kilómetro o más, donde las condiciones fuesen las mejores; con agua, si era posible. Además de eso, debían separarlos en dos campos: el más resguardado para los hombres; y a la vista de todos, en una zona privada, el destinado a las mujeres con sus hijos. Se tomarían después las demás providencias que las esferas superiores determinarían. Y mandó venir hasta aquí más guardias, los de su mayor confianza, repartiéndoles más balas. Se establecería una zona de tapón, entre los refugiados y la frontera, con las patrullas a instancias de sus silbatos, que deberían utilizar a la primera sospecha, para alertar así a sus camaradas... El campo de concentración se situó en el Monte da Coitadinha, a unos diez

kilómetros del pueblo, de barrancos, y de lado, a occidente, la carreterita de tierra batida y que lleva hasta el puesto de las Russianas, éste aislado, y además al castillo de Noudar, situado en las cercanías del referido Monte da Coitadinha. Fue, entonces, en es finca, con cerca de mil hectáreas, de la que eran propietarios Francisco García Pérez (Paco García) y su mujer Maria das Dores Blanco Fialho García (Dona Dorinha) donde los refugiados se instalaron a cielo abierto, por allí, por el Poço da Ferradura: en la Malhada das Queimadas los hombres; en la Volta da Mofadinha las mujeres y los niños.

La decisión de mi padre, la de trasladar a los españoles más hacia el interior, cayó mal entre los oficiales, hasta el punto de manifestarle su total rechazo. Mi padre debía, desde ya, suspender esas órdenes, y aguardar las determinaciones superiores. Él estaba sobrepasando su competencia... Y tan agobiado se vio mi padre que, para callarlos, para verse libre de ellos, les replicó, con el debido respeto: “Tengan paciencia. Por ahora quien manda aquí soy yo. Y mientras no reciba órdenes de lo contrario de los superiores de los que dependo, mantengo las órdenes que di. Si se quedasen donde estaban, a merced de los de allí, sé que serían asesinados durante la noche. ¿Es eso lo que quieren?” Y con esto los oficiales se quedaron callados como ratones...

Mi padre estaba en medio de todas las tramoyas, muchas de ellas suyas, en la guerra sorda que le movían. Y se defendía. Él tenía como un contraespionaje, el cual lo mantenía al corriente de todo, o casi todo. Los guardias fiscales, especialmente, le eran de una dedicación a toda prueba. Él lo merecía. Mi propio hermano y yo le servíamos a veces de correo de transmisión... Él no estaba sólo. Él tenía bajo escucha todas las llamadas telefónicas provenientes de Barrancos, gracias a la gran amistad y connivencia de D. Elisa, que era jefe de Correos de Safara...

Camino a Safara, una vez más mi padre se desahogó, rumiando sus tensiones. Para eso tenía a sus hijos. Como en esta ocasión...Era para estas cosas, como apoyo moral, para lo que le gustaba que nosotros le acompañásemos. “Lo que querían – decía convencido – era una sangría; era que se los entregase al lobo en bandeja, que aprovecharían la noche para terminar con ellos... Era práctico... Era sólo después abrir una valla y enterrarlos, en la línea de la frontera... una

verdadera sangría, allí, eso era lo que ellos querían... Grandes indecentes: Y van a la iglesia a darse golpes de pecho... ¡Hipócritas!...”

Nada sabíamos de D. Faustino. No había venido con aquellos refugiados, y muchos eran de Rosal de la Frontera. Sólo sabíamos, de positivo, que no era para envidiarle la suerte... Su cabeza tenía precio. Él debería ser, si acaso fuera capturado en territorio portugués, llevado a Moura, a pie, rodeado por una patrulla de la GNR a caballo... ¡Un hombre como ese! De ciento cuarenta kilos... A pie. Decenas de kilómetros... y –esto confidencialmente– “a la hora de más calor”. (sic) Y estábamos en la primera quincena de agosto...

Ya en Safara, después de la tardía comida, y cuando mi padre estaba en pijama haciendo el informe detallado, vino un soldado raso a llamarlo: “Mi teniente. Está aquí nuestro general. Pide que V. Ex^a. lo acompañe”. Mi padre le mandó decir que sólo tardaría el tiempo necesario para uniformarse... Y en cinco minutos, tras hacer un respetuoso saludo al general, mi padre entraba en el automóvil militar, sentándose a la izquierda, en el asiento de atrás. Se trataba del mismo general Malheiro, comandante de la Región Militar de Évora. Y mi padre –por coincidencia providencial– respiró con su llegada, dados los apuros en los que estaba...

En el camino de Barrancos, el subalterno informó al general de todo, con todo detalle, tal y como le competía, incluso de la conspiración de los otros oficiales con los españoles, que habían afilado los cuchillos para masacrar a aquella gente la pasada noche. Y esto a sus espaldas. Él mismo había estado en el lugar que habían escogido para la matanza. Pero que, por un golpe de suerte, los forajidos se les habían escapado... Había sido todo preparado en Encinasola, excepto la fecha... Pero nunca la dijeron. El general lo fue oyendo todo, callado... Incluso era posible que lo supiese por otras vías... Era mucha coincidencia la llegada de él...

La reunión de los oficiales tuvo lugar, esta vez, en el cuartel de la Guardia Fiscal de Barrancos, en su pequeño despacho, tras la puerta izquierda que había tras la de la entrada. Puerta de madera, pintada de verde primario, más verde que un papagayo. Enseguida la cerraron tras ellos. La reunión se prolongó durante más de una hora. En ella los oficiales se sintieron más cómodos para criticar a mi

padre, según ellos “demasiado tolerante”. Mi padre se justificó ante su superior. Alegó que también él tenía hijos...Que no le gustaría, ni podría admitir, que los maltratasen. Le parecía que era su deber, teniendo bajo su custodia a hijos de España, los trataba como era correcto, porque sólo así podría honrar el dorado de sus galones. Y que supiesen sus compañeros que, por llamarse Seixas, él no tenía *seixo*³⁰ en lugar de corazón.

El general conocía bien a mi padre por informaciones del general Pires Franco...Éste era un gran amigo suyo, en parte debido al hecho de haberle administrado la propiedad de la Negrita, que pertenecía a aquel oficial general, situada en el área del término de Safara. Dicho sea de paso que era un verdadero condado. Para conocerlo totalmente, el viaje, recorriéndolo a caballo, era preciso cabalgar un día entero... Y volviendo al general Pires Franco, tengo que decir de él que era el comandante del Batallón nº 2 de la Guardia Fiscal, que abarca la tercera parte del país. La meridional, del río Tajo hacia el sur, hasta el Algarve incluido. Él tenía a mi padre en la mayor estima, y lo trataba como a un pupilo: “A usted, Seixas, nadie lo sujeta, y siempre es el mismo protestón...”. Él lo conocía de los tiempos de Mafra...

La reunión terminó bien, sin más ampollas... Pero el general no dejó de subrayar a los oficiales allí presentes que, según le parecía, conocía al teniente Seixas mucho mejor que ellos. No era, como creían, un oficial cualquiera...

Ya en Safara, junto al portón del cuartel, para despedirse, el general se giró hacia mi padre y le dijo: “Si he entendido bien, lo que tú quieres es una orden por escrito...” Y mi padre le asintió: “Exactamente, mi general”. Entonces él sacó un bloc y allí mismo la escribió sobre las rodillas, entregándosela afectuosamente, mirándolo de arriba para abajo. Y de nuevo le apretó la mano, antes de cerrar la puerta del automóvil, dejándolo allí, leyendo y releendo la orden que le llenaba de alegría. El general, en ese papel “estaba de acuerdo con todas las decisiones tomadas. Y que debían mantenerse”(sic).

Ya había oscurecido cuando, en un viaje de vuelta, a toda velocidad, llegábamos a Barranco. En seguida mi padre fue a encontrarse con los oficiales y, a uno por

³⁰ “Seixo”: piedra. (N. de la T.)

uno, les mostró la orden, para que la leyeran y firmaran, conforme a las órdenes del señor general. “No sólo la firmo sino que la acato” –dijo uno de los tenientes, airado... Y el capitán, después de firmarla, quiso quedarse con ella... Mi padre, más rápido, la guardó en el bolsillo. “No, no... mi capitán... Esta orden fue solicitada por mí a nuestro general. Es mía. Y a mí me compete archivarla...”

Y una vez más fuimos a dormir al raso. Sólo que esta noche más vigilantes, no lejos de los refugiados, a los cuales mi padre les hizo la entrega de los medicamentos. Dado que Amável no había venido, mi padre se tumbó en el asiento de atrás, más cómodo, y yo en el de delante. En unos instantes, levantando la cabeza de la almohada, me dijo: “Tienes una pistola ahí... en la guantera... por si fuera necesaria... Sólo te autorizo a utilizarla en legítima defensa...” De ahí en un momento, de extenuado que estaba, dormía como un bendito. Si es que apenas cerraba los ojos...

Mi desvelo volvió a comenzar, tal y como en la noche anterior. ¿No se irían aquellos hombres de la lengua? ¿Ya lo sabrían otros refugiados? Si así fuese, peor para mí... Yo tenía que hablar con ellos... taparles la boca... Esta vez, por muy extraño que parezca, a la persona que menos temía era a mi padre, en el supuesto de ser descubierto. Estaba convencido de que no sólo me perdonaría, sino que me abrazaría, porque estaba seguro de que él, invertidas las situaciones, habría hecho lo mismo. O hasta más... Lo que más me angustiaba era que pudieran creer, en el caso de que lo averiguasen, que lo había hecho mandado por él, inculpándolo así sin el más mínimo fundamento. Ahora todo era más grave de lo que creía antes... Era un dilema de narices... Me había dejado llevar por el corazón... Y ahora no tenía remedio... Y tal vez mi padre jamás me perdonase... ¿Había sido un impulso de idealista o una frivolidad de niño, o una chiquillada?... Yo mismo no lo sabía... Y ni podía confesarme con nadie, tal era la responsabilidad... Ya no tenía dudas de que, de saberse, afectaría a mi padre... ¿Cómo no vi antes eso?: ¡Qué grandísimo burro fui! Así que ahora, para solucionarlo, si la cosa se torciese, sólo me quedaría matarme... Éste y otros pensamientos, provocados por el miedo, por la ansiedad que me dominaba, me obnubilaba el raciocinio de joven de veinte años. No se me pegaba la camisa al cuerpo, siempre con un credo en la boca... Mientras tanto, mi padre resonaba...

Yo es que no tenía sueño... Quería dormir... Pero no lo conseguía... Sentía una opresión en el pecho, como un naufrago en un mar de pesadillas... Evaluaba la situación de mi padre... ¡El pobre! No tenía ni un solo momento de sosiego. Sus problemas llegaban en cadena... Que él no era de los que se agachaban, no lo era... Se le conocía por su templanza... Pero ahora peor, el desencuentro, casi discordia, con los otros oficiales... La situación se agudizó hasta casi la ruptura... Esto todavía acaba mal... Y son cuatro contra uno... Ellos hasta cierto punto tienen razón. Realmente no tiene mucho sentido que habiendo un oficial de rango superior, que es el capitán, y un teniente más antiguo, sea mi padre el que manda... Sólo que la culpa no es de él. Y los otros bien lo saben. Ellos solamente están aquí como responsables de sus soldados, y para prestar la mejor colaboración siempre que se la soliciten... ¡Qué diablos! No estamos en guerra contra España... En ese caso tendrían ellos la exclusividad... Todas estas conjeturas contribuían aún más a mi desvelo, con la cabeza perdida, parecía que me iba a estallar... A continuación le daba toda la razón a mi padre. Los soldados de la Guardia Fiscal son los guardianes de la frontera. Sólo ellos la conocen perfectamente. En número reducido, los del ejército sólo están aquí para reforzarlos... Van dos guardias con diez o veinte soldados... Y así está bien. Y todavía más mientras la tensión continuase... Y los fugitivos no paraban de llegar... Por la noche pasaban a veces balas perdidas... Los guardias se quejaban y los españoles se disculpaban, alegando que pensaban que estaban en territorio español, lo que, por las características de la frontera, con raros límites, era del todo aceptable.

Siempre que Salazar quería enterarse sobre algún asunto militar, acababa chocando, invariablemente, con la ignorancia de los interrogados. “Eso quien lo sabe es Santos Costa”, se excusaba uno. “Sólo Santos Costa lo debe saber”, le soltaba otro... ¿Ah, sí?... ¿Y quién ese tal Santos Costa?... Le respondían que era un capitán... Y ya que sólo él lo sabía todo, rápidamente lo nombró subsecretario de Estado de la Guerra. Y el capitán, teniendo en su poder la cartera, maniobró a su antojo, que, como es bien sabido, la caridad comienza por uno mismo... ¡O no!... No tardaría en que sacase de los cuarteles —reenganchados o en la reserva— a un tercio de los oficiales, para así crear plazas para su promoción... Y con tal

habilidad lo hizo, tanto éxito tuvo, que hasta pasó a coronel sin haber sido teniente-coronel, y rápidamente a general... Y entonces Salazar lo eligió como ministro de la Guerra. ¡Ay, qué grandes genios!... Qué gran habilidad la del artista...

Otro día, un nuevo aprieto inesperado. Éste venía de Lisboa. Cogió a mi padre por sorpresa. Como si no tuviese suficientes dolores de cabeza, sobre todo porque los españoles, los más retrasados, continuaban infiltrándose... Le llegó un preaviso, y, por la noche, estaba al teléfono: “Aquí el teniente Seixas, de la Guardia Fiscal, en ejercicio en la sección de Safara”. Una voz cortante, como de reprehensión, se hizo oír. Y mi padre no la esperaba. Era el capitán Santos Costa en persona: “¿A ver, las órdenes no eran que ni un español más?”. “Así es, mi capitán”. “Y si así es, ¿por qué los está dejando pasar?”. “Mi capitán: la frontera no es ninguna puerta... Es una raya sobre un papel... Sólo sería posible formando un cordón militar agarrados por las manos... O ni siquiera así...”. “¿Y ahora?, ¿Y ahora?...”. “¿Y ahora?, Ahora no sé...”, le respondió secamente mi padre. Y su excelencia colgó... El diálogo fue corto, pero de una gran tensión para mi padre. El subsecretario, creyéndose desautorizado, y quizás traído a sus designios, con lo que agradaría a los anticomunistas, no quiso o no aguantó oír más. ¡Sólo fue eso!... Es de pensar que al hacerlo se habría dado de morros en la secretaría, de esos de desordenar todo un despacho... Mi hermano, que estaba junto a mi padre, inmediatamente lo serenó y me lo vino a contar. Además, mi padre no hizo de esto ningún secreto. Se lo contó a muchas personas, precisamente por inusual; y de rebotado que estaba, hecho un chivo expiatorio... Aquello era para presionarlo hasta el máximo... ¡De tirar a matar!... Todo lo que hacía mucho se sabía por las puertas traseras... ¡Sólo que mi padre no tenía instintos de criminal!

Siempre que podía, sin perjuicio de los servicios, mi padre daba un salto hasta Safara para ver a su mujer y al resto de sus hijos, y para ver de camino cómo iban las cosas por el cuartel, al cuidado de su sustituto legal, el sargento Morais. Y siempre que iba allí, volvía cargado con las mejores cosas de la casa. Fueron desapareciendo así los tazones de mermelada, los tarros de jalea, todo lo que era elaborado por mi madrastra, y que dejaba en los estantes de los armarios; y con

los tarros y los tazones, desaparecían también los bombones y las galletas, los chorizos y el tocino, comprados en la cantina... La cosa llegó a tal punto, que mi madrastra, avariciosa que era por naturaleza, como también muy buena ama de casa, le advirtió por las buenas: “No, si sigues así, António, vacías la casa...” Él la miró tristemente, como un chiquillo que ha sido pillado, y la persuadió de esta manera: “Mujer, estoy seguro de que harías lo mismo si vieses a aquellos niños...” Después, cuando llegábamos al campo de refugiados, se producía el bullicio de costumbre... Nosotros, sus hijos, procedíamos a la distribución de los regalos, entregándoselos a las respectivas madres, para que los racionaran, ya que mi padre tenía siempre otros asuntos. Si rápido llegaba, más rápidamente lo buscaban éste y aquél, que acababan de venir de España, para exponerle sus problemas. Y todos los tenían... Los días continuaban, largos, de agosto caluroso, todos iguales... Mientras mi padre continuaba así, siempre cargado de obligaciones, sin saber a veces para qué lado girarse, de tantas que eran. Los otros oficiales mataban el tiempo a su manera, bostezando de aburrimiento, por no tener qué hacer, el capitán y los dos tenientes. Ni trabajo ni responsabilidades. Y todos estaban con dietas pagadas. Solamente mi padre no las recibía, ya que no estaba desplazado de su propia área... Y ya veía disminuidas sus ganancias con tantos y tantos viajes. Y encima los otros a envenenarlo...

Un oficial al que jamás olvidé, por su bizarría, fue al teniente Oliveira Soares, de la GNR. Era un haragán con mofletes de muñeco, con unos treinta años. Tenía la cara ancha, porcina, y a primera vista daba la impresión de que se estaba ante un verdadero estúpido. Reunía todos los requisitos para parecerlo... Era uno de esos niños de mamá, que engordados con Nestlé resultan un tostón. Un niño-tengo-de-todo, con ojos de ruin... Pasó por la Academia de la Guerra y lo hicieron oficial de caballería. Ahora aparecía por el campamento con cierta frecuencia, mejor dicho, todos los días. Nada más desmontar de la yegua, soltaba unas carcajadas estúpidas, sonoras, a oídos de toda la gente. Eran unas risas naturales; se notaba que le salían espontáneas, sin ninguna intención, y mucho menos de ofender... El ambiente, cargado de sufrimiento, no era el propicio para tales manifestaciones de alegría, por no tener nada de hilarante, sino todo lo contrario. ¡Lo que pasa es que era un egoísta insensible al máximo! Molestaba hasta el punto de convertirse

allí en un indeseable...Después de pasear sus botas de cuero por aquí y por allí, de rozar las anchas espaldas contra los troncos de las encinas, al tintineo de las espuelas de plata, acababa por hacernos un favor con su ausencia...

Nunca vi al teniente Soares con la ordenanza. No la obedecía. Prefería andar a su aire... Era como un lobo solitario. “Voy a ver si encuentro armas...”, así era cómo se despedía. De hecho, aparecían muchas pistolas y escopetas, y hasta navajas plegables, conocidas como sevillanas, en los agujeros de los troncos de los árboles. Sólo de la parte de España. Allí las escondían los fugitivos antes de internarse. El teniente, con aquellos aires de caballero, bien mirado, no sabía ni montar. Lo hacía al contrario. Y en vez de hacerlo con la espalda dando a la cabeza de la cabalgadura, con el pie izquierdo en el estribo, y éste de lado para, en un impulso, aprovecharse del tirón de la correa del estribo, no señor; lo hacía como se monta un burro, de lado... ¡Y éste era un oficial del cuerpo de caballería!...Pero como se daba aires de experto y de mañoso nunca me apeteció enseñarle. Creía que no se lo merecía... Tampoco nunca le pregunté si estaba casado. Tal vez porque al principio, observando la vida que hacía, se me metió en la cabeza que era soltero... ¿Quién iba a querer como marido a semejante bruto, más que un muro?... Y de ahí... Lo que nosotros sabíamos, eso seguro, era que él no iba sólo a buscar armas, ¡qué va!. El olor de las mujeres es lo que lo llevaba a internarse dentro de España como su coartada. Y por allí andaba horas y horas, el cacho hombre, con aquella cara suya de muñeco grosero... La yegua, una picaza, era delgadita, demasiado pequeña para un hombretón de esos. Es necesario resaltar que, ancho de hombros, sus espaldas tenían la anchura de dos hombres juntos; y el pescuezo, de grueso, parecía el de un búfalo... Con la yegua que le desaparecía, de delgada, por entre el arco de las piernas; la metralleta colgada al hombro, los saltitos de las espaldas anchas, al trotar; nosotros lo veíamos irse, desaparecer de nuestra vista, sintiéndonos siempre aliviados. Tenía a dos españolas bajo la teja, pero, por lo visto, quería más... Mi padre rechazaba sus acciones. Pero nunca le dijo nada. Molestias tenía ya de sobra... Y sobre el teniente ni siquiera tenía autoridad. Hablaban mucho, sí, del decreto que se estaba forjando, que se decía que perjudicaría a mi padre. La perspectiva de ese decreto era que traería líos... Y el teniente Soares, el “teniente Seductor”, que estaba

también esperando el ascenso, se reía con ansias de mi padre, con sus risotadas de imbécil... “Yo lo que le garantizo es que seré ascendido inmediatamente”.

Otro militar que me llamó la atención, subdirector de la PSP de Lisboa (si es que en realidad lo era...), fue el Sr. Crespo. Instalado en el cuartel de la Guardia Fiscal de Barrancos, aunque pernoctaba en un anexo de Correos, pasaba los días haciendo informes en su máquina de escribir. No había terminado bien con uno, cuando comenzaba otro... Cuando la cosa no le salía bien, lo que era muy frecuente, arrancaba la hoja de la máquina y la estrujaba hasta hacer una bola, la cual quedaba atrapada entre los dedos mientras pensaba. Al final de cada informe, guardada la máquina en la caja portátil, iba a quemar todas las bolitas en el patio del cuartel, asistiendo al auto de fe hasta el final. Con aquellos aires misteriosos, con aquellas cuatro divisas suyas plateadas, tenía *aplomb* de un convencido, como si de él, de sus informes, dependiese el fin de la guerra. Era metódico, muy ordenado; hasta con las llaves y los llavines con que cerraba todo. Reservado, daba vueltas él solo, sin hablar con nadie. Allí no era más que eso, un gran oyente de Rádio Clube Português... No se saltaba ni un noticiario, ¡a cada hora!... Aquello me hacía desconfiar y, aquí para mí, era un ‘pide’...y de los gordos... Tenía una sonrisita cínica...

A su motorista, el Sr. Saturnino, con el que yo conversaba mucho, le gustaba mucho alternar, y también las copas... Bebía bien. Y era dado a la parodia. Alegre y divertido, bromeaba con todo el mundo, pero sin pasarse, y haciendo amigos. Siempre que pasaba por Safara, montado en su gran moto Harley con sidecar, no dejaba de parar en la puerta del cuartel, para, engañando al tacómetro, descansar un poco y mojar el pico, conversando con los guardias. Y si yo estaba en casa me llamaban siempre para su “juerga”...

Crespo y Saturnino debían tener la misma edad. Alrededor de cincuenta años. Los dos eran robustos. Saturnino más alto. Como un palmo. Y más corpulento... Yo, cuando llegaba, disparaba: “A ver, ¿qué has hecho?” Él me respondía: “Poco. Esta noche sólo he ido a llevar a un “pardal”. Y después se abría conmigo. Tal vez para que yo me abriese con él. Tal vez... Pero yo jugaba a la defensa... No olvidaba, ni un instante, que él era de la policía, que colaboraba con los de la PIDE... Mentalmente me ponía alerta para no evidenciar nada: “De aquí no te

llevas nada”. Porque hasta cuando bebía con los guardias estaba atento... Fue Saturnino quien me contó lo que había ocurrido en Badajoz, y lo que estaba sucediendo, en cuanto a los fusilamientos... De una fuente autorizada. Él andaba de acá para allá..., fue una devastación, completamente, un exterminio. Y lo mejor vino después... Acorralados en la plaza de toros, los fusilaban por cientos... El propio Yagüe, en una entrevista, había admitido que serían alrededor de dos mil los fusilados. ¡Hala! ¡Hala!... El doble, y es poco, no andaría muy lejos de la verdad. La humareda de la incineración, que provenía del cementerio, se veía desde Portugal. Era como la emanación de un volcán... Y continuaban entregando, para que los fusilasen, a los que se habían escapado a nuestro territorio. Venían los propios españoles a escogerlos. Y se llevaban a los de mayores “credenciales”... Sólo a Elvas habían venido más de dos mil fugitivos... Y hasta Yagüe en persona había venido también a Elvas, donde pidió que le entregasen unos cuantos españoles custodiados por nuestro Ejército (Cazadores 8). Los oficiales no le hicieron caso... Y de eso se hizo la mayor propaganda para tapan la boca a quien fuese necesario sobre los otros que iba a cada rato al matadero... Saturnino, a esos, los llamaba “pardales”. Pero se supo todo esto en el extranjero y el gobierno portugués fue frontalmente atacado. Yagüe aprovechó la ocasión, aún en Elvas, para pedir a nuestros periodistas una campaña para la movilización de unos miles de voluntarios portugueses para que le ayudasen. Había perdido en Badajoz a muchos hombres. Y estaban enterrándolos ahora con honras militares...

Después, los cincuenta y nueve presos, bajo la custodia del Ejército, fueron entregados a los marroquíes, los cuales se hicieron cargo de ellos en la frontera de Caya, para no verlos más... Pero por confusión, o por azar, el *Diário de Notícias* del 19 de agosto lo contó, con fotografía y todo... Es asombroso cómo la noticia pasó por encima de la redacción y de la Censura. El periodista pasó, eso sí, un mal rato... Se disculpó con Berthet, enviado especial del “Temps”, que se la había dado... Y Berthet fue apresado y expulsado por haber enviado, por telegrama, tal noticia a París. Sólo se podía mentir, darle la vuelta a la realidad, estando a favor de los sublevados. Era así cómo yo, charlando con Saturnino, estaba al corriente de todo, así como de sus propios movimientos, sin que nada le

preguntase. Su servicio era esencialmente nocturno. Le competía pasear de día al Sr. Crespo, entretenerlo, y transportar por la noche a los “pardales”, éstos debidamente esposados. Los llevaba a la frontera, donde los entregaba a los rebeldes, unas veces en S Leonardo, otras en Fíchalo, y, por último en Badajoz. Tenía libre-tránsito... Por Saturnino fue por quien supe que el comandante de la Guardia Fiscal de Mourao –sección al norte de la de Safara– era un alférez miliciano. Incompetente, sin uñas para tocar el contrabajo, no se enteraba de nada de lo que pasaba en su área, y eso que era de escala reducida... ¡Nada de nada! El que mandaba allí en todo, hasta en el mismo alférez, era un misterioso teniente que allí habían mandado. Apareció y desapareció, oportunamente, como por arte de magia. Después se dijo que era un falso teniente, anteriormente un graduado de la PIDE. Más tarde supe, por una información publicada en el *Diário do Governo*, que se trataba, efectivamente, de uno de sus jefazos...

Un guardia fiscal que sirvió allí en ese tiempo, ya jubilado hacía mucho y ya viejecito, le confirmó a mi hermano en 1983 en uno de los cafés de Almada, uno de esos conocimientos del caso. El alférez era de toda confianza política... Y nada más se necesitaba para caer en gracia...

Ese día estábamos en un descampado, más acá del puesto de las Russianas, mi padre y yo. Acabábamos de comer unas cosas que habíamos traído en el coche. Y era la hora acostumbrada de dar una vuelta, para espantar el sueño y la flojera; y, sin pensarlo, nos pusimos a andar... A aquella hora ya hacía un calor de horno, pero las muchas encinas, todas de gran porte, casi enredándose unas con otras por sus puntas, llenaban el suelo con sus sombras. Y, bajo esos túneles de hojas pequeñas, transparente, fuimos andando y pereceando, para así matar las horas... El aire estaba parado. El silencio era tanto que hasta incomodaba. Ni una cigarra. Sólo el estallido seco, de vez en cuando, de alguna rama o cáscara de corteza debido a la dilatación provocada por el calor. No lejos del lugar de donde salimos, tardamos poco en llegar a un punto de la frontera... Entonces se nos presentó, por casualidad, una de esas estampas que nunca jamás se olvidan. Un cuadro conmovedor y chocante... ¡Era para dejar a cualquiera que fuese estupefacto!... Por lo inesperado, por su crudeza, a nosotros nos llenó de vergüenza y de rebeldía... Aquello era por demás... Tal cosa me serviría de

tema, tiempo después, para el poema que transcribo, lo que hago para no contarle de nuevo, más reducido...

¡Arriba España!

Desnuda...

Desnuda venía...

Y sólo una golondrina negra, con las alas abiertas,

Posada en su vientre color de luna...

La habían violado...

Se habían ensañado...

Le habían rapado el cabello como un soldado

Después de dejarla hecha un harapo...

Y bárbaros, crueles, en un gesto cínico,

Le dieron de beber aceite de ricino...

Fue cuando, en un descuido, huyó...

Campo a través, con gran esfuerzo, vino

Entre campos de trigo y centeno,

Hasta llegar, por fin, a la línea de la frontera.

Y ella venía por entre la maleza

Masticando bellotas de encinas

Dolorido, pero pacífico animal...

Las mejillas hundidas, de calavera...

Y en cada ojo la mancha de una ojera...

“Quítate el abrigo... ¡Dáselo!” (me lo ordenó así mi padre)

y le di el abrigo de buen agrado...

y con él se tapó la joven.

Era hija -nos dijo- de Don Paco,

Un hombre bueno, aunque con mala fortuna.

Don Rubio, que era amigo, pero bellaco,

A los requetés lo acusa de comuna...

Y fue dictada su suerte:

Ojos vendados... Muerte:
Ella, andaluza, robusta, morena,
Nacida en la ciudad de Aracena.
Su nombre era Pilar...
Y negra su mirada.
Miré su perfil... “Cabeza soberana.
Trenzas negras, faldas largas, pañuelo,
Sería un gitana...”
Más tarde la vi en Moura, un mes después
En la plaza de toros, acorralada, con el abrigo...
Son mil veinticinco españoles,
Más pacíficos que bueyes...
Llegaron en un “tren especial”
Para embarcar en la capital
En barcos (dos) de la Armada Portuguesa.
Sé que partieron a Tarragona,
Puerto de mar, cerca de Barcelona.
No todos van por mar.
Unos seis no embarcaron...
Se fueron en sidecar...
¡Y sé que los fusilaron!³¹

Pilar se nos apareció, tal era su estado de deshonra, sin un solo resto de pudor. Ni siquiera hizo un gesto para taparse... La guiamos conmovidos hasta el coche. Y allí le di, ordenado por mi padre, el abrigo con el que por la noche me arropaba cuando caía el rocío o el norte fustigaba... Y después la llevamos al campo de refugiados.

Después de veinte días, y siempre a la espera de las provisiones de Lisboa, que nunca llegaron, los refugiados estaban sin alimentos y sin dinero. Y, en la penuria, el hambre los amenazaba. Fue entonces cuando mi padre sugirió que se

³¹ Escrito en Moura, en abril de 1938

hiciese una recolecta en Barrancos. Todos fueron generosos. Sólo que los ricos dieron menos que los pobres. Es que ellos eran “¡comunistas!...”

Para que la situación se volviera más alarmante, el número de refugiados continuaba aumentando de noche en noche. Pronto serían más de mil... Y diariamente tenía que hacerse su recuento y enviar el resultado a Lisboa. Por otro lado, las autoridades españolas no se cansaban de entregar a sus congéneres portugueses, incluidos los de la Guardia Fiscal, las célebres listas negras con los nombres en ellas de los condenados a muerte, pidiendo encarecidamente que los prendiesen y los entregasen en Badajoz. Y aún una cosa puedo garantizar, ciertamente, y es que ni uno fue incomodado en el campo de las Russianas. Sólo estaban autorizados, por mi padre, a salir de allí si querían regresar a España por libre voluntad de ellos mismos... ¡Pero ninguno salió, ni fue preso, ni entregado!

Todo esto, tan real como deshumano, mientras “O Canhão Berta da Parede”, que así era cómo llamaban a la Rádio Clube Português, continuaba delirando con fiebre de cuarenta grados, propagando sólo mentiras... De ellas se hacía eco la estación Radio Sevilla, servilmente agradecida a su vez al general Queipo de Llano, que ahora hacía la guerra sólo con palabras, ridiculizando a sus adversarios, en particular al general Miaja, el cual le respondía desde Madrid en el mismo tono sarcástico y jocoso... de trapos sucios... ¡Una bobada si no hubiera sido todo tan dramático!

Esta vez estábamos en Safara terminando de comer, ya con prisas de volver a Barrancos, cuando Chimarrão apareció en la puerta del comedor con la noticia: “Mi teniente, ahí hay una patrulla de la GNR con D. Faustino, que desea hablar con usted urgentemente”. Dicho esto, con voz un tanto trémula, se quedó esperando las órdenes, entre las jambas de la puerta, firme... Vi a mi padre cambiar de color, al mismo tiempo que el cubierto, que había levantado hasta su boca, regresaba al plato, colocándolo en él... La emoción que le embargaba se extendió por todo su rostro. Quiso hablar y no pudo. Ni nosotros, perplejos de aquella noticia, con los ojos puestos en mi padre... Pasados unos instantes, que a mí me parecieron excesivamente dilatados, mi padre habló, martilleando las sílabas: “Don Faustino... Vaya y dígame que ya voy...” Pero mi padre continuó allí, pegado a la silla, como con una soga en la garganta, en estado de pánico...

Temí que allí mismo le diese algo... Un soponcio... ¡Qué pena sentí de mi padre!... ¡El pobre!... Su cara... Se veía que andaba agobiado, cargando a las espaldas con los problemas de los otros... ¡Y ahora una así!... ¡Un contratiempo así!... Con voz quebrada, los ojos bajos, visiblemente afectado, mostró su desesperación: ‘¡Mi suerte... Mi suerte!’, y agachó la cabeza apretando el maxilar... De repente, incontenibles, las lágrimas brotaron en sus ojos, ahogándole las pupilas... Rápidamente se las limpió con la mano, como si fuera una ‘pala’, para que no las viésemos. Un halo de silencio, como un biombo de metal entre nosotros, nos quitó el aire a todos, quedándonos pensativos, con la cabeza baja... No era la primera vez que veía a mi padre llorar –la primera fue cuando cerraron el ataúd de mi madre para llevársela, yo lo recordaba...– pero nunca como esta vez, me había conmovido tanto. ¡Lo veía allí destrozado!... ¿Qué podía hacer yo? Yo... que hasta daría la vida para alegrarlo... Sabía que aquel hombre no merecía tal tormento. Todo lo contrario... Bien se podía decir que era una víctima de la adversidad. Y ahora, cielos, ¡el cúmulo de la mala suerte! Y nosotros, de conmovidos que estábamos, no teníamos ni una palabra de ánimo, de consuelo, de lo aturullados que estábamos... Mi padre no me parecía el mismo... Ese hombre inteligente y dinámico que hasta decían de él que “bebía de lo más fino”, que era una máquina con habilidad para todo y que todo resolvía, que tenía un corazón de oro –y que era el hombre al que yo más admiraba–, lo veía allí, hecho un guiñapo, tullido de pies y manos, sin saber qué hacer... Con toda seguridad que ése no era mi padre, o, si lo era, había cambiado tanto que ni lo reconocía... Y me dolía el pecho, aquí dentro, peor que una angina, por el dolor que sentía por él... Y ni podía quejarme, para no perturbar la conmoción de los otros... Mientras pasaban por mi cabeza, en una carrera sin fin, atropellándose unas con otras, las actitudes más sobresalientes de la vida de mi padre, y que habían marcado su fuerte personalidad... Y que incluso en la víspera, justo el día anterior, mi hermano me había contado lo que lo define perfectamente, y que sólo por casualidad no ocurrió conmigo... Supe que mi padre y mi hermano se pasaban, en muchas ocasiones, el día con la barriga sin entrar nada, sin tener qué comer, por habérselo dado todo a los españoles que venían escuálidos y hambrientos, y que se les aparecían cuando menos los

esperaban. Pero ¿qué era eso comparado con el drama del ex-jefe de la aduana de Rosal de la Frontera?, ¿Qué era eso?...

Ya cuando se sintió con fuerzas para enfrentar la situación que le esperaba, se levantó, saliendo por la puerta de la cocina a fin de recibir a Don Faustino. Después de abrazarse en silencio, mi padre se responsabilizó de él ante los guardias y les mandó irse. Trajo después a D. Faustino a nuestra casa, a la sala en la que estábamos, y allí le hizo almorzar. “Gracias, amigo teniente, por todas las incomodidades y cariños”, se lamentaba el infeliz, con mucha emoción en la voz, volviendo aquellos ojos grandes suyos que tanto me impresionaban. Él quiso contar su drama... Pero mi padre lo cortó: “Es mejor que hablemos después... Tenemos tiempo...” Que comiese primero. Luego hablarían... Y el hombre, que mal comía desde hacía días, acató resignado el consejo de mi padre. Ya al final del almuerzo, él elogió la comida. Yo también pensaba que era buena; pero en el estado de desnutrición en el que él se encontraba, claro que cualquier cosa, hasta el agua de fregar, elogiaría.

Finalizada la comida, a la hora del café, mi padre le hizo ver que estaba en mala situación... ¡Qué novedad!... El que mejor lo sabía era D. Faustino... ¡Anda si lo sabía!... “Confío en vuestras autoridades. Eso a pesar de que apoyan a los sublevados... De nada me vale continuar así, escapando...clandestino...por el monte. Me voy a entregar en el pueblo de Moura...Y será lo que Dios quiera!”³² Él contó a continuación cómo había estado escondido en España, siempre huyendo, primero en un pajar y después en un horno de cal... con el corazón encogido... Como en España no tenía ya ningún lugar seguro, se decidió entonces, como única alternativa, a pasarse para acá... Lo hizo en el silencio de la noche, hacía ya dos días... Tenía los pies destrozados... Le contestó mi padre que, incluso en Portugal, las probabilidades de sobrevivir podían ser mínimas... Que lo reconsiderase... “Al punto al que han llegado las cosas, me cuesta menos morir que vivir. Prefiero morir a no poder ser libre. Porque yo amo la libertad, sin ser libertino. A ningún hombre, a ningún grupo asiste el derecho de subyugar a

³² En español en el original (N. de la T.)

sus iguales. Ni con permiso de Dios ni del diablo”.³³ Hizo una pausa y prosiguió de este modo, limpiando con un sólo dedo los grandes ojos: “La conciencia sólo me acusa de haber defendido siempre la solidaridad entre los hombres, que no aprenden a ser hermanos”³⁴. Hubo un silencio por algún tiempo y volvió a tocar la llaga donde le dolía: “Esos militarones, con tanta hambre de poder, demuestran bien lo que pretenden: continuar viviendo con las espaldas derechas y la barriga llena; viviendo como en el sistema antiguo, a costa de los sacrificios de nuestro pueblo. Ellos son la fuerza de los patrones insaciables. Nada más. Unos parásitos. Quieren volver a la Edad Media... Pero no lo conseguirán. ¡Jamás! Confío en la victoria de los nuestros”³⁵. “Pero D. Faustino...” –atajó mi padre– “dejemos eso... Perdone. Lo que ahora está en juego es su vida... ¿Vamos a que al llegar a Moura lo entregarán en la frontera...?”. Así le provocaba que hablase... “Sé que voy hacia la muerte. No me preocupa la idea. Lo acepto. Ya que antes o después es igual. Nadie escapa a la muerte”³⁶. “¡Mire que los nuestros lo entregarán a sus enemigos!” –le alertaba mi padre– “Sé que voy a morir de pie. Fusilado. Esta es la Civilización Occidental...”³⁷.

Mi padre, sin poder cambiar el curso de este drama, y ya involucrado en este enredo de los demonios, tomó entonces la única decisión que se le ofrecía, la de Pilatos, bajo pena de incurrir en una falta grave. Con el acuerdo de D. Faustino, cuya permanencia y demora le parecía incómoda, lo acompañaría a Moura. Y fue con estas palabras con las que D. Faustino se despidió de mí, apretándome las dos manos entre las suyas: “Sé que todo lo que veo (no tengo ilusiones) es por última vez. Adiós, amigo mío. Felicidades. Al menos para vosotros. Adiós.”³⁸ Y de ahí a unos instantes el Citroen rugió fuera; e inmediatamente partió camino del pueblo de Moura, con mi padre y D. Faustino.

Estoy viendo la cara de mi padre cuando regresó de Moura. Venía con el semblante sombrío. No se desahogó con nadie. Quiero creer que sólo lo había hecho con mi madrastra, cuando se fueron a su cuarto. Respetamos aquel

³³ En español en el original (N. de la T.)

³⁴ En español en el original (N. de la T.)

³⁵ En español en el original (N. de la T.)

³⁶ En español en el original (N. de la T.)

³⁷ En español en el original (N. de la T.)

³⁸ En español en el original (N. de la T.)

mutismo, viéndolo así tan introvertido, nada comunicativo. Entendí bien que estaba triste. No me atreví a preguntarle nada con respecto a la suerte de nuestro amigo... La última herida de mi padre era esa. Y nosotros no íbamos a arañarla... Ya al final de la tarde, se hicieron los preparativos de costumbre. Volvíamos a Barrancos. Ya al final me di cuenta, al entrar en el coche, que había transportado desde Moura una ametralladora pesada. Ocupaba todo el asiento de atrás. Era ya un trasto viejo, de lo más anticuado, con el verde oscuro de la pintura desgastado, sustituido en parte por negro del humo, se notaba que reciente... Deduje que habría sido conseguida de cualquier huido, y que, habiendo ido a parar al puesto de la policía de Moura, allí se la habrían dado a mi padre para entregarla en la frontera. A los sublevados, como era evidente... Era obvio que de allí venía y allí volvería... No le pregunté en qué circunstancias... Lo mejor, cuando veía así a mi padre, era mirar y callar. Y fue lo que hice.

Íbamos los tres enmudecidos... Ya después de pasado el ramal que da a Santo Aleixo, fue cuando mi padre, como hablando para sí, finalmente abrió la boca, para lamentarse: “Me la están jugando a mis espaldas” Me quedé sin gota de sangre... ¿Sería conmigo?... Ya sabrían en la policía... de mi traición... Aquella frase podía ser el punto de partida para varias conversaciones. Y en seguida respiré aliviado, viendo que no me decía nada al respecto. Les pareció extraño, a los de la policía, que mi padre hubiese llevado a D. Faustino en el automóvil. Les sentó mal... Honestamente les dijo que se trataba de un amigo; y que teniendo que desplazarse a Moura, porque tenía que abastecerse de productos de la cantina, en los “Estabelecimentos Barão”, lo trajo en su coche porque él se lo había pedido... Que ellos se pusieran en el lugar de mi padre... ¿Con que coraje, siendo amigos, se iba a negar?... ¿Estaba o no estaba allí el hombre?... ¿Había venido o no había venido, incluso más rápido?... Y sin necesidad de movilizar a una patrulla... Sólo que ellos querían picar al buey, ¡desmoralizarlo!...

Al día siguiente, iba yo de casa hacia la cerca, atravesando el patio, y en seguida vi allí la Harley, aparcada junto al portón abierto. Me dio un vuelco el corazón. Y hasta me paré... Apoyé el brazo contra el limonero por unos instantes y me puse a reconstruir la escena, allí, al pie del pozo... En ese momento salía el Mechero de las caballerizas con el caballo en la mano. Como de costumbre, iba a pasarlo

por la cuerda, en círculos, para desentumecerlo... Ya no era el Caipira de mis amores, ese caballo de tantos buenos recuerdos, por el que lloré... Se quedó ciego. Y fue después una ganga para los gitanos... En su lugar llegó aquél, también negro como el carbón, y de raza Alter... Era el Négus. Y vi, con la ayuda de mi imaginación, no al Négus refrenado, sino a D. Faustino entrando, en la oscuridad de la noche, en aquel zapato, él con la cabeza baja, encadenado, muy triste... ¡Ay la fiesta de *sus hermanos*!

Y es que Saturnino “trabajó” esa noche, la pasada, creía yo... Él sólo paraba allí, todo gallito, como si viniese de prestar un gran servicio, en tales ocasiones, festejando una victoria más con la bebida de uno de los vasos... No me atreví a preguntarle nada (además no me convenía). Preferí la duda a tener la certeza. La verdad, la triste verdad, es que nunca más se habló de D. Faustino. ¡Nunca más! Pero el episodio se supo, se fue extendiendo... Y de ahí en adelante comenzamos a notar una cierta frialdad a nuestro alrededor, entre los círculos con los que nos relacionábamos, por parte de los grandes señores de la región, incluso de algunas familias más amigas. Esa frialdad no la compensaba el calor de las capas populares, que veían en mi padre a su líder...

Yendo mi hermano de paseo, calle abajo, en Barrancos, con el teniente Soares, éste se acordó de telefonar al pasar por la puerta de Correos... Y Amável oyó sin querer, y sólo porque el teniente no sabía hablar por teléfono –pues se debe hacer en voz baja para ser oído mejor...– toda aquella gran conversación. De cabo a rabo. Como ya otras veces, pues Soares, como gran pelota que era, a cada dos por tres telefoneaba a sus superiores en Lisboa. Las dietas daban para todo... Se elogiaba a sí mismo por los servicios prestados allí, inmensos, peligrosos, en pro de la patria y de la causa... Sólo no decía que tenía a dos españolas a su cuenta, en Barrancos, cada cual en su casa... Esta vez telefoneaba al propio comandante general. Y se desahogaba: “Estoy aquí despellejándome, naturalmente pasándolo mal, y sin dormir, haciendo sacrificios (sólo Dios lo sabe), para al final, sin más ni más, llevarme un grandisísimo puntapié en el culo” (sic). Éste era su estilo... y que le hacía merecedor de una medalla por los buenos servicios o, como mínimo, una alabanza... por andar hecho un jacaré detrás de las mujeres, sólo de las más apetecibles... Y es que era hombre capaz

de una acusación para obtener una medalla, o una alabanza, ¡así era!... Con su ejemplo, los subordinados se permitían todo, y que yo, por razones obvias, no voy a denunciar, por no poder probar nada ahora, y mucho menos crímenes perfectos, o casi eso... No está en mi propósito, ni sería justo, denigrar a una corporación tan importante, haciendo pagar a justos por pecadores... En todos los rebaños hay siempre ovejas negras... Pero yo sé de estupideces, concupiscencias, groserías; la historia de muchos relojes, y de otros robos, de otras extorsiones, llevados a cabo sobre gente que era bien digna de compasión. Y, en cuanto a las carteras, “todo lo que llegaba a la red era pez”... ¡Señor qué mundo éste!... ¡Pobrecitos los pobrecitos de Coitadinha!...

Todo el área fronteriza, lindante con Barrancos, la consideraban ya pacificada. Los allí destacados iban a regresar a Faro, a Beja y a Lisboa.³⁹ Se sabía que las negociaciones entre los gobiernos de Lisboa y de Madrid, con la ayuda de la Cruz Roja Internacional para el intercambio de prisioneros, habían llegado a buen término; los refugiados iban a ser repatriados. Finalmente, después de mes y medio... Nosotros, por todo lo que sabíamos, poníamos reservas en cuanto al feliz resultado de las conversaciones, y muchas más en cuanto al destino de los refugiados. No confiábamos, por un lado, en lo que decían los periódicos, siempre llenos de embustes; por otro lado, sabíamos lo de los trenes fantasmas... Ya dos, en plena noche y bajo el mayor de los secretos, habían atravesado el Alentejo fuertemente escoltados. Nosotros lo sabíamos de buena tinta por un soldado de la GNR, amigo nuestro, que participó en uno de ellos. Esos trenes venían de Vila Real de Santo António con destino a Badajoz. Eran vagones y vagones con hombres, mujeres y niños apiñados –los fugitivos de la zona más al sur–, que así iban hacia sus verdugos, para ser fusilados, la gran mayoría de ellos inocentes... Yo también lo supe por mi amigo Melo Garrido, hermano de una que fue compañera mía en Beja... Él y otros jóvenes, avisados por aquel mismo guardia republicano, se atrevieron incluso a entrar en algunos vagones, con la sorpresa y pasividad de los guardias, para distribuir tabaco, golosinas y palabras de ánimo... Esto ocurrió con el segundo de los trenes, en la estación de Beja,

³⁹ A mediados de septiembre.

cerca de las tres de la madrugada. Y aún otro tren, el último, se estaba preparando... Y había, por iniciativa de la Legión Portuguesa de Beja, hasta excursiones en autobús a Badajoz, con el único fin de asistir a los fusilamientos, lo que para ellos, por lo visto, debía ser muy educativo... Sabiendo nosotros todo esto, e incluso más, eran más que fundadas las razones por las que temíamos por la suerte de nuestros protegidos. Y a esos los conocíamos nosotros bien. Allí no había criminales. Habíamos hecho amistades, intercambiado tarjetas, con el doctor Alonso y otros. Pero tuve cuidado de dejar a un lado a los cuatro españoles, sin intención de despreciarlos, no dándoles de mí ninguna referencia... Y estaba bien ver cómo nunca le hablamos de nuestros temores, sino que los animábamos: “¡Un día de estos están ustedes en Barcelona!”. Pero yo me quedaba pensando, para mis adentros, si no estarían en Badajoz...

Nuestros gobernantes, a pesar de su gran fuerza, no se mostraban tranquilos. Por esa demostración se veía... Un día vi a mi padre dirigirse a la caseta de los soldados con un saco de arpillera en la mano, de esos grandes, de los de patatas... Y yo, como quien no quiere la cosa, le seguí de cerca... Fue a cumplir una orden muy extraña, muy confidencial, que revelaba, sólo para él, la inseguridad o el miedo de los maquiavélicos jefes. Había una caseta, de paredes blancas y desnudas, además de doce camas iguales y alineadas como las de una enfermería de hospital, sólo un armario de madera pintado de oscuro; y en él, apoyadas con el cañón hacia arriba, unas diez carabinas Kropatschet, que en aquel tiempo eran las que se le distribuían a toda la Guardia Fiscal, provenientes del expolio, presadeguerra, capturado a los alemanes al final de la Gran Guerra. Mi padre les quitó a todas la culata, pieza fundamental, metiéndolas una a una en el saco y llevándolo seguidamente a nuestra casa, que estaba a continuación y formaba parte del mismo cuartel. En casa lo depositó en un baúl, que era el de los cobertores, y que cerró bajo siete llaves, camuflándolo con la piel de corzo que habíamos traído de Gerês... Así, en el caso de que los populares asaltaran los cuarteles, por todo el país, no robarían armas servibles, operacionales. El dictador, o en su nombre su guardián, Santos Costa, otra vez no daba puntada sin hilo... No me atreví a hacer preguntas a mi padre sobre las culatas... Sólo lo acompañé. Aquello era asunto de servicio y de naturaleza secreta. Y tales asuntos

sólo a él le competían. Él no nos decía ni pío... Lo único que, como sus hijos, y guardaespaldas, siempre a su lado, estas cosas no pasaban desapercibidas... Y realizábamos también espionaje por nuestra cuenta, leyéndole a sus espaldas los papeles... Pero nunca sus hijos le habían preguntado nada, en estos casos, para que no fuese oído su discurso...

Estaban las cosas así, ni bien ni mal, cuando, un domingo, pasadas las diez, vi a mi padre salir uniformado, con aires de preocupación... “¿Adónde irá?” Fui para adentro y en seguida noté a mi madrastra muy preocupada. “¿Cuál es el problema?”, le pregunté. “Sabes que tu padre recibió ayer una carta de Carlos Ravasco para tener los dos una conversación en lo Alto del Cementerio.” De espaldas anchas, mucho más joven, de tez más morena que la de un gitano, a Ravasco se le tenía por un valentón. Y lo era. De joven había realizado proezas tales, y tantas, y todavía en la memoria de todos, que lo consideraban invencible, tratándolo, por eso, con el mayor respeto y temor. Era, en el pequeño círculo de Safara, una figura legendaria... Miraba a todos con el ceño fruncido y de arriba a abajo, por ser alto... Pero era buena gente y simpático. Más que Gregory Peck... Pero aunque amigos (porque hasta fuimos a su boda), socios del mismo club y compañeros de cacería, a pesar de eso, a Ravasco le interesaba más alardear una vez más de su valentía que mantener la amistad. Como el gran salazarista que también era, desafió a mi padre a una pelea. Agricultor adinerado, Ravasco era también un rival peligroso, capaz de todo, con aquella manía suya de la fuerza y de exhibicionismo... En cualquier círculo de amigos, él destacaba siempre convencido de que era un gran señor. Tenía las modales de un califa, unos gestos que parecían estudiados,... Y encima tenía las espaldas bien cubiertas... El suegro, figura sexagenaria respetable, de barbas hasta el pecho, canosas, era, además de muy rico, el molinero de todas aquellas aldeas de la región, con la panificadora en Amareleja, que ni un maná... ¡Nada bueno tramaría la cabeza de Ravasco!... Ni la mía... Así que se me ocurrió una idea: como se le ocurriría a cualquier buen hijo... El Gato, el mayor de los cinco hermanos, el que era comerciante, tenía un buen revólver. Me venía bien. Fui a pedírselo. Por el camino comencé a temer que se negase... Pero él era mi amigo... No me haría una jugada de esas... Cazábamos a veces juntos... Hasta lo había visto matar a

un lince... Para más señas un lince muy bonito... Rabo corto, campanillas en las orejas... Y su perro, Fidalgo, olfateándolo y ladrando, de contento, dando vueltas y vueltas... También bebimos de bruces en una poza de agua sucia, podrida, con sapos dentro... Lo hicimos a través de nuestro pañuelo... Estábamos bebiendo y viéndolos, viéndolos junto a nuestros ojos... ¡De la sed que teníamos!... Él no iba a negarme el revolver... Llamé a su puerta y una de sus dos hermanas fue quien me atendió y me llevó hasta su cuarto... Diez y media y todavía en la cama... “Día de descanso, ¿no?... tienda cerrada...”. En pocas palabras le conté mi enredo... “Si él ofende a mi padre, lo que le hago...”, le garanticé al final. Pero el Gato ni se inmutó... ¡Para qué!... Me pareció que estaba, ya desde antes, dispuesto a fastidiarme el plan... Me negó el revólver: “¡Ten juicio! No hagas eso...”. Se lo pedí, se lo rogué, se lo supliqué... El tiempo pasaba... Y nada... ¡En vano!... Y yo fuera de mí... “¡Válgame Dios! Al final, por lo visto, no eres mi amigo... No pienses que voy a volver a hablarte... Y a la mierda tu revólver... Métetelo en el culo...” Entonces el Gato saltó de debajo de las sábanas y, en calzoncillos a rayas, descalzo, se aproximó a una vieja cómoda, abrió el cajón del medio, buscó y rebuscó, y, sin decirme ni una palabra, con el brazo extendido, me dio el revólver en la palma de la mano abierta. Ya luego reparé en que él, cuando saltó de la cama, gordo y rechoncho, tenía los pies sucios, y tan negros que cuando los puso en la alfombra, me quiso parecer que había dormido con las botas... Esa y no otra –pensé– es la razón de su negativa obstinada del revólver, el porqué tardó tanto... era más que seguro... Pues bien. Para mostrarme agradecido, hice por ser agradable con él al despedirme: “Eres un avaro... ¿por qué no coges a un hombre para que te pise las uvas?...” Me pareció que le daría menos vergüenza, pasando yo por burro, que atribuía aquella porquería al sarro de las uvas... Y volé hacia el Alto del Cementerio más contento que un cuco. Ni que el revólver fuera de oro... ¡Y que ni fuese mío!... Estaba aún bien lejos y ya veía a los “dos gallos”, frente a frente, encrestados, en pleno descampado. Doblé el espinazo, me arrastré por detrás de unas piedras y fui a recostarme sobre un muro del cementerio, yo espiando por una esquina, jadeando, jadeando, como un perdiguero tras su presa... Desde mi posición divisaba ahora toda la planicie, todo el tiempo, aunque no pudiese oír nada. Su

conversación, con gestos enérgicos a veces, parecía no tener fin. Y porque me encontraba apoyado en la tapia del cementerio, tal vez por eso, me vinieron a la memoria las desacasos que allí se habían producido un año antes, el día de la romería, entre el obispo de Beja y unos cuantos energúmenos... Fue en el momento de la visita pastoral a la parroquia. De repente, entre la multitud de los fieles, y en el momento de mayor recogimiento y solemnidad –exactamente cuando el obispo esparcía el agua bendita sobre las sepulturas con su hisopo– unos cuantos hombres cargados por el aguardiente, armaron tal alboroto, con tal bullicio, que aquello fue un sacrilegio. “¡Te llevo a la tumba, cabrón!...”, bramaba el viejo, el que no tenía dientes, enloquecido... Y mi padre, vestido de gran gala, con espada y todo, justo al lado del obispo, se vio obligado a tirar de ella, a intervenir, para contener las obscenidades del mal vino... Lo hizo con brío y con espíritu apaciguador. Y eso le valió la amistad, para siempre, de D. José... Y yo aprovechaba la jugada: “¡Ojalá sea así hoy con Ravasco!”

Fue una pelea a dos, de dos horas. Al final se separaron con un apretón de manos, tomando a continuación caminos diferentes, que ya eran horas de comer... Vi a mi padre dirigirse hacia una calle y bajar por el poblado abajo... Ravasco fue directamente a la carretera, rodeando las casas... ¡Qué peso se me quitó de encima!... Y corrí por otro camino a devolverle el pistolón al Gato...

Por entonces fue también cuando tuve una enganchona con mi madrastra. Ya le vale... ¡Majadera!... Yo había pasado la noche contando ovejitas, sin poder dormir, por culpa de un dolor de muelas que me cogía toda la cara... Hice gárgaras... Tome *Saridons*... *Aspirinas*... ¡A nada respondía la terrible neuralgia! Por la mañana me dirigí a ella y le pedí dinero para ir a Moura, al dentista... “Pídeselo a tu padre cuando venga”. Pero ella sabía bien, la muy mezquina, que mi padre no llegaría a tiempo para que yo pudiese hacer el viaje. Andaba por Barrancos con mi hermano... En mi estado de desesperación, todavía con dolores a esas horas, ni la mismísima sensatez en persona habría sido buena consejera... ¡Ella estaba siendo deshumana! Me llevaban los diablos... Le protesté: “Se nota que no eres mi madre...” Y pidiendo dinero prestado, me marché a Moura. Y me quedaría por allí... Era conocido del secretario de hacienda, así como del tesorero, porque eran amigos de mi padre. Por lo que ya,

al día siguiente, me vi nombrado escribiente de las ejecuciones fiscales, con casi mano libre para tareas de procurador, y también para agente de contribuciones. Aquel nombramiento mío era simplemente *ad-hoc* y no efectivo. ¡Se trataba de mi primer empleo! ¡De la independencia que todos buscaban!... Además de eso, el pueblo de Moura me encantaba. Era un pueblecito acogedor y bonito, y con una historia unida a moros y a romanos.

Para alojarme me indicaron una casa particular, de dos pobres señoras... Mis compañeros de pensión eran un profesor de primaria, de nombre Faustino, de Pedrógão Grande, y un aspirante a contable, en prácticas, Arlindo Boris da Silva Pereira, de Oporto. Tenía la carrera de Económicas. Además de esos dos compañeros, tuve además, aunque un solo día por semana, a un fotógrafo ambulante, con su *estudio* en Beja. ¿La comida? La mayoría de las veces mala, otras sufrible... La cama, esa, esa sí que era buena. Y el cuarto enorme, en el primer piso de la parte izquierda de la casa, con vistas para dos calles de cruce a través de tres balcones. Era un auténtico salón. Por ser tan grande fue por lo que el Sr. Boris la compartió conmigo.

Pasados ocho días, o menos, supe que los refugiados iban a ser transportados a Moura. Embarcarían aquí en un tren especial que los llevaría a Lisboa, puerto de mar en el que los esperaba el Niassa, que, custodiado por el barco de guerra Douro, rodearía toda España por el sur, por Gibraltar, para así desembarcar en Cataluña, en el puerto de Tarragona. ¡Qué bien! Era el fin de tanto penar... La noticia fue un regocijo doble, tanto por la suerte de los refugiados como por el fin de los trabajos de mi padre.

Supe después por mi hermano que la salida se hizo en la hora crepuscular –según las recomendaciones expresas de Lisboa- y de manera que no se viera mucho... Los habían transportados en camiones con la parte de atrás al descubierto. Mi padre, que “nunca ahorró trabajos” –como él mismo solía decir– condujo uno de los carros pesados desde Barrancos hasta Moura. Ese vehículo era una Diamond rojiza, la cual le había prestado el Sr. Fonseca, de Safara, el cual días antes había despedido al conductor; y el habérselo prestado a mi padre fue debido a la gran falta de transporte para tanta gente... Todavía los desgraciados no habían llegado a Moura y ya los estaba esperando allí un grupo de españoles, peores que buitres,

que, con salvoconducto y el beneplácito de la tenebrosa PVDE (después PIDE), seleccionó a los más despreciable... ¿O los más cualificados?

Como los refugiados eran tantos, no cupieron en los almacenes que habían puesto a su disposición, por lo que los instalaron en la plaza de toros, que no estaba lejos de los almacenes y del cementerio. Era sólo por una noche o dos, hasta que llegase el tren para llevárselos... A los que constaban en las listas negras – especificando que era para que se quedasen en la pensión...- ya fuera, los apresaban y los llevaban a la cárcel comarcal, todos ellos muertos de hambre, porque apenas habían comido... Y en esa misma noche, cuando menos lo esperaban, los llevaban a Badajoz, como las reses cuando van al matadero... Éste último pormenor, del que resalta la ilegalidad y el cinismo, sólo llegué a saberlo mucho más tarde, gracias a un artículo periodístico escrito por el capitán Pereira Guerreiro, al cual supongo autorizado, porque en aquella época se encontraba en Moura: “...los metían como a borregos en camiones de carga, y desde allí los llevaban a Badajoz, donde los esperaba un pelotón de fusilamiento...” Y cuenta el mismo capitán, en ese mismo artículo del *Diário de Lisboa*, que del grupo de refugiados que salió para Tarragona formaba parte un sargento de Ejército español, al que le había sucedido un episodio increíble, y tal vez inédito, antes de refugiarse en Portugal. Uno de esos episodios sólo admisibles en películas... Apresado en España, por los sublevados, fue llevado junto a otros a las traseras de la plaza de toros de Badajoz para allí ser fusilado. Por una feliz casualidad no fue alcanzado con la primera ráfaga, yendo a caer bajo el montón de los que habían caído ya muertos y que estaban en la fila de delante. Fingió estar muerto... y después, como los dejaron allí porque ya era de noche, se escapó... No se trataba del refugiado de la pierna con la herida de bala que el Dr. Alonso salvó... Ese ya estaba en las Russianas antes de la toma de Badajoz. Si el sargento estuvo o no entre nuestros protegidos, por ser sincero, nunca constó allí nada. Pero es posible que hubiese estado, manteniendo el anonimato, porque así le convenía, y contaría esa historia suya más tarde, ya camino de Tarragona...

Para asistir al embarque y despedirse de los refugiados, mi padre y mi hermano vinieron a Moura. Era el último trabajo... Pero éste de gran satisfacción. Habían llegado pronto. Mucho antes de la salida de ellos hacia la estación. Mejor así.

Podíamos estar juntos un rato... Conversar. Y nos dirigimos los tres a la plaza de toros, dejando el coche en la puerta de la iglesia del antiguo Convento... Nada más entrar vi a Pilar envuelta en mi abrigo, con el cual cubría el viejo vestido de mi madrastra. La noté flacucha. El pelo es el que ya le había crecido... Pero no era con ella con quien quería hablar... Tenía que encontrarme con el Dr. Alonso una vez más... Para darle mi dirección, como a muchos otros. Quería pedirle que me escribiese sin falta, contándomelo todo. No lo veía en mitad de toda aquella feria, y le pregunté a unos y a otros por él. Nadie se acordaba de haberlo visto... “¡Qué diablos!, Me olía a chamusquina...” Pero no era sólo el médico el que faltaba... Pasé por delante de uno de mis cuatro colaboradores secretos y, como de costumbre, apreté disimuladamente la boca entre dos dedos, como diciéndole: Guarda bien el secreto... Nada de piar...” No era sólo el médico el que faltaba... No era sólo él... (“¡Porras!... ¡Porras!...”)

Por mi cuenta, a groso modo (ellos eran tantos, la plaza estaba llena...) faltarían seis... Incluso el vejete de la boca torcida, que así le había quedado por una trombosis... “Seis” Pero a estos no se los había llevado Saturnino en tiempos a Lisboa... ¿En Lisboa?... Qué sé yo si en Lisboa... ¡Humm! Por allí, en la otra zona tal vez... Nadie me quitaba de la cabeza que los habían raptado.

Así que embarcaron, fuertemente escoltados desde la plaza de toros hasta la estación, y de la estación hasta Lisboa. Durante el camino ya no pudo haber más contactos ni conversaciones. La GNR no lo permitía. Sólo algunos gestos desde lejos, como a los leprosos... Hasta que el tren partió. ¿Hacia Lisboa o hacia Badajoz?... No lo sabía seguro... En mitad de tantos mirones, acabé perdiéndome de mi padre y de mi hermano. O quizás me quise perder... Tenía sed y, para celebrar el triunfo, del Bien sobre el Mal, de ver finalmente a salvo a los refugiados, entré en una taberna situada al lado de la estación. Su propietario era un cincuentón de buena estatura, siempre servicial y simpático, con unos grandes bigotes, ya medio blancos, a lo tigre, y que era conocido por el mote de “Raja-
Todo”. Miré la parte de detrás del mostrador. Me senté en un banco de pino y, levantando el brazo, le pedí una copa de vino blanco. Y él vino en seguida con una copa en la mano izquierda y la botella barriguda, de cristal, en la otra... Era de esas de rosca... En voz baja, para que no lo oyesen los otros del pueblo, y

dejando caer el blanco en la copa, y como haciendo gárgaras, me dijo: “Es el mejor que tengo. Y es sólo para los amigos.” Sentado, lo miré desde abajo: “Gracias, Sr. Raja-Todo”. Ese mote, del que tanto se enorgullecía, le venía de una época en la que era soldado del ejército, y desde que un buen día, al empezar una trifulca, dio un salto y amenazó a todos:” ¡Mira que os mato! ¡Os rajo a todos!...” Y desde entonces dejó de ser conocido por su verdadero nombre. ¿Quién lo sabría?... Me conocía de Hacienda y no quiso que le pagase. “Déjelo... Ya me paga la próxima”. Palabras que acompañó con una sonrisa abierta con la que me convenció...

Transcurridos unos días, alrededor de un mes, la Radio República de Barcelona hizo un elogio de la figura de mi padre, agradeciéndole todo lo que había hecho para aminorar el calvario de aquellos infelices: “Es un hombre de respeto. Justo. Y ha sido padre...y los hijos, nuestros hermanos”. Nadie esperaba tal mensaje... Y mucho menos mi padre. Y es que nunca se supo por qué vías... es de pensar que habrían recurrido a los propios repatriados, o con base, quién sabe, en sus mismas revelaciones... El locutor fue perentorio al decir que “El teniente Seixas era el único oficial portugués que los tenía bien puestos”. Lo malo fue que lo escuchó mucha gente, unos con satisfacción, otros indignados y rápidamente lanzando serpientes de sospechas... “¿No os decía yo que el teniente era comunista? Los que lo elogian es porque es uno de ellos. Y los hijos, como es natural, siguen los mismos pasos... ¡Anda!...” Y durante unos días no se habló de ninguna otra cosa, infelizmente, en el triángulo escaleno Safara-Barrancos-Moura... Como ya se sobrentiende, en vez de favorecer a mi padre, por tanto elogio, de buenas intenciones, lo que hizo fue comprometerlo, sólo ante el toro... ¡Y a los servicios de la PIDE no se le escapaba ni un pelo!... No tardó en que fuese mandada hacer por instancias superiores una investigación, unilateral y feroz, a toda la actuación del afamado teniente... ¡Pero él estaba tranquilo! Nada le remordía la conciencia. Él sabía que la sed de castigarle ya venía desde lejos, incluso desde muy lejos, pero esta vez, a pesar de todo, sería como las otras... “¡Agua de borrajas!...” Sólo que ahora se equivocaba...

Fue ya en Moura, tiempo después, donde me enteré, indignado, del castigo aplicado a mi padre: “Sesenta días detenido a cumplir en Forte da Graça, en

Elvas, castigo que implicaba el subsiguiente paso a la jubilación... La sentencia venía ya en la carpeta del investigador. Le había sido encargado. Y lo que más había eran esbirros que se prestaban a todo, sin voluntad propia, ¡sin hombría! Unos cobardes: ... El propio general Malhiero, por su bondad, por haber dado aquella orden que mantenía las decisiones de mi padre, también fue incomodado. Sufrí una gran conmoción con la noticia. No lo podía creer... ¡Era una de las tales injusticias que claman al cielo!... ¡Si tuviera una metralleta! ¡Ojalá los partiera un rayo!... No quise ir a Safara con el disgusto. Vería a mi padre abatido. Y no le ayudaba nada con ir allí... Ni a mí. Ambos sufriríamos menos separados. Cuando ya hubieron transcurridos tres meses al fin fui, acompañado de Don Boris, de mi jefe Rodrigues, natural de Carrazeda de Ansiães, y del tesorero Sinfrónio, de Mértola. Fuimos a festejar el fin del cautiverio...

Mi padre, al haber perdido el derecho a la residencia del cuartel, alquiló una buena casa, muy buena, con un cercado por la parte de atrás (allí vi a Morena, nuestra vaca holandesa...). Mi madrastra tenía todas las deferencias conmigo... ¡Ni que yo no la conociese!... Mi padre estaba contento... ¡Si es que también lo estaba por dentro!... Debajo de la pérgola de cañas, entre las que pasaban los rayos de sol, al lado de la puerta de la cocina, nos pegamos una succulenta comilona. Quedamos en que no hablaríamos de la injusticia, para no incomodar a mi padre... En eso se quedó, pero fue de lo que se habló más... La verdad sea dicha, por su culpa... Además no se mostraba desanimado; o mucho menos de lo que yo esperaba verlo. Estaba dispuesto a luchar, a pleitear, a poner los pies en el mismísimo infierno... Era necesario dar tiempo al tiempo... Después se dijo que Amável se iría también a Moura, con el fin de practicar como ayudante de contable, tal y como yo practicaba ya... Y vendría a instalarse efectivamente en la misma “Pensión de la Muerte Lenta” –como nosotros la habíamos bautizado– y en el mismo dormitorio. A continuación tuvimos concierto de viola...

Luego se volvió a la vileza cometida contra mi padre, porque todavía era una llaga latente, viva, abierta. Pero el dedo meñique de mi padre le adivinaba una buena salida... Él tenía esperanzas: ¡Tenía fe!... Si hasta le apoyaban los pájaros... “¿Los pájaros? ¿Eso es lo que el señor teniente ha dicho?”, le preguntó el jefe Rodrigues, que, casualmente distraído, o por creerlo extraño, le pareció

haberle oído mal. “Sí, los pájaros”. Y mi padre contó entonces una historia real que le ocurrió a él, en una aldea de Barroso, cuando era aún un muchacho... Salió de la escuela y fue a montar las trampas para pájaros, fabricadas por él, con varillas de paraguas. Esto fue a finales de octubre... Por ese tiempo, los pájaros están todos gordos. Están cebados... El tiempo que estaba engañoso, había empeorado... Toda la noche había azotado el viento, trayéndose un rebaño de nubes y más nubes, amontonándose y ennegreciéndose como chimeneas. Y a aquella hora de la tarde, caían aguaceros, a cántaros, con relámpagos y rayos mezclándose. Andaban por allí unas gentes preparando la tierra para la siembra del centeno y, cada vez que la lluvia apretaba, todas se recogían, y también él, debajo de un gran castaño que se levantaba cerca, en ese tiempo cargadito de erizos. En varias ocasiones se tuvieron que recoger. Cada vez que la lluvia caía más fuerte. Y en un momento en que todos estaban bajo la gran copa, como los polluelos debajo de la madre, él vio, allá a lo lejos, caerle un pájaro en una de las pajareras. Niño aún, incapaz de contener su impulso, rompió a correr por entre las cortinas de lluvia, para así llegar cuanto antes a desatar al pajarillo, preso por las patas con un cordel... Y cuando ya lo tenía en la mano, la luz viva de un relámpago lo cegó y oyó un gran estruendo. ¡Cuando abrió los ojos no vio el castaño!... Un rayo lo había fulminado y hecho desaparecer, y con él a las personas que allí estaban, y que eran siete.

Todos los contertulios, finalizada la narración, manifestaron su espanto. “Por lo tanto –continuó mi padre– como acaban de oír, le debo mi vida a un pajarito. Pajarito que después, como agradecimiento, lo devolví a la vida. Y desde entonces nunca más construí pajareras.” “Curioso... Da qué pensar...” dijeron, con aire de circunstancia, Sinfrónio y Rodrigues. Y todos nos quedamos pensativos por unos instantes. Mi padre, como añadidura, todavía dijo: “Aquí mis hijos, de pequeños, también tuvieron la manía de las pajareras. Una vez, imaginen, tenían: diez o más jilgueros en una sola jaula, fuera los petirrojos, los pintarrojos, los verderones y no sé qué otros pájaros... Y montaron un gran berrinche porque yo les abrí la puerta... Y no se callaban... Entonces les conté mi historia por primera vez, trayéndolos así por el buen camino que después seguirían...” Y remató con este punto y final: “¡El mundo de las aves es una cosa

maravillosa, pero que pasa desapercibida a los ojos miopes de toda la gente!... Es la fiesta de la naturaleza, su música... Por eso siempre estuve y estaré contra las trampas de lazo y esas escopetas de aire comprimido. Mis hijos no las tuvieron. ¿Y qué?... Y yo me enorgullezco de eso. Antes les enseñé a respetar a las aves. Y a amarlas. Ellas merecen nuestro culto. ¡Quien sabe respetar la vida de un ave, antes respeta la vida de una persona!... Pienso que no deberían dar esas armas a los niños, ni nada bélico...”. “Si todos continúan con esa manía, de aquí a poco tiempo no habría pájaros”, dijo el señor Boris, y añadió: “Hasta hay casas de comidas de pajaritos... Y los consumen a millares... Los hombres lo estropean todo...” Mi padre le dio la razón: “Efectivamente, efectivamente... Muchas decenas de especies ya hoy están extinguidas, excepto en las guías... Sólo transijo en lo que respecta a los canarios... Los pájaros quieren su hábitat... Sólo así son felices”. Y la conversación, tal como el agua de los riachuelos, se encaminó hacia otros surcos, hacia otros recovecos que salían...

Había salido entre tanto el tal decreto que se esperaba, con los nuevos límites de edad para la carrera de los oficiales. Y el teniente Soares ascendió a capitán, aquel bruto, un muchacho... Sólo que no constaba con alabanza y con medalla... Santos Costa, con la aprobación de Salazar, cuando quiso, estrictamente, comenzó a abrir las plazas para él y para los oficiales más jóvenes –que golpeaban sus botas llenos de impaciencia– Y así se dejaba fuera a los viejos y se promovían a los de su entera confianza política... Era una purga más para añadir a las anteriores, una caza de brujas dentro de los cuarteles, infiltrados de *bufos*... hasta el punto de, con el recelo, acabar con la sana convivencia y la buena camaradería. Y, sin saber porqué, o quién los había denunciado, eran puestos en la calle. Por ese último decreto, los tenientes, que hasta entonces pasaban a la reserva a los cincuenta y seis años –y mi padre tenía sólo 45–, pasarían a hacerlo a los cuarenta y ocho. A mi padre, incluso así, le faltaban todavía tres... Cientos y cientos de oficiales pasaron a la reserva y a la jubilación. Casi se produce una revuelta del Ejército, debido al gran descontento que generó el decreto; pero el Gobernador Militar de Lisboa, a la vez, se anticipó a tranquilizarlos con la falsa promesa de que la ley sería revocada, lo que nunca ocurrió.

1. “Allí va Serpa y allí va Moura... Y Pias queda en el medio...”

Parafraseando la letra de un cantar alentejano –a aquel trozo que dice “allí va Serpa y allí viene Moura”, y tan sólo invirtiendo el nombre de los pueblos, diré que la vida me corrió bien en Moura hasta que un día me trasladaron a Sepa... En Moura, con su jardín, su torre, sus castillos; con sus cafés, sus casas nocturnas, sus “cuarteles de chicas” y, todavía más, su casa de espectáculos, vivía hasta mejor que en la capital. Menos polución acústica y de las otras... Me gustaba mucho estar en Moura, mucho, por ser tierra de buena gente y buen agua, abundante, impecablemente encalada, y también de vistas amplias... Muy progresiva. ¡O es que no era, ciertamente, uno de los oasis del Alentejo!

Una sola cosa me dolía... Me dolía ver todas las mañanas, de espaldas contra el muro del mercado, situado en la misma plaza de la administración, a decenas y decenas de trabajadores que esperaban el día entero, al sol, ociosos y vagamente esperanzados de que los viniesen a contratar... Allí llegaban los capataces y los administradores, siempre con voz de mando, que escogían a los más fuertes, como en los tiempos de los esclavos. Y se llevaban a diez, y se quedaban cien... Dado que los más atrevidos eran rechazados, todos eran dóciles como perros y humildes como bueyes... Estaba en juego el pan de sus hijos...

Mi trabajo no era para morir... Me daba tiempo a todo y mi empleo me rendía, en cuanto a renta, y en los peores meses, lo suficiente. Y comencé a vivir... Y no tardé en descubrir que estaba enamorado... Me hervía la sangre... Yo tenía veinte años. Necesitaba, como al mismo aire que respiraba, las ternuras que no había tenido de chiquillo... ¡Y de las que estaba más ansioso, tal vez por no haberlas tenido, era de las de amor y dulzura!

Yo lo descubrí junto a la torre de la Salúquia, al cruzarnos una tarde perfumada, cuando el sol ya se escondía... Ella iba con otra chica de paseo... Y yo vi su figura de delicada estatuilla, cual cortesana recortada de un álbum muy antiguo, como las ninfas de porcelana de los jardines de Versalles... Ella fijó en mí su anteojo de aro dorado, sujetándolo por el mango, que me pareció de marfil, con aquella delicada y blanca mano suya que salía de ente el encaje del puño; y así,

casi parados, nos miramos por primera vez. Quién sabe si no fue en el lugar en que la mora cayó muerta, tras haberse lanzado de lo alto de su torre. Lo admito. Es muy probable, porque fue junto a la base... Me sentí adulado con la deferencia de fijar en mí su cristal...Y la seguí de lejos para averiguar dónde vivía. ¡Y tuve el presentimiento, en seguida, inmediatamente, de que ella sería una de las grandes pasiones de mi vida!...

El padre no sabía nada de nada. Pero la madre estaba al tanto de todo, absolutamente de todo, y nos facilitaba los encuentros, siempre afable y sonriéndome desde el postigo o desde la ventana. La madre sabía cómo son esas cosas... Y ver a la hija casada es la manía de todas las madres... ¿Acaso no lo sabían?... Había sido ella quien había casado a su hija mayor con Libânio, hijo único y adinerado. Absolutamente legítimo...

A veces, en el jardín público, ella tenía por detrás, al fondo, un laurel cargadito de flores. Y ella, al recostarse, ¡era la más lozana de todas! ¡Y yo la prefería, yo prefería esa flor humana, respirándola y oliéndola maravillado! Y la besaba, más y más, en sueños, ¡nosotros dos para toda la eternidad!... La hermana más pequeña, Mariazinha, que hacía de carabina, fingía no ver nada, y nosotros fingíamos creer que ella no estaba fingiendo; se hacía siempre la distraída, la tarde entera, jugando con las abejas que libaban las flores; o yendo al chorro de la fuente para beber... tantas y tantas veces, que yo hasta la creía diabética... Otras veces, junto al parapeto de la ventana de su cuarto, en la planta baja de la casa, yo hacía muchos ratos de centinela, horas y horas y horas, lloviese o tronase.

Y es que, verdaderamente, en vez de ser para mí un sacrificio, era una honra. No nos despegábamos el uno del otro. Era un amor a jornada completa, “un amor de perdición”... Y ya todo el pueblo nos miraba con extrema simpatía: “¡Hacen una bonita pareja!” No lo decían por mí, por supuesto que no, porque yo era un joven como los otros, corriente; era por ella, que era joven, muy elegante y vistosa.

Una noche, en un cabaret, conocí a una chica de Oporto mientras me servía con su delantal blanco... Era allí una “mariposa”, revoloteando alrededor de las mesas, en un ambiente de humo, de los de cortar con navaja... Ex-estudiante, perdió el año y huyó de casa, donde su padrastro la acosaba, con diecisiete años... ¡Aquello me dio pena!... Y ahora estaba allí, llenita de enfermedades...

Ella mismo me avisó al pretender sus servicios... Agradecido por su corrección, lo que no era tan normal, la devolví a su familia, descubriendo en mí, de ahí en adelante, la misión altruista de proteger a las infelices. Ellas venían sobre todo del Algarve, pasando antes por Beja, por la Rua da Branca, en grupos sucesivos... Eran un negocio suculento para las patronas, y para quienes estaban detrás de ellas, aunque ruinoso para mí, que no era millonario. Millonarios eran muchos que se enriquecían a costa de ellas... ¡Y no eran pocos! Y hasta importantes...

Yo estaba muy flaco. A veces echaba de menos la casa paterna, su mesa llena, con pechugas de perdices y productos de la matanza... me venían a la memoria las grandezas de mi pasado, pero tan corto y tan próximo que ni siquiera llegaba a ser pasado... ¡había sido un príncipe!... Y evocaba al Gerês... Allí había aprendido a conducir en un estupendo Chrysler de seis cilindros, por aquella carretera llenita de curvas, hoy inmersa, en parte, en el fondo de las lagunas... Sí, fue en un Chrysler, ese coche que mi padre adquirió en una subasta en Chaves. Había sido embargado. Él iba cargado de piezas de seda, de pieles, frascos de perfumes... “Flores del Campo” y “Embrujo de Sevilla”... El conductor no obedeció a la señal, sino que aceleró más... Y el guardia fiscal no tuvo contemplaciones, lanzándole en seguida un disparo, que le llegó a perforar la parte trasera, traspasando dos piezas de seda y alojándose –y muriendo– en el plumón de las crines del asiento del conductor, ya pegado a las costillas... ¡Un milagro! Sólo entonces el conductor bloqueó las cuatro ruedas, en un espacio de diez metros, casi dándole la vuelta al vehículo... Abrió la puerta y quiso huir. Pero rápidamente fue apresado. Era un taxista con plaza en Oporto; y el coche, un seis cilindros, impecable, de un amarillo canario... ¡Muy bonito! Mi padre lo vendió más tarde, porque le pareció un buen negocio. Y volvió al Citroen... Ahora, con la añoranza, me veía conduciendo por el Gêres, a mis quince años, por aquella avenida amplia y bajo las anchas alas de los plataneros... Y qué delicadeza la de ellos, en los días de viento, con todas aquellas ramas suyas ovacionándome al pasar... Balanceándose con sus abanicos de hojas, con sus ondulaciones verdes, a veces rápidas y otras lentamente... Eran como algas en un acuario o ramas de grandes vegetaciones inmersas en el fondo de los océanos...

alas de imaginarias gaviotas verdes, ora subiendo ora bajando, desde arriba... La carretera sin tránsito, como si fuera privada, llena de curvas, toda ella un túnel, hasta la Portela do Homen. ¡Cómo no iba a sentir añoranza!...

Pero, junto a Tininha, se me disipaban todos los recuerdos; y ya no sentía añoranza ni nada. Junto a ella me sentía como si estuviese fuera del mundo. No se podía decir que ella fuera una belleza, una superestrella... No lo era. Simplemente era bonita y muy armoniosa en conjunto, elegante, lo que la hacía atrayente, apetecible. Y ya está todo dicho, para que no haya dudas... Bastaría con mirar aquel cuello suyo, como el de un cisne blanco... ¡O que yo no hubiera sido tan sensible y tan amoroso, así como romántico!... Y lo que no existía lo inventaba... Se llamaba Maria Catarina. Y Catarina, en anagrama, era lo mismo que Natércia... Y yo, al saberlo, recordé a la de Camões, a la de la “cabeza de nieve y oro...” Natércia... ¡Oh, lo que yo deseaba tener una Natércia como el gran poeta!... Pero a la mía la llamaban, tanto en casa como fuera de ella, Tininha. Sólo yo la llamaba Natércia... Era un privilegio y un presagio...

A pesar de los enredos de este amor, me sobraba tiempo para estar al tanto de la guerra de España. No podía dejar de saber sobre ella... Era como un bichejo que me mordía aquí dentro... el gusano oculto y feo de la manzana... Y por la noche, en la habitación, se encendía la radio y nos poníamos a avivar los oídos para escuchar todo lo más bajito posible... No había “moros en la costa”, pero sí legionarios, con toda seguridad, escuchando por las puertas... Y era por esa razón, bajito, muy bajito, no fuese a oírse desde fuera la emisora que se escuchaba... Era la BBC al dar la media noche en punto por el Big Ben... Más tarde se oía Radio Sevilla y Radio Madrid... y hasta Moscú.

Radio Sevilla había propagado un día antes, de la voz mordaz de Queipo de Llano, que el general Miaja, el defensor de Madrid, no era más que un marica y que usaba hasta calzoncillos con encajes... Se la devolvió el aludido al día siguiente: “Mira Queipo de Llano, es verdad, sí que uso calzoncillos adornados con encajes. Sólo lo sabía una persona. Y esa persona fue quien te lo dijo: tu mujer”⁴⁰. En otra ocasión, ya cuando la presión comenzaba a ser mucha, sobre Madrid, tras el hecho controvertido

⁴⁰ En español en el original. (N de la T.)

del coronel Moscardó –símbolo de la mitología fascista- que prefirió dejar matar a su hijo Luis a entregarse, y con él los asediados que habían resistido hasta la llegada del general Varela durante semanas y semanas, terminando con el hambre con la carne de los ciento setenta y siete caballos abatidos... Bajo la creciente presión, Miaja, siempre íntegro, incitaba de esta manera a “El Caudillo”: “Franco... Franco... Fui tu profesor en la Escuela de Oficiales. Y tú sabes bien que sólo te enseñé a defender Madrid. Nunca te enseñé a coger Madrid. No. No pasarás”⁴¹. Y sólo otra demostración, no más, para no cansar mucho, de entre las muchas charlas difundidas. Había dicho Queipo de Llano la noche anterior: “Sabemos por informaciones cogidas de nuestros servicios, que llegaron a Madrid, en estas últimas horas, decenas de camiones con provisiones; bastantes con toneladas de patatas, otros con toneladas de carne; otros también cargados de hortalizas, de legumbres, frutas y vino. Pero ninguno con tomates... Hemos de decir, por eso, queridos oyentes, que es de estos últimos de lo que más necesitan los madrileños. ¡No tienen!... Ni de muestra...”⁴². La respuesta no se hizo esperar, en el mismo tono de chanza, y fue la siguiente: “Esos servicios tuyos, Queipo de Llano, andan mal, muy mal informados. Tomates es de lo que más tenemos. No hay necesidad, pues, de ser abastecidos. En Madrid nacen y se reproducen en todos los sitios, desde Toledo a Guadalajara, a la sierra de Guadarrama. No necesitamos, como usted, mandarlos traer de fuera, de Italia y Alemania... y de Marruecos y Portugal... ¡No somos antipatriotas o cerdos capados!” Como no voy a escribir ni una sola línea que no sea reflejo de la realidad, prevengo: por favor, no me tomen por lo que no soy, como un charlatán o un mentiroso. Yo no tengo la culpa de cómo ocurrieron los hechos, los cuales sólo me limito a narrar, salvo en la parte en la que intervengo, que podía pero que no quise evitar... Y ahora los cuento como pasaron, sin poner ni quitar un punto. Yo quería, como Camões, como Byron, como tantos, ser también un combatiente aventurero. ¡Ya desde joven me perseguía esa idea!... Pero yo estaba aún, era joven, en la edad de las ilusiones... Cuando Guernica fue reducida a escombros, pulverizada con las bombas de los aviones alemanes, hasta los cimientos, “mi yo” –como el del resto del mundo entero– reaccionó fuertemente movidos por tanta brutalidad y maldad, desesperadamente,

⁴¹ En español en el original. (N de la T.)

⁴² En español en el original. (N de la T.)

¡levantando los puños!... Yo nada tenía que ver con España ni con aquella guerra maldita; pero me sentía con el deber de hacer cualquier cosa, cualquier cosa que vengase, como un hombre ofendido, tanto crimen hediondo... ¡Me atravesaban tantos odios!... Fui al ayuntamiento a solicitar una conversación con el Sr. Administrador. Tenía la intención de ofrecirme como voluntario, tal y como lo hacían otros, en las legiones de Franco, con la condición expresa de alistarme sólo en la aviación. Mi idea, muy secreta y que no conté a nadie, era la de ir a los aviones, sabotear cuantos pudiese y volar hacia el lado de los otros, de los comunistas, ¡y ayudarlos!

El Sr. Andrade, o administrador del municipio, era una figura algo siniestra. No porque sólo vistiese de negro, no... Era de un mal semblante ojerizo, sin cara para aguantar una buena bofetada, siempre misterioso, y que se había amancebado con una viuda de buen ver. No se entendía bien cómo a ella le podía gustar una birria de esas, tan esquelético y ya enseñando el cartón de la calva... No es que fuese viejo... Unos cuarenta años o por ahí... ¡Era en Moura la cabeza visible del facismo! Era un perro de presa... ¡y de los más peligrosos!... Sabiéndome hijo del teniente Seixas, cuya aureola bien conocía, me recibió fríamente, desconfiante, con las piernas cruzadas por detrás de la mesa de despacho; él distante, él cadavérico airado, él de nariz rectilínea... Me preguntó que qué justificación daba para imponer la condición de servir sólo en la fuerza aérea. ¡Quería engancharme!... Entonces yo le dije que mi gran pasión, mi gran atracción, siempre fueron los aviones. Que ya me había ofrecido a la Fuerza Aérea Portuguesa, que se podía informar... también como voluntario, pero que no me habían llamado. Me había entusiasmado desde niño en el cine con las películas sobre la vida de Reischofen, el más famoso piloto alemán durante la Gran Guerra... ¡Era mi ídolo!... Así que, para ser piloto, sólo me quedaba esta oportunidad... Y ahora andaba más resabiado que nunca, después de ver al aviador Sarmiento Beires decir en el *Diário de Notícias* –cuyos artículos de fondo yo leía por admirar mucho a Augusto de Castro, su director- que “la juventud de hoy no era ya la de los tiempos de Aljubarrota, la de su ala izquierda, sólo de jóvenes, que se cubrió de gloria...” Él lo decía en *Cielos Desiertos*... Ahora yo quería vengar esa burrada... Me sentía ofendido. “El patriotismo, Sr. Andrade, me empuja... ¿Sabe?”

Con aires importantes, el Sr. Andrade me fue escuchando, pero no iba a perder más su precioso tiempo con este don nadie, y además sospechoso. Ya se ve que no... Tomó nota de la petición y me despachó: “Lo mandaré llamar en el caso de que usted les interese...”

Cada vez más consolidado mi amor por Tininha, así como el suyo por mí, ya se hablaba de casarnos. Sólo me faltaba para eso tener un empleo capaz. Pero en una crisis como aquella en la que se vivía, sólo nos quedaba esperar por mejores tiempos. Mientras tanto, yo la iba conociendo mejor, a ella y a la familia. Eran cinco hermanos, tres de ellos chicas. Tininha era la del medio. El mayor estaba por Lisboa, muy bien empleado. El más pequeño de los hermanos era Urbano; Urbano Rodrigues Caeiro Carrasco, todavía estudiante... Alto y gordo, fuerte, con sólo diecinueve años, llegaría a ser una torre... Los apellidos Caeiro Carrasco eran los del padre, que ejercía las funciones de conservador del registro predial en Moura; y las de juez de la comarca en los impedimentos legales del titular. “Un burro de carga”, ¡siempre muy ocupado!... El apellido Rodrigues era el de la madre, simpatiquísima señora que tenía sus raíces en la región, con propiedades y casa en Leite de Coito. Era hermana del escritor y periodista Manuel Rodrigues, al tiempo que redactor principal del *Diário de Notícias*. Hombre viajado, autor de algunas novelas, era amigo personal de todos los califas, sultanes y hasta del rey Faruk de Egipto. Nadie conocía mejor que él todo el norte de África y el Medio Oriente. Siempre aventurero en lo que respecta a las faldas, creo que su mejor historia nunca la escribió, la suya...

Tininha, además de moderna, era toda una cinéfila. Y si por ella hubiese sido, habríamos ido a todas las sesiones del Caridad; y de la Esplanada en verano... Le encantaban las películas de Charles Boyer. Y corría a la radio siempre que Luís Piçarra cantaba. Él era natural de Moura, cantante de proyección nacional, o incluso más, codeándose con el gran tenor Tomás Alcalde. Me dejaba en la calle, en la parte de fuera de la ventana, siempre que Piçarra se oía en el firmamento... Aquello era ya una enfermedad crónica en ella.... Y yo me quedaba huérfano por unos instantes de sus cariños, y lleno de celos... Pero luego le perdonaba todo, siendo yo incluso, encima, el que la animaba con mis galanteos en los versos que improvisaba:

Natércia Dulce amor... ¿Por qué lloras?

¿No te has vestido de oro? ¿Sino de plata?

¡Pues por eso mismo te quiero más!

¡Si tu mirada es vida que me mata!

Un día vino el escritor a visitarlos, una visita rápida... Tininha se agarró al tío, pidiéndole un trabajo para el novio... Quería casarse enseguida. Un sitio que diera para eso... El tío quiso conocerme... “Date prisa que te vienes conmigo a Lisboa en el tren de la madrugada”... Dudé... “Te meto como reportero en mi periódico... Y por ahí se empieza...” Y ya no dudé... Y la madrugada siguiente nos fuimos para allá. Él era encantador, en el corto viaje de Moura a Lisboa, recorrí con él el mundo entero... “¡Ay, ¿y si yo llegara a ser un periodista así!?”...”, soñaba yo... A la llegada me llevó a comer a uno de los restaurantes de la Baixa, a uno de los más caros... Él vio la carta a través de sus cristalinas gafas y pidió arroz de caril... Me preguntó: “¿Te gusta?” Rápidamente respondí que sí, sin vacilar: “Me gusta. Me gusta mucho...” Pero luego me puse a pensar que nunca lo había comido... Con la prisa por responder debí confundir el caril con el caviar, o con el corzo... ¡qué sé yo!... “¡Que sea lo que Dios quiera! Sea lo que sea, todo lo que venga va a caer...” El camarero nos sirvió más altivo que un pavo apareándose, impecable con su chaqueta blanca, tal y como el ambiente lo requería... Fui a comer y –¡Ay, Dios del Cielo! – vino el diablo y me prendió fuego en la lengua... Aquello no era arroz... ¡Eran llamas de fuego!... Y a cada cucharada le seguía el vaso de agua... Y yo viendo al escritor sonriendo furtivamente... “¿No quieres más?, venga, sírvete otro poquitito...” “No, no...”. Yo me imaginaba, verdaderamente afligido, con la boca llena de guindillas y el estómago hinchado con tanta agua... “¡Me está bien empleado –pensaba ahora para mí– por no ser sincero!”

Mas tarde, después de la comida, él entró en seis cafés y en muchas más librerías. Entraba por unas puertas y salía por otras. Saludaba. Le saludaban. Y yo siempre corriendo detrás de él, hecho un muchacho... Finalmente, y ya a mitad de la tarde, me llevó a la redacción. Me enseñó las instalaciones, el parque gráfico y me habló de la nueva sede, que se inauguraría en poco tiempo en la parte de arriba de la Avenida da Liberdade... Y hasta quiso que viera las redomas de cristal con unos cuantos originales de Eça, de Raul Brandão, de António Nobre y otros, que iban a ser

expuestos en el atrio cuando se inaugurara... En seguida me di cuenta de que todo aquello era una gran confusión. Y tenía que recorrer todos los rincones y esquinas de Lisboa donde se produjesen navajazos, ocurriesen accidentes de coche, se derrumbase un edificio y redactarlo todo a toda prisa, sobre las rodillas, y todo esto a cambio de un sueldo de caca... Me desanimé. Y al día siguiente retomé mi sitio de escribano en Moura, como había sido acordado... Yo había ido a Lisboa a título experimental. Pero no por eso le estaba menos agradecido al tío de Tininha por habernos querido ayudar. En mi lugar de reportero se fue Urbano Carrasco.

Un día vino hasta mi mesa de trabajo, que venía del despacho de su tesorería, situada pared con pared, y donde acababa de leer el correo, el tesorero Sinfrónio. Era muy amigo mío, y venía resfregándose las manos y de forma que me daba muestras de alegría... Así fue como me señaló un posible lugar en la tesorería de Serpa, donde se había abierto una plaza. Si yo quería, él hablaría con su colega para proponerme (hoy tesorero ayudante). Con gran alborozo se lo agradecí. E incluso fue a Serpa y me consiguió la plaza, que era a la vez de la única y exclusiva responsabilidad del tesorero. Y tomé posesión el 23 de mayo de 1938.

Los municipios de Moura y Serpa, como es sabido, son limítrofes y “Pias queda en medio...” Unidos por la carretera y por tren, y contando con los conocimientos que yo tenía cuando necesitaba que me llevaran, salí para Serpa sin mirar atrás. Vendría a Moura siempre que quisiese... Dado que me había presentado a ayudante de contable, por aquel tiempo vino mi nombre en la lista, una extensa lista, del *Diário do Governo*. Eran alrededor de tres mil aspirantes para unas trescientas plazas en el trienio... Pero fui. Y mi hermano también.

En el Terreiro de Paço, a las puertas de las salas de las pruebas, hicieron la llamada... Cuando llegó mi turno, me dijo el funcionario encargado, a la vez que no me dejaba entrar: “Oh, señor, vaya por ahí” Y fui. Y en el grupo en el que me indicó ya estaba mi hermano... De dentro de la sala llegaba hasta nosotros el habla desagradable de Sá Fernández, que era el director general. Estaba peor que una avispa: “Tengan paciencia. Los señores tienen que comportarse aquí dentro como gente y no como bestias... ¿Entendido?... De lo contrario los mandaré echar fuera”. Cerrada la puerta de la sala, que era enorme, dijo el funcionario que antes había hecho la llamada para los del montón: “Mis amigos tienen más informaciones

políticas. No pueden realizar las pruebas. Pero pueden hacer reclamaciones a quien corresponda” (sic). Mi hermano y yo, lamentándonos, bajamos la escalinata enfadados... “¿Y para esto era necesario hacernos venir tan lejos, hasta Lisboa? ¿No podían habernos avisado por correo? ¿O mediante la administración, oficialmente?...” El otro decía: “Lo hacen a propósito, para crearnos mayores dificultades...” “Y para desmoralizarnos más, obligándonos a gastar dinero en vano... ¡Payasos!...” Cada uno de nosotros llevamos una reclamación al Consejo de Ministros. Nos dieron la razón, así fue, pero nada más se adelantó... Después, bajo los mismos moldes, fuimos a un concurso abierto por la Caixa Geral de Depósitos... También aquí sólo querían portugueses de primera...

¡Menos mal que yo ya había conseguido el puesto en el que estaba! Pero sólo porque el nombramiento –dígase de paso– dependía solamente de quien me nombró, que era el tesorero, y que, según la ley, “podía nombrar o despedir libremente a su personal”. Había entrado yo en el funcionariado, visto lo visto, por la puerta de atrás...” Pero enseguida, dándose cuenta sus excelencias, se apresuraron a lanzar el siguiente despacho: “En el futuro, ningún nombramiento se hará sin que previamente sea revisada por esta dirección general” (sic) Así tapaban todos los agujeros, ya que los ratones eran muchos...

Y ahora andaba yo de acá para allá, de Serpa a Moura y viceversa, siempre que el tabajo no me lo impedía. Serpa, al contrario de Moura, era un pueblo muerto. No tenía cine; y sólo un pequeño café... Calles, tenía... pero desiertas. Y tenía la impresión de que me vigilaban desde los postigos de las puertas cuando pasaba por ellas... Me hospedé en la “Pensión Central”, que era la única que existía en el pueblo, y además, para colmo, era de los padres de Ludgero, mi rival en Beja en pretender a Maria Lucinda... ¡Serpa, para mí, era el destierro! La estación de ferrocarril, que servía para Serpa y Trinches, estaba a unas dos leguas. Y yo las recorría contento, ligero, sólo porque sabía que iba a ver a Tininha... A veces las transitaba de noche, por la noche oscura, y por una carretera que daba miedo, serpenteando por entre fantasmas de alcornoques... ¡Ni el sonido de una lechuza!... Sólo el ruido de mis pasos... Y por ella regresaba de madrugada, aprovechando el transporte, lento por demás y con sacudidas, que era el de la carreta de correos... Era de ruedas de olivo, incómodo y de tracción animal, tirado por una gran mula ya

vieja... Yo al final me dormía de lo cansado que estaba, sin casi darle pali que al conductor del carro... No tardó en que las lenguas de Serpa hablasen sobre mí, preferentemente sobre los motivos de mis sacrificios. Además, yo mismo confesaba esos motivos... Sólo que habían inventado que yo estaba loco de amor, que era un enamorado como el que no había otro... Y se creó la leyenda de que yo iba a pie de Serpa a Moura, veintinueve kilómetros... Como si eso fuese posible... Y además los que decían tal cosa, sin fundamento alguno, lo juraban a pie juntillas. Tenían pruebas... Con toda seguridad...

Pero lo peor que me pudo ocurrir fue cuando el tesorero Morais, mi jefe, solicitó su transferencia a Monção, por allí por Minho... Pidió la plaza y la consiguió. Y mi dilema fue éste: o lo acompañaba como su secretario, o perdía la plaza, mi pan. Opté por el mejor de los males: por la primera alternativa. Y entre lágrimas y besos nos separamos, Tininha y yo, jurándonos amor eterno.

Salazar, aún profesor en Coimbra, acostumbraba a refugiarse por la noche, unas veces por otras, en la tesorería de la Hacienda Pública. Allí iba para profundizar en la práctica lo que bien conocía en la teoría. Eran asuntos de contribuciones e impuestos, su liquidación y cobro. El tesorero, un tal Leal Marques, tenía una capacidad sutil en esos asuntos, lo que Salazar, no menos sutil, no pasó desapercibido, y lo había notado enseguida... Y cuando fue llamado para formar gobierno, asumiendo el poder, se acordó inmediatamente de él, nombrándole su secretario. Y Leal Marques, a la vez que prestaba un buen servicio, se convirtió en uno de los hombres fuertes del régimen dictatorial hasta casi el final de la vida de ambos.

Mi padre, después de haber pedido autorización para hacer uso de ciertos documentos, algunos de naturaleza confidencial, y no habiéndolo obtenido —ni para justificarse ante sus amigos y camaradas— llamó a varias puertas, temeroso, hasta llegar a ser recibido en última instancia por Leal Marques en persona... Éste lo oyó pacientemente y rápidamente se dio cuenta de la injusticia cometida en la persona de mi padre, dejándolo muy sorprendido. Y él, Leal Marques, que era un hombre íntegro, se tomó a pecho la defensa de mi padre, bien merecedor de un desagravio. Así que lo hizo reingresar y recibir las indemnizaciones que se le debían. Y le dieron a escoger una de las secciones en las que había plazas. Optó por la Sección de Sines por ser frontera marítima, harto ya de la terrestre... Aunque después se arrepentiría...

porque además de ser nombrado administrador del municipio tuvo que ser instructor de la Legión Portuguesa, y no sólo de la de Sines, sino también de la de Santiago do Cacém... Él no esperaba tales acumulaciones. Pero no se echó para atrás en nada... Sería poner a descubierto otras ideas, e insistir en juego peligroso... Tenía que estar agradecido a Leal Marques. No era época de asumir actitudes, sobre todo con la certeza de que le iban a perjudicar... Y así empezó a comandar la compañía de Cacilhas, internamente. Él ya había comandado en tiempos pasados las de Chaves y Serpa... Formó parte de jurados y a cada paso le consultaban, conocedor que era, sobre asuntos de contencioso aduanero. Pero llegaría el tiempo de liberarse... Y pasó a la reserva. Le sonrió la vida de industrial... Armador, se convirtió en propietario de la trainera más grande de Sines, que bautizó como 'Laida', en homenaje a mi hermana Laidinha. Y luego compró otra... Y una serrería de maderas, y otra de cerámica, situadas en la Cova do Gato, junto a S. Torpes... Y además, en Sines, un pequeño almacén de artículos relacionados con el mar, destacando las redes de pesca... Como militar, bien merecería la condecoración de 'Cavaleiro da Orden de Avis'. Y como civil, bien merecía ahora la prosperidad de la que gozaba.

También por entonces, mi hermano consiguió ingresar en la Caixa Geral de Depósitos como aspirante. Ya habían nombrado a muchos que estaban en la lista después de él... Él fue personalmente a averiguar las razones de esta omisión... "Usted no es legionario". Así que él corrió a inscribirse en la Legión Portuguesa y enseguida fue despachado. Lo colocaron en Lisboa, en la "Tumba"... Para los funcionarios era la "Tumba" la planta baja de la sucursal de la Rua do Ouro.

Guardé durante muchos años el traje de tela vaquera azul que había llevado puesto en todo aquel tiempo de las aventuras de Barrancos... Pero el mono, así como la capa de estudiante, se fue deshaciendo poco a poco, con el pasar de los años, en el fondo de mi baúl de cuero adornado con tachuelas de cobre, y que había sido del ajuar de mi madre... Tenía hasta sus iniciales: A.A. (Ana Augusta). La capa y el traje, no pudiéndolos conservar por más tiempo, dado que ya estaban deshechos y roídos por

las polillas, los sacaría unos diez años más tarde, llorando... ¡Me quedaban tan bien!...

IV

RELACIONES SOCIALES, PODERES Y RESISTENCIAS

1. La familia en las memorias de Gentil de Valadares

“So burro, ¿tú no sabes que Camões murió en la miseria?”

(Teniente Seixas, citado por Gentil de Valadares)

1.1. El lugar de confianza y de entrega

En las memorias de Gentil de Valadares, las relaciones familiares constituyen una importante referencia, no sólo porque evidencian el compartir de valores y sentimientos, personalizados en la figura de su padre, sino también porque reflejan su proceso de aprendizaje y de socialización como individuo.

La familia representa una institución social cargada de un conjunto de valores, de normas y de prácticas, compartidos por un cierto número de individuos, revelándose en una multiplicidad de formas de acuerdo con su composición o su modo de constitución y su sistema de afiliación. Además, los intentos de definición y clasificación de la *familia* son a veces insuficientes para interpretar la diversidad de estrategias producidas atendiendo a su continuidad y reproducción social. Para Pierre Bourdieu, las familias son sobre todo cuerpos animados, por una tendencia “que es el origen de las estrategias de reproducción, estrategias de fecundidad, estrategias matrimoniales, estrategias sucesorias, estrategias económicas y , finalmente, y sobre todo, estrategias educativas” (Bourdieu, 2001: 21). Además, debemos considerar los diversos significados que sus elementos le atribuyen como lugar simbólico de compartir valores, saberes y afectos, y comprender la multiplicidad de relaciones que producen.

El concepto de *familia* para Gentil de Valadares representa un conjunto de personas unidas por lazos de consanguinidad, que comparten simbólicamente los mismos

valores, distribuidas por diversas casas, aunque la *familia nuclear*, constituida por sus padres y hermanos, hubiera representado, hasta la muerte de su madre, el modelo social predominante. La ruptura en el grupo familiar se revela particularmente traumática para Gentil y su hermano Amável que, todavía niños, pasan a vivir separados, circulando los dos por las casas de sus abuelos como estrategia familiar adoptada por su padre, para así asegurarles las mejores condiciones de educación.

Las estrategias familiares preestablecidas por el teniente Seixas serán extensibles a todos los hijos que, independientemente de sus circunstancias específicas, construirán sus trayectos de vida circulando entre grupos familiares e instituciones educativas. Paralelamente, la carrera militar del teniente Seixas exigió siempre una permanente movilidad y adaptación de su grupo familiar a las circunstancias profesionales. Por eso consideramos que el análisis de las relaciones familiares es indisoluble de su trayecto profesional, determinando y justificando las redes de relaciones sociales y las estrategias familiares adoptadas.

Cuando Gentil de Valadares nació en Chaves, en 1916, su padre concluye el examen de habilitación para sargento segundo, integrado en la 4ª Compañía del Tercer Batallón del Regimiento de Infantería nº 19, donde desempeñó, entre 1918 y 1919, el cargo de comandante interino de la Guardia Fiscal de la Sección de Valença do Minho. Y, a partir de febrero de 1919, fue también comandante interino de la sección de Chaves⁴³.

⁴³ Archivo del Mando General de la Guardia Fiscal. Proc. Individual nº 15. 190. Notas Biográficas como Oficial: António Augusto de Seixas nació en Montalegre, provincia de Vila Real, el 29 de septiembre de 1891, hijo de Manuel Joaquim y de Maria dos Dolores Seixas. Se incorporó como recluta del 3º Batallón del Regimiento de Infantería Nº 19, el 15 de mayo de 1912. Fue ascendido a alférez del Cuerpo Especial de la Guardia Fiscal el 26 de abril de 1924. Ascendido a teniente el 1 de abril de 1928. Se casó con Ana Augusta Sousa Valadares, de la que tuvo dos hijos nacidos en Chaves: Amável Manuel Joaquim Valadares de Araújo, nacido el 13 de junio de 1914, y Gentil Maria das Dolores Valadares Seixas el 25 de febrero de 1916. Enviudó en 1923 y se casa en segundas nupcias, el 22 de marzo de 1924, con Esmeralda Jorge de Sousa Alves, de la que tuvo tres hijos: Esmeralda Adelaida Jorge Alves de Seixas, nacida en Chaves el 9 de enero de 1926, Maria Antonia Jorge Alves de Seixas, nacida en Gêres el 12 de enero de 1923, y António Rafael Alves de Seixas, nacido en Safara el 13 de julio de 1934. Fue comandante de la Guardia Fiscal en las siguientes secciones: Freixo de Espada à Cinta 1924, Chaves 1927, transferido a la sección de Gerez en 1930 por conveniencia del servicio. Transferido por motivo disciplinar a la sección de Safara en 1932. Pasó a estar de fuera de servicio el 6 de Noviembre de 1936 por motivo disciplinar. Fue reingresado en enero de 1938 y colocado en el Mando de la sección de la Guardia Fiscal de Sines. Pasó a la reserva, por límite de edad, el 16 de octubre de 1939. Falleció en Lisboa el 28 de octubre de 1958.

En 1923, Gentil de Valadares y su hermano Amável Valadares d'Araújo sufren la pérdida irreparable de su madre, Ana Augusta Sousa Valadares, como testimonia Gentil en varios momentos de sus *Memórias*, quedando bajo el cuidado del abuelo paterno y de la tía Ermelinda, su madrina de bautismo.

Yo era libre, mi abuelo no me llamaba nunca. Mi madrina me llamaba demasiado. (...) Ella iba todos los días a misa, los domingos eran tres misas, y daba órdenes a la criada, venía mi abuelo a comer y la insultaba... (...) Ella estaba ganando indulgencias para subir al cielo. Todos los años iba a Lourdes y a Fátima, y hasta acabó yendo a Roma. (...) Yo dormía con ella hasta esa edad. Por la mañana, los domingos: “¡Venga chico, vamos, vamos!”, y yo muerto de sueño, todavía de noche, tenía que arreglarme para ir con ella. Me quedaba a su lado en la iglesia, todo encorbatado, con un trajecito nuevo, de pie, y ella de rodillas. Yo soportaba aquello. Cuando yo tenía ocho años ya me confesaba, y hasta tenía miedo del cura, que tenía unos labios aún más grandes que los míos. (Gentil)

La *familia* de Valadares estaba repartida por varias casas y por un grupo de personas cuyas estrategias familiares intentaban superar las vicisitudes de la vida, perpetuando la *familia* como ser social en todos sus privilegios, “como el lugar de confianza y de dádiva, por oposición al mercado y al cambio por el cambio, (...) el lugar donde se suspende el interés en el sentido estrecho del término, es decir, la búsqueda de la equivalencia de los cambios” (Bourdieu, 2001: 94).

En marzo de 1924, el padre se casa en segundas nupcias con Esmeralda Jorge de Sousa Alves, prima de la primera mujer, intentando restablecer el equilibrio emocional y el modelo de *familia nuclear*. Gentil confiesa que fueron tratados como hijos suyos, realzando los aspectos materiales relacionados con los cuidados en el vestuario y en la alimentación, aunque los lazos de afinidad permanecieran ausentes, justificados por alguna contrariedad en aceptar a Esmeralda en “el lugar de su madre”.

Mientras no habían nacido las hijas, nosotros éramos hijos de ella. Mi hermano y yo vestíamos bien e iguales; llegaron sus hijos y ya no vestíamos tan bien. Un día en Oporto (...) debajo de unos tilos donde yo armaba las pajareras, ella se volvió hacia mi hermano, que estaba jugando: “¡Chicos, aquí hay una fuente de fríjoles que hay que arreglar para la cena!” (...) “¡Eso es cosa de mujeres!”, respondimos nosotros, y no obedecimos. Por la noche, cuando llegó mi padre, ella se lo contó. (...) Agarró el cinturón con aquellas hebillas, y nos dio a uno y a otro, parecía que nos quería matar. (...) Pero ella no era mala mujer. (Gentil)

La relación afectiva entre Esmeralda y los dos hermanos nunca se construyó, sólo llegaron a reconocerla como “prima”, “mujer del padre”, “madrastra”, y a la primera señal de conflicto los jóvenes se revelaban, alegando la ausencia de los lazos consanguíneos: “¡Se nota que no eres mi madre!”, escribió Gentil a propósito de su visita al dentista. Como consecuencia, el conflicto se extendía, exigiendo la intervención del padre para restablecer la autoridad familiar, recurriendo, según la narración de ambos hermanos, a la coacción física.

Era un buen padre, pero nos castigaba cuando nos comportábamos mal. Una vez, a un hermano más pequeño que yo [Gentil] le dio una gran paliza, y yo lo vi... Pero eso era en parte debido... mi padre se había casado por segunda vez, porque enviudó, nuestra madre murió, y entonces la madrastra aprovechaba para acusarnos, para hacer acusaciones a mi padre, por cualquier cosa, y entonces mi padre nos castigaba. (Amável)

El hecho de que los dos jóvenes, después de la muerte de la madre, hubiesen sido integrados en una red de parentesco que abarcaba abuelos y tíos, contribuyó al alejamiento e inestabilidad en las relaciones afectivas con Esmeralda, sobre todo después del nacimiento de sus hijas. En el grupo familiar se generaba una relación conflictiva, en la que en un extremo estaba el amor filial incondicional por el padre y en el otro un distanciamiento afectivo con Esmeralda. La construcción de la red social primaria que los jóvenes fueron fabricando entre los más cercanos, entre familiares y amigos, fue simultáneamente debilitando las relaciones con Esmeralda y

fortaleciendo una relación de sumisión con el padre, forjada entre las ausencias y los reencuentros.

Para nuestro padre nosotros éramos, por así decirlo, subalternos; aceptábamos todo lo que nuestro padre nos decía y no le replicábamos por nada. (Amável)

En abril de 1924, el padre fue ascendido a alférez del cuerpo especial de la Guardia Fiscal, desempeñando el cargo de comandante de la Sección de Freixo de Espada à Cinta, donde permanecería hasta 1927. En aquella época, los comandantes de las secciones tenían residencia fija en el cuartel de su área de mando, así que el cuartel de la Guardia Fiscal de Feixo de Espada à Cinta pasó a representar la *casa* durante los años en que Gentil y Amável asistían a la escuela primaria, y donde en enero de 1926 nació la primera hija del matrimonio, Esmeralda Adelaide.

La historia de la familia Seixas representa mucho más que la cronología de una trayectoria, marcada por fechas y acontecimientos registrados en documentos oficiales. Como defiende Bourdieu, sobre las historias de vida, sólo podemos comprender una trayectoria si previamente hemos construido los estados sucesivos del campo social en que se desarrolló, y esto significa “el conjunto de relaciones objetivas que habían unido los agentes considerados en el conjunto de otros agentes, o sea, la interacción construida en el campo social” (Bourdieu, 2001: 59). Por eso son las relaciones sociales las que prevalecen en las memorias, entrelazadas en el espacio y en el tiempo de la acción recordada.

Recuerdo haber estado en Mafra cuando tenía tres años, después estuve en Valença do Minho, mi padre era por entonces sargento (...) Después estuve en Oporto, después en Freixo de Espada à Cinta, y fue en allí donde comencé a ir a la escuela primaria. Conocí a Guerra Junqueiro en 1923, mi compañero de pupitre era un sobrino suyo, que después del 25 de abril fue Gobernador Civil en Bragança. (Gentil)

La evocación de figuras reconocidas socialmente es una constante en las narraciones de Gentil y de su hermana Esmeralda Adelaide, contribuyendo a ese hecho la

posición social de la familia paterna y materna, adinerados propietarios rurales y comerciantes de Chaves, ligados por lazos de amistad a una extensa red social que entrelazaba funcionarios administrativos de categoría, autoridades civiles y militares. Incluso, en 1926, y tras varias quejas de autoridades civiles junto al Mando de la Guardia Fiscal, el alférez Seixas fue sometido a un proceso de investigación, posteriormente archivado. Según el despacho oficial de la 2ª Sección de la Administración Superior del Mando de la Guardia Fiscal, las acusaciones fueron insubsistentes y tendenciosas, revelando alguna falta de ponderación y prudencia en sus relaciones con las autoridades civiles.

Se sabe más concretamente que el mismo comandante autorizó por memorando, sin fundamento legal, la travesía de la frontera a españoles indocumentados para hacer uso de aguas sulfurosas, aunque al asumir el mando de la sección ya estuviese en práctica desde hace mucho este mal precedente.⁴⁴

En marzo de 1927, Seixas asume el mando de la Sección de Chaves. Un año después recibirá su primera mención de honor, por haber “desarrollado gran actividad y mostrado gran celo y dedicación al servicio a su cargo, especialmente por la represión al contrabando en el área a su mando”⁴⁵. A lo largo de su acción será ascendido a teniente, en abril de 1928. En Julio de 1930, será nuevamente honrado “por el notable celo y gran dedicación al servicio en el Mando de la Sección de Chaves, donde viene ejerciendo una actividad fiscal digna de mención, comprobada una vez más en la importante aprehensión que ha llevado a efecto en mayo del corriente año”.⁴⁶

Tras terminar la escuela primaria, Amável y Gentil fueron obligados a cambiar la casa paterna en Freixo de Espada à Cinta por la casa del abuelo paterno, con el objetivo de ir al liceo de Chaves, donde fueron compañeros de pupitre.

⁴⁴ Archivo del Mando General de la Guardia Fiscal. Proc. Individual nº. 15.190. Despacho Oficial de la 2ª Sección de la Administración Superior del Mando de la Guardia Fiscal del 30 de septiembre de 1926.

⁴⁵ Archivo del mando general de la Guardia Fiscal. Proc. Individual nº 15.190. Registro de Matrícula. Premios, Condecoraciones y Menciones de Honor.

⁴⁶ Idem.

Cuando fuimos al liceo fuimos juntos, a pesar de que mi hermano era mayor que yo diecisiete meses. Ya en el primer año mi hermano suspendió y yo aprobé, así que mi padre tuvo un gran disgusto, y lo metió en un colegio de curas en Braga. (Gentil)

La educación de los hijos siempre constituyó una prioridad para el padre, como nos describe Gentil de Valadares, justificando que, debido al fracaso escolar de Amável, la decisión del padre fue la de internarlo en el Colegio Franciscano Montariol de Braga, aconsejado por el director del liceo, de quien era amigo. Por otro lado, debido a la actividad profesional del teniente Seixas, la familia fue permanentemente adaptándose a nuevos espacios de sociabilidad, construyendo nuevas relaciones sociales en diferentes lugares, manteniendo sobre todo un denominador común: las relaciones institucionales resultantes de su papel de funcionario público y representante de la autoridad.

1.2. La red social en la frontera

La Guardia Fiscal poseía una gran importancia en comunidades fronterizas como representante del poder central, junto al poder local, por la acción fiscalizadora en la circulación de bienes y personas, y como instrumento de una política pragmática que visaba la obtención de beneficios, defendiendo sobre el terreno los intereses de la Hacienda Pública (Cunha, 2006: 173-174). Los comandantes de la sección, responsables de la dirección y supervisión de un conjunto de puestos mandados por sargentos o cabos, integraban una red social de ambos lados de la frontera, constituida por profesionales y funcionarios de instituciones públicas o privadas y por organizaciones civiles y militares que proporcionaban orientaciones e informaciones. El concepto de red social, como instrumento de análisis, permite la reconstrucción de los procesos de interacción de los individuos y de sus filiaciones a grupos sociales. Los procesos estructurantes de las redes sociales tienen como origen las interacciones sociales establecidas cotidianamente por los individuos, o sea, la estructura de sociabilidades presente en cada individuo como ser social, permitiendo

la identificación de los individuos en una estructura social y sus potencialidades interactivas (Barnes, 1987).

La frontera, entendida como un lugar de múltiples poderes, es dirigida por los representantes del poder central y por los representantes del poder local, tanto de forma convergente como de forma divergente, según los intereses de los grupos. Por eso, en marzo de 1930, el teniente Seixas fue sujeto a un nuevo proceso de investigación, iniciado por el alcalde del ayuntamiento de Chaves y otras personalidades locales, junto al Mando General de la Guardia Fiscal. Este proceso, según el análisis de su contenido, se debió a un “exceso de celo” ante situaciones de contrabando que involucraba a “personalidades locales”, volviéndolo objetivo de intrigas y siendo acusado de “enemigo de la situación”.

Del informe del mayor Luís do Nascimento Dias, oficial responsable de las respectivas investigaciones, seleccionamos el siguiente párrafo, que nos da una idea de la red social que envuelve a diferentes grupos en la práctica de contrabando:

.... Pensamos que en este contrabando aristócrata participan muchas veces personas de alta categoría social y hasta entidades militares, que cuando no ellos mismos, sí sus familias y amigos; si todo esto se pesara y midiera dando por seguro que así sucede tanto en Chaves como en cualquier otra población de la frontera, llegaremos fácilmente a comprender la razón de ciertas persecuciones que afectan a los comandantes del área fiscal respectiva y sobre todo cuando ellos son del temple del oficial investigado, inexorable con cualquiera, sea de gran importancia o no en la zona, amigo o enemigo de la situación... (...) ¿Enemigo de la Situación? El militar que cumple con celo las funciones de su cargo es, necesariamente, amigo de la actual situación que de él no exige, a través de sus elementos estrictamente militares, otra cosa que no sea el exacto cumplimiento de sus deberes. (...) Perseguir, transferir, castigar sin otros fundamentos más sólidos y más consistentes son procedimientos antiguos

que caducaron por lo mucho que de ellos se abusó y fueron, posiblemente, la mayor causa del movimiento de reacción que el mismo Ejército adoptó.⁴⁷

A pesar de la mención de honor recibida por el Mando General de la Guardia Fiscal, en julio de 1930, el teniente Seixas sería trasladado del mando de la sección de Chaves al mando de la sección de Gerês, en septiembre de 1930, por “conveniencias de servicio”. En el texto de este informe podemos igualmente identificar señales de inestabilidad en los organismos militares y de conflictos internos resultantes de la fragilidad del nuevo régimen, nacido del golpe militar del 28 de mayo de 1926.

La coyuntura política de la época era propicia a la identificación de individuos cuya conducta pudiese parecer contraria al “nuevo orden”. El propio proceso de reestructuración de los organismos estatales, que estaba en curso desde 1928, tenía como principal objetivo crear un cuerpo social de individuos fieles, excluyendo, por medio de reformas administrativas, a organismos y elementos republicanos. A pesar de que António Oliveira Salazar nunca hubiese cuestionado la República, trazó como objetivo el establecer un nacionalismo político, económico y social, eliminando organizaciones y fuerzas políticas tanto de la izquierda como de la derecha, creando un sistema monopartidista, la Unión Nacional. Pretendía de esta forma crear un Estado fuerte, capaz de contener e impedir conflictos de intereses políticos y sociales, defensor de la moral, de la ética y del derecho, en una visión organicista de la sociedad, reduciendo a los individuos a una única voluntad, a un todo colectivo, la voluntad de la Nación, vinculada a un único principio: “Nada contra la Nación, todo por la Nación”.

En 1931, con la implantación de la II República en España, António Oliveira Salazar puso en marcha los mecanismos de represión y consolidación del Estado Nuevo ante “el peligro español”. La reorganización de la Policía de Vigilancia y Defensa del Estado Nuevo (PVDE), a cargo del capitán Agostinho Lourenço, representó una de las prioridades del régimen, concentrando todas las funciones de prevención y represión de crímenes políticos en un mismo organismo policial, dependiente del

⁴⁷ Archivo de Mando General de la Guardia Fiscal. Proc. Individual nº 15.190. Informe dactilografiado de 4 pp. del jefe de la 2.ª Administración del Mando General de la Guardia Fiscal, mayor Luís do Nascimento Dias, del 16 de marzo de 1930, pp. 3-4.

Ministerio de Interior. La sección Internacional define su función de Policía Política, ampliando la red de delegaciones y de puestos en zonas de frontera. La colaboración con otras policías, “concretamente en lo que concierne a las fronteras, con la Guardia Fiscal, pero también con la PSP y con la GNR, constituyó siempre un imperativo para la PVDE” (Ribeiro, 1995:90). En este contexto, además de las relaciones sociales construidas en las comunidades, los comandantes de las secciones de la Guardia Fiscal se integraban en una red social de organismos administrativos y coercitivos, bajo la tutela del Ministerio de Hacienda, siendo imperiosa la constitución y mantenimiento de relaciones de amistad y de cooperación entre los diferentes organismos del Estado.

El traslado a Gerês, “por conveniencia de servicio”, según consta en el proceso individual del teniente Seixas, fue recibida de diferente forma en el grupo familiar, según narra Gentil en sus memorias y Amável en su testimonio:

Fue trasladado porque tuvo enemigos que habían hecho acusaciones (...) Mi padre andaba metido en la fiscalización de las fronteras y era muy riguroso con eso, y como estaba destapando una gran “exageración”, levantaron contra él esa acusación, y se fue para Gerês. (Amável)

En enero de 1932, nace en Gerês la segunda hija del matrimonio, Maria Antónia, y, en marzo de 1932, el teniente Seixas es nuevamente trasladado “por motivo disciplinar”, de la sección de Gerês al Batallón nº 2 de la Guardia Fiscal de la sección de Safara. Su proceso individual refiere, como motivo de la penalización, la emisión de un salvoconducto autorizando la libre circulación de españoles por la frontera, que se desplazaban con asiduidad a Portugal para tratamientos termales. Sobre esta práctica, anteriormente mencionada en el proceso de 1926, ya había sido reprendido por haber sobrepasado sus competencias, y la reincidencia, con toda seguridad, no agradó a sus superiores.⁴⁸ Por otro lado, y ante la nueva coyuntura política en ambos lados de la frontera, esta iniciativa personal del teniente Seixas va igualmente contra las competencias de la Policía Internacional, sobre la que, desde 1928, recae la

⁴⁸ Archivo del Mando General de la Guardia Fiscal. Proceso Individual nº 15.190. Registro de Matrícula. Notas Biográficas como Oficial.

circulación y control de personas, quedando la Guardia Fiscal restringida a la circulación de bienes.

1.3. La memoria como patrimonio familiar

En Safara, la familia, oriunda de Trás-os-Montes, reconstruye una nueva red de relaciones sociales, asentada en el marco de las relaciones administrativas, así como en lo cotidiano que cada uno de los miembros de la familia va construyendo. El pueblo y el cuartel de la Guardia Fiscal que les sirvió de *casa* aún permanece en la memoria de Valadares.

Safara era una gran aldea, calles pombalinas⁴⁹, porque de hecho son anchas. Tiene una avenida grande y al principio tiene una bonita iglesia. Allí hice muchos amigos, ellos cazaban, yo también cazaba. Y en la aldea toda la gente era muy simpática. Yo vivía en el cuartel de la Guardia Fiscal. El cuartel de la Guardia Fiscal tenía una parte para los soldados y tenía una residencia, para más señas muy buena. (...) Tenía entrada por una avenida y una entrada por otra calle, tenía jardín, tenía una gran plaza dentro del mismo cuartel, con garaje para el coche, caballerizas, tenía dos caballos, uno destinado a mi padre y otro para el ordenanza. (...) Yo era un gran jinete, porque en Chaves, además de Cazadores 3, estaba el Regimiento de Caballería 19, y los hijos de los oficiales que estaban en el liceo tenían derecho a equitación. (...) Mi hermano y yo hacíamos vida un poco como los guardias fiscales, jugando a las damas, a las cartas, paseos, cazando. (Gentil)

En junio de 1934, el teniente Seixas recibe una nueva mención honorífica “por el celo y notable cuidado que dedica a todos los asuntos de la sección que manda”. En

⁴⁹ Referente al Marqués de Pombal (1699-1782), Ministro portugués durante el reinado de José I. Inspirado en la filosofía de la Ilustración, fue el encargado de la reconstrucción de Lisboa tras el terremoto de 1755. (N. de la T.).

julio del mismo año es padre, por quinta vez, de António Rafael, apadrinado por Rafael de Brito, respetable propietario de Safara.

En Safara estaba el matrimonio, mi hermano y yo del primer matrimonio y dos niñas, más tarde apareció un niño más. Estábamos unidos a tres o cuatro familias, las mejores familias de allí. Una de ellas hasta apadrinó a un hermano mío, que ya no existe. (Gentil).

Fue en Safara donde Esmeralda Adelaide asistió a la escuela primaria y donde construyó sus relaciones de amistad, recordando todavía el nombre de la profesora de origen español, María Escoval Lopes Romero, y el examen de 4º, realizado en Moura. De la casa, en el cuartel de Safara, recuerda el jardín donde su hermano Gentil, junto al pozo, pasaba tardes escribiendo contrariando la voluntad del padre. Gentil aún recuerda un día en el que su padre lo sorprendió, dándole una palmada en la cabeza diciéndole: So burro, ¿tú no sabes que Camões murió en la miseria? A pesar de que el padre no apreciaba esa inclinación por las letras, por considerarla con poco futuro, le regaló uno de esos trabajos al comandante del Batallón nº 3, responsable de su último destino, con la cubierta azul, del agrado del comandante que era monárquico. El libro *Viaje al Alentejo* contaba con amargura la salida de la familia de Gerês hacia el sur, “adonde mi padre fue despóticamente destinado”, así escribía Gentil de Valadares. De ese tiempo, Esmeralda Adelaide recuerda lo que le gustaba oír a su hermano recitar poesía en voz alta.

Él iba a Safara, se encerraba en su cuarto y hablaba y hablaba, construyendo los poemas que todavía sonaban mejor en voz alta. (Esmeralda Adelaide)

Esmeralda Adelaide recuerda a su hermano Gentil como un poeta, un soñador rebelde y aventurero, y a la vez descuidado con su apariencia, al contrario que Amável, muy cuidadoso y delicado, “un caballero que besaba las manos a las señoras”. Gentil, enamorado de la vida y de las chicas, rompió un día su capa negra de estudiante, para disgusto y rechazo del padre, pidiéndole a sus compañeros que la tiñesen cada una de su color. Esa capa y el traje de tela vaquera azul fue lo que Gentil

guardó durante años en el viejo baúl del ajuar de su madre, y aunque las polillas los deshicieron, todavía los conserva en la memoria

Los dos hermanos tenían una admiración incondicional por el padre, acompañándolo en sus patrullas rutinarias: “Éramos como sus subalternos”, nos comentó Amável en sus recuerdos de Safara. La colaboración entre padre e hijo aparece incluso documentada en el informe del teniente Seixas del 19 de octubre de 1936, al describir su empeño en el transporte de los refugiados españoles de Barrancos a Moura.

En seguida fui a enterarme sobre las camionetas. El propietario estaba en Moura, con una de ellas. Le telefoneé para que volviese inmediatamente a Safara, donde yo le esperaba. Cuando llegó, le dije que sus dos camionetas tenían que salir ya hacia Barrancos. Pero faltaba conductor para una. A esto le respondí que yo mismo la conduciría, como así hice. En compañía de un hijo mío fui a Barrancos.⁵⁰

Amável ya no se acordaba de este suceso, aunque recordaba las pericias de cómo salía por la noche con el coche del padre sin que éste se diese cuenta. Tanto Gentil como Amável conservan al progenitor en la memoria como un hombre austero, de fuerte personalidad, decidido y celoso en el desempeño de sus funciones profesionales. Pero, asociada a una relación paternal marcada por la severidad, emana un áurea de adoración, de lo cual Ana Laura, hija de Amável, da testimonio de esta manera:

Incluso a su alrededor había una cierta áurea de austeridad, de algún sufrimiento que los hijos mayores habían tenido a causa de su segundo matrimonio, de algún abandono de los hijos por su parte, pero muy contrarrestado con el amor total y verdadero que los hijos sentían por él, total devoción, incluso adoración. Cuando mi abuelo estuvo enfermo, mi padre se pasaba los días, durante todo el tiempo, en el hospital, y era una adoración sin

⁵⁰ Archivo Histórico Militar. 1ª División, 38.ª Sección. Caja 63-2. Ministerio de la Guerra, correspondencia referente a la Guerra Civil de España. Procesos privados de la Administración del Gabinete del Ministerio del Ejército. Informe del teniente Seixas, del 19 de octubre de 1936. Investigación p.173

límites. (...) Mi padre decía que mi abuelo sabía hacer de todo con las manos, sabía arreglar todo, sabía hacer juguetes, sabía trabajar la madera, era un excelente jinete, sabía arreglar toda la electricidad de una casa, lo sabía todo, era un hombre inteligente, curioso y activo. (Ana Laura)

En su narración, Ana Laura evoca, con ternura, la austera personalidad y los valores morales protagonizados por el abuelo, atributos esenciales a la imagen que la familia completa conserva. Recordó también una carta que el abuelo le escribió cuando ella apenas tenía siete años de edad:

Me explicaba cuál era su enfermedad, los problemas que tenía, en un tono, en una caligrafía lindísima, un estilo muy depurado, muy tranquilo, una cierta severidad y aquello me fascinaba un poco; yo sentía cierta satisfacción por mi abuelo, pero también provocado por el romanticismo de aquel proceso; muchísimo. Mi abuelo como alguien que se había opuesto y había corrido riesgos, pero que al mismo tiempo era un hombre fuerte, porque él, después, consiguió crear una empresa, convertirse en armador, ser rico; esto era admirable. Yo ya conocí a mi abuelo así, ya no era militar. Era una figura distante, fría, pero muy fascinante, y no era para mí, una niña, nada amedrentadora, todo lo contrario. (Ana Laura)

En 1936, tras el inicio de la sublevación militar en España, el teniente Seixas solicita el refuerzo de tropas para la zona de la frontera, sin dejar atrás la compañía de sus hijos.

Cuando fue la guerra de España, mi hermano y yo hacíamos de asistente y ordenanza. Ellos estaban en el cuartel, y mi hermano y yo, que andábamos entonces por los veinte años, lo acompañábamos en el coche a muchísimos lados. Aquello era un mar de encinares, hasta donde alcanzaba la vista, y por entonces vivíamos así, durmiendo dentro del automóvil. Mi padre en el asiento de atrás y mi hermano y yo en los de delante. Nosotros no abandonábamos a nuestro padre y él se sentía cómodo así, con sus hijos a su lado. Y por la noche,

cuando nos íbamos al coche, él ponía la pistola en la guantera: “¡Esto es sólo para usar en caso de legítima defensa!” (Gentil)

Los primeros meses de la sublevación militar en España representaron para Amável y Gentil una experiencia de vida inolvidable, marcada por el miedo, por la violencia y por la visión traumática de una realidad nunca imaginada. En el centro de todas las operaciones, que marcaría el posicionamiento oficial portugués, convivieron con la angustia de los refugiados y con las inquietudes del padre, cumpliendo órdenes a veces contrarias a las de su formación de hombre y de militar. La hermana Esmeralda Adelaide, tenía sólo diez años de edad, pero todavía recuerda el sonido de la artillería y las lágrimas de su madre.

Mi madre lloraba por su marido, que no sabía si tenía o no. (Esmeralda Adelaide)

Según los informes del teniente Seixas, durante los meses de agosto, septiembre y octubre, fueron muchas las noches en las que durmió en el puesto de Barrancos, en el puesto de las Russianas y dentro del coche en mitad del campo, como da testimonio de ello Gentil de Valadares.⁵¹ De ahí la preocupación de su mujer, que recibía informaciones sobre el desarrollo de los acontecimientos por su amiga D^a. Elisa, jefa de Correos de Safara, también citada por Gentil de Valadares. A través de los mensajes confidenciales recibidos por telégrafo, D^a. Elisa se mantenía informada e iba informando sobre los incidentes de la frontera, mandando muchas veces a su criada a llamar a la mujer del teniente Seixas, para avisarla sobre asuntos relacionados con su marido. Este hecho da testimonio de cómo las relaciones sociales construidas en la comunidad se sobreponía al carácter confidencial de los mensajes, reforzando y consolidando complicidades locales que prevalecerán sobre los modelos hegemónicos del poder.

⁵¹ Archivo Histórico Militar. 1^a División, 38.^a Sección. Caja 63-2. Ministerio de la Guerra, correspondencia referente a la Guerra Civil de España. Procesos privados de la Administración del Gabinete del Ministerio del Ejército. Informe del teniente António Augusto de Seixas, del 16 de octubre de 1936 y 19 de octubre de 1936.

A lo largo de su actuación como comandante de las operaciones técnicas de vigilancia de la frontera, el teniente Seixas será blanco de un auto de investigaciones de sus responsabilidades sobre el elevado número de refugiados españoles concentrados en la raya portuguesa. En noviembre de 1936 será penalizado por orden de Su Excelencia el Señor Ministro de Hacienda, António de Oliveira Salazar.

“Porque, a pesar de tener conocimiento de las órdenes dadas por el subsecretario de Estado de la Guerra, por el Comandante de la 4ª Región Militar y por su Comandante General con respecto a no ser permitida la entrada de refugiados españoles en Portugal, consintió que, junto a la Choça do Sardinheiro y en un sector de la frontera de cuya defensa y vigilancia estaba exclusivamente encargado, se reuniesen algunos centenares de individuos de nacionalidad española, no dando conocimiento de los hechos a instancias superiores y organizando, a espaldas de las autoridades militares y sin conocimiento del Gobierno, una especie de campo de concentración de refugiados; habiendo sido iniciada la concentración de españoles en la Choça do Sardinheiro el 21 de septiembre, mantuvo a las autoridades militares y policiales engañadas sobre la importancia de esa concentración, sirviéndose para ello de evasivas o de informaciones incompletas o inexactas. Consiguió que un oficial del batallón de Cazadores 4, que en el cumplimiento de sus deberes, se proponía hacer salir del territorio nacional a los españoles concentrados en la Choça do Sardinheiro, desistiese de sus propósitos ante la información dada por él de que el hecho era ya de conocimiento y beneplácito de la Policía de Vigilancia y Defensa del Estado, cuando sólo tenía al corriente a esa Policía de la existencia de apenas 17 españoles refugiados.

Sucedió el 7 de octubre, cuando fue requerido y ya no pudo esconder más a las autoridades militares la existencia de 180 españoles en el lugar indicado, cuando el número realmente existente era muy superior. Hechos de esta naturaleza, además de redundar en perjuicio material y moral para el Estado, que para satisfacción de los compromisos adquiridos tomó por su cuenta el transporte de esos españoles al puerto español de Tarragona, constituyen

infracciones de los n° 1º,2º,3º, 56º, 61º y 62º del artículo 5º de Reglamento Disciplinar de la Guardia Fiscal”.⁵²

Las consecuencias de este proceso han permanecido en la memoria de los descendientes del teniente Seixas como tema de discusión a lo largo de los años, señalando una penalización considerada injusta en términos profesionales, que provocaron problemas económicos así como el abandono del puesto de la Guardia Fiscal donde vivían, lo que exige nuevas estrategias familiares. Esmeralda Adelaide irá a vivir a la casa de los abuelos maternos en Chaves, continuando sus estudios en la Escuela Industrial Dr. Júlio Martins. Los recuerdos sobre la casa de los abuelos, donde abundaban los afectos y los cariños, están asociados “a los mejores años de su infancia y juventud”. El poder económico de los abuelos satisfacía todas sus necesidades materiales, contribuyendo simultáneamente a su formación cultural a través de las relaciones de amistad. A veces, regresar a casa de los padres en Sines para pasar las vacaciones de verano, representaba un motivo de tristeza, por el enfrentamiento con otra realidad social y la austeridad de su padre.

Las consecuencias indirectas del “proceso” del teniente Seixas propician igualmente la evocación de las dificultades con las que los hijos se topaban cuando solicitaban empleos en la administración pública, según narra Maria Adelaide, esposa de Amável:

Más tarde, cuando los hijos se presentaban a empleos públicos, “¡esos no entran!”. Tanto era así que mi marido se hizo Legionario por aquella época, únicamente para demostrar que no tenían nada en contra, eran muchachos, y si no se quedaban sin empleo, no sabían lo que les ocurriría. (Maria Adelaide)

La red de relaciones sociales del teniente Seixas permitió su reingreso en la Guardia Fiscal, así como la colocación de los dos hijos en organismos de la administración pública, confirmando una frase que Esmeralda Adelaide recuerda de su padre: “antes prefiero tener amigos que dinero”. Pero “el proceso” fue tema de discusión a lo largo

⁵² Archivo del Mando General de la Guardia Fiscal. Proc. Individual n° 15.190. Registro de matrícula. Registro disciplinar de penas impuestas por sentencias de los tribunales.

de generaciones y patrimonio de la memoria colectiva de la familia, según cuenta Ana Laura:

Mis recuerdos son de hecho que mi abuelo había sufrido un proceso que le había acortado la carrera, que había sido demoledor para él a nivel personal, que había sido una gran injusticia e incluso desproporcionado, de hecho. Que él era un oficial absolutamente riguroso y celoso al máximo, y que, por tanto, con él se había producido una gran injusticia. Siempre oí hablar mucho del proceso y muy acaloradamente, y a pesar de que ese proceso había ocurrido mucho antes de que yo naciese, todavía aparecía habitualmente en las conversaciones de mi padre, de mi tío, y volvía a oír hablar del proceso, de ese proceso. Y también de un amigo de mi abuelo, que había tenido un gran complicidad con él y que había luchado por defenderlo más allá de sus posibilidades. Pero, en esa idea que yo tengo, al mismo tiempo había alguna cosa de heroicidad por parte de mi abuelo, porque no era fácil lo que él había hecho. Y sobre todo, lo que yo más admiré, ya desde pequeña, era que él era considerado comunista aunque no lo era, y para mí eso significaba más, porque era una persona más independiente, más capaz de guiarse por valores puramente morales y no políticos, en el sentido más humano, más humanista; esa fue la idea con la que yo me quedé de mi abuelo. (Ana Laura)

5. CONCLUSIONES.

La realización de este Trabajo de Proyecto sobre la obra *Barrancos na encruzilhada da Guerra Civil de Espanha*, de Maria Dulce Antunes Simões, ha supuesto un paso fundamental en mi proceso de formación como traductora, pues he tenido la oportunidad de reflexionar y analizar todo el proceso de traducción, desde la lectura y recepción de la obra hasta la producción del texto final traducido, pasando por la fase de análisis de dificultades y documentación.

El libro mencionado ofrecía características complejas desde el punto de vista del traductor, al ofrecer bajo el mismo título obras o fragmentos de obras de varios autores, a los que era conveniente dar voz respetando sus características formales. Asimismo, los textos recopilados pertenecían a registros genéricos diferentes, desde el memorístico (en el caso de las *Memorias* de Gentil de Valadares) hasta el puramente ensayístico, en el caso de los textos firmados por la autora del volumen.

Por ello, para la realización de este Trabajo de Proyecto, optamos por elegir dos fragmentos claramente diferentes desde el punto de vista de su propósito formal, hecho que se vería reflejado en el contenido final de la traducción realizada. Mientras el texto elegido de Dulce Simões, más breve y conciso, respondía al esquema de una lengua estándar y culta, con características léxico-semánticas de carácter general y sin demasiadas dificultades propias de un uso “desviado” del lenguaje, el caso del texto más amplio ofrecido como traducción, el de Gentil de Valadares, es completamente diferente, pues se trata de un discurso narrativo con frecuentes interpelaciones de carácter oral y coloquial y con varios aspectos propios del lenguaje literario e, incluso, lírico, con una significativa abundancia de expresiones idiomáticas.

Se trataba, de hecho, de un texto que contenía varios textos, una especie de laberinto de voces en el que el traductor debía poner toda su atención para adaptarse el registro formal del lenguaje de cada autor y no desvirtuar las diferencias entre ellos. Un auténtico reto de traducción, que emprendimos con plena consciencia de la responsabilidad que entrañaba, y también con la seguridad de que sería necesario “adaptar” y “flexibilizar” en muchas ocasiones el texto de llegada, en el caso de las

Memorias de Valadares, para conseguir causar en el lector español una sensación similar a la que origina la lectura del texto original en el lector portugués.

En este caso, fue necesario realizar una lectura muy calmada, perceptiva y profunda de este texto, con la intención primera de sentirnos inundados de su significado y de su factura formal, para poder después construir un texto similar en español. La siempre problemática “fidelidad” a ese texto original estuvo siempre en nuestra cabeza durante todo el proceso, pero con la seguridad de que, en paralelo a la citada responsabilidad, es necesario *creer* en la posibilidad de la traducción para conseguir encontrar respuestas a los desafíos y para realizar las mejores opciones posibles, sabedores de que no existe una única traducción final posible de cualquier texto, sino diferentes posibilidades eternamente abiertas. Como afirma Umberto Eco:

A conclamada “fidelidade” das traduções não é um critério que leve à única tradução aceitável (...). A fidelidade é antes a tendência para crer que a tradução é sempre possível se o texto fonte tiver sido interpretado com apaixonada cumplicidade, é um empenho em identificar o que para nós é o sentido profundo do texto, e a capacidade de negociar a cada instante a solução que nos parecer mais certa. Se consultarem qualquer dicionário verão que entre os sinónimos de *fidelidade* não está a palavra exactidão. Em vez dela estão *lealdade, honestidade, respeito, piedade*.⁵³

Lealtad, respeto y piedad deben ser, pues, rasgos inherentes al traductor y a su trabajo, que debe reflexionar constantemente sobre el texto de llegada (su producto final destinado al último eslabón de la cadena: el lector) pero sin perder jamás de vista el texto de partida. Por eso, este Trabajo de Proyecto también nos ha servido para conocer, a través de la traducción realizada y del análisis de casos propuesto, para comprender en su verdadera dimensión que el traductor es, sobre todo, un investigador. Un investigador aplicado, si queremos verlo así, atado al pragmatismo de sus continuas decisiones, pero un investigador, al fin y al cabo, que debe adentrarse en las infinitas preguntas y respuestas que le presenta el trabajo que tiene ante sus ojos, un mixto de lenguas y culturas.

Transponer conceptos en dos lenguas diferentes, aunque muy próximas, significa estar atento a diferentes variables lingüísticas, estilísticas, pragmáticas y culturales.

⁵³ Umberto Eco, *Dizer quase a mesma coisa. Sobre a tradução* (trad. José Colaço Barreiros), Lisboa, Difel, 2005, p. 376.

Supone emprender un camino riguroso y responsable, en el que es necesario vencer muchas incertidumbres. Traducir es, por todo ello, en sus diferentes fases, un ejercicio de humildad, de constante limitación. Una enorme responsabilidad, sabedores de que actuamos como mediadores culturales prestando nuestras palabras, nuestra voz, a un autor que no sabe nuestro idioma. Tal vez esas sean las palabras que mejor resumen este Trabajo de Proyecto: un humilde paso en el camino hacia el conocimiento de una lengua y una cultura extranjeras en el contexto cultural de la lengua de llegada. Una pequeña piedra en la construcción de un legado cultural que, como en el caso de la labor humanitaria llevada a cabo por el teniente Seixas, debe conocerse a ambos lados de la frontera luso-española.

6. BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía sobre traducción

DELILLE, Karl H., HÖRSTER, Maria A., CASTENDO, Maria E., DELILLE, Maria M. G., y CORREIA, Renato (1986): *Problemas da tradução literária*, Coimbra, Almedina.

DÍAZ FAUCES, Óscar (1999): *Didáctica de la traducción (portugués-español)*, Vigo, Universidad de Vigo.

ECO, Umberto (1976): *Obra Aberta* (trad. Sebastião Uchoa Leite), São Paulo, Ed. Perspectiva.

ECO, Umberto (2005): *Dizer Quase a Mesma Coisa. Sobre a Tradução* (trad. José Colaço Barreiros), Lisboa, Difel.

GARCÍA YEBRA, Valentín (1994): *Traducción: historia y teoría*, Madrid, Gredos.

GARCÍA YEBRA, Valentín (1996): “Sobre la fácil (?) intertraducción hispano-portuguesa”, in *El Extramundi*, año III, nº VII, Fundación Camilo José Cela, Iria Flavia, 1996, pp. 13-22.

GARCÍA YEBRA, Valentín (1997): *Teoría y práctica de la traducción*, 2 vols., Madrid, Gredos (3ª ed.).

GONZALO GARCÍA, Consuelo, y GARCÍA YEBRA, Valentín (Eds.) (2005): *Manual de documentación para la traducción literaria*, Madrid, Arco Libros.

HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel, y ARIAS, Juan Pablo (Coords.) (1999): *Traducción, emigración y culturas*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

KELLY, Dorothy (2007), “La competência cultural en la formación del traductor”, in Emílio Ortega Arjonilla (ed.), *El Giro Cultural de la Traducción. Reflexiones teóricas y aplicaciones didácticas*, Frankfurt am Main, Peter Lang.

MAILLOT, Jean (1997): *La traducción científica y técnica*, Madrid, Gredos.

NEWMARK, Meter (2010): *Manual de traducción* (trad. Virgilio Moya), Madrid, Cátedra (6ª ed.).

- ORTIZ ÁLVAREZ, María Luisa (1998): “Expressões idiomáticas: ensinar como palavras, ensinar como cultura”, in Paulo Feutor Pinto y Norimar Júdice (Coord.), *Para acabar de vez com Tordesilhas*, Lisboa, Edições Colibri.
- PINTO, Paulo Feytor, y JÚDICE, Norimar (Coord.) (1998): *Para acabar de vez com Tordesilhas*, Lisboa, Edições Colibri.
- SALES SALVADOR, Dora (ed.) (2001): *Documentarse para traducir*, Granada, Comares.
- TORRE, Esteban (2001): *Teoría de la traducción literaria*, Madrid, Síntesis.
- VEGA, Miguel Ángel (1994): *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra.

Bibliografía sobre Memoria Histórica

- ESPINOSA, Francisco (2007): *La columna de la muerte*, Barcelona, Crítica.
- JULIÁ, Santos (2011): “La disección interminable de la Guerra Civil”, *Babelia*, Madrid, El País, 23/07/2011, pp. 10-11.
- NEVES, Mário (2007): *La matanza de Badajoz. Crónica de un testigo de uno de los episodios más trágicos de la guerra civil de España (agosto de 1936)* (trad. Ángel Campos Pámpano), Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- PESSOA, Carlos (2011): “Extremadura: Pelos caminhos da guerra civil e da memória histórica”, *Fugas*, Lisboa, Público, 15/01/2011, pp. 14-19.
- PRESTON, Paul (1986): *Revolución y guerra en España: 1931-1939* (trad. Ángel García de Paredes), Madrid, Alianza Editorial.
- PRESTON, Paul (1986): *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate.
- VILA, Justo (2002): *Extremadura: la Guerra Civil*, Badajoz, Universitas Editorial.
- WEBSTER, Jason (2008): *Las heridas abiertas de la guerra civil*, Barcelona, Los libros del lince.

Diccionarios, Gramáticas y Obras de Consulta

ACADEMIA DAS CIÊNCIAS DE LISBOA (2001): *Dicionário da Língua Portuguesa Contemporânea*, Lisboa, Verbo.

ALMOYNA, Julio Martínez (1988): *Dicionário de Português-Espanhol*, Porto, Porto Editora.

DIEGO, Vicente García de (1985): *Diccionario Etimológico Español e Hispánico* (2ª ed.), Madrid, Espasa-Calpe.

GARCÍA BENITO, Ana Belén (2004): *Diccionario de expresiones idiomáticas (español-portugués)*, Mérida, Junta de Extremadura.

GÓMEZ TÓRREGO, L. (2006): *Hablar y escribir correctamente. Gramática normativa del español actual*, Madrid, Arco Libros.

IRIARTE SANROMÁN, A. (2007): *Dicionário Espanhol/Português*, Porto, Porto Editora.

MACHADO, José Pedro (1990): *Dicionário Etimológico da Língua Portuguesa* (5 vols.), Lisboa, Livros Horizonte.

MORTARA GARAVELLI, Bice (1991): *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2005): *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Santillana.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2005): *Diccionario panhispánico de dudas*, Madrid, Santillana.

SANZ JUEZ, Ángeles (2007): *Glosario de falsos amigos del portugués y del español*, Madrid, SGEL.

SECO, Manuel (2006): *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, Madrid, Espasa (10ª ed.).

Recursos digitales

GOBIERNO DE ESPAÑA, Portal del Ministerio de Justicia, *Ley de la memoria histórica*: <http://leymemoria.mjusticia.es/> (junio de 2011)

Libro Blanco de la traducción en España.

http://www.mcu.es/libro/docs/MC/CD/TRADUCCION_2010.pdf

<http://www.wordreference.com> (mayo de 2011)

<http://www.babylon.com> (mayo de 2011)

<http://www.priberam.pt/> (mayo de 2011)

<http://www.elmundo.es/diccionarios/index.html> (mayo de 2011)

<http://buscon.rae.es/draeI/> (mayo de 2011)

<http://tradutor.sensagent.com/> (mayo de 2011)

<http://www.Infopédia.pt/lingua-portuguesa/> (mayo de 2011)